

**Universidad Nacional de San Martín**  
**Instituto de Altos Estudios Sociales**

**Maestría en Ciencia Política**

Tesis de Maestría

**“Permanecer y transcurrir”: Los discursos de la renovación política  
en la democracia argentina (1983-2011)**

Autora

**Julieta Lenarduzzi**

Director

**Isidoro Cheresky**  
**(UBA/CONICET)**

Junio de 2012

Tesis de Maestría

**“Permanecer y transcurrir”: Los discursos de la renovación política  
en la democracia argentina (1983-2011)**

**Resumen**

El presente trabajo se propone estudiar los discursos de la “renovación” y la “nueva política” en Argentina entre 1983 y 2011. Los interrogantes que guían la investigación son los siguientes: ¿Qué actores se han presentado y se presentan como “renovadores”? ¿Cómo pueden caracterizarse sus discursos? ¿Cuál es el sentido de la “renovación” en el contexto actual? ¿Cuál es la relación que se establece entre “renovación” y “poder”? Para responder a estas preguntas, se analizarán comparativamente tres discursos: el formulado por la Renovación peronista (1984-1989); el discurso del Frente Grande, el Frepaso y la Alianza (1991-2001); y el del “kirchnerismo” (2003-2011) en el nivel nacional y en sus expresiones locales en el Conurbano bonaerense (2007-2011).

La investigación estará orientada a identificar, describir y comparar estos discursos para desentrañar su sentido y las paradojas y tensiones que se encuentran en la relación entre renovación y ocupación del poder. Los argumentos principales que se extraen de este trabajo se refieren, en primer lugar, al carácter instituyente y revelador del discurso de la renovación respecto de la indeterminación de la democracia; en segundo lugar, a la definición de la “renovación” como significativo vacío que posibilita la articulación hegemónica propia de la política democrática; y, por último, al modo en que este discursos pone en escena la reconfiguración permanente del sentido espacio-temporal del poder como “lugar vacío”.

**Palabras clave**

Renovación – Nueva política – Frepaso – Alianza - Kirchnerismo

## Índice

<b>Introducción</b> .....	5
1. Problema de investigación .....	6
2. Estado de la cuestión .....	9
3. Marco conceptual .....	14
4. Hipótesis .....	17
5. Metodología y fuentes .....	18
6. Resumen .....	20
<b>Capítulo I</b>	
<b>En nombre de la renovación</b> .....	23
1. La Renovación con mayúscula	
1.1 Las elecciones de 1983 y el reclamo por la renovación del peronismo ...	24
1.2 La diferencia que constituye a la renovación (1984-1989) .....	27
1.3 La Renovación como creación de una línea interna partidaria .....	32
2. La renovación del sistema de partidos	
2.1 Nuevos líderes y nuevos partidos .....	34
2.2 El Frente Grande y el Frepaso (1991-1997) .....	35
2.3 La Alianza (1997-2001) .....	38
2.4 La renovación como nueva institucionalidad .....	40
3. La renovación personalizada	
3.1 La democracia de audiencia y la contrademocracia en Argentina .....	42
3.2 Renacer de las cenizas: la renovación kirchnerista (2003-2007) .....	44
3.3 La renovación continúa (2007-2011) .....	48
3.4 La renovación en el poder .....	52
4. Comparaciones .....	54
<b>Capítulo II</b>	
<b>Renovación e institución</b> .....	57
1. La restauración del vínculo representativo	
1.1 Crisis y renovación .....	58
1.2 Nuevas reglas .....	62
1.3 Nuevos actores para mejorar la representación .....	68
2. La democracia contra la representación	
2.1 Eliminar la distancia .....	72
2.2 Dispositivos para democratizar .....	73
2.3 Líderes democráticos .....	74

3.	La institución de una forma de sociedad	
3.1	Vivir en tensión .....	79
3.2	El poder como lugar vacío .....	80
3.3	La paradoja de la renovación .....	83
3.4	El porqué del auge de la renovación .....	85

### **Capítulo III**

<b>Renovación y diferencia .....</b>	<b>88</b>
--------------------------------------	-----------

1.	La renovación y la diferencia	
1.1	La “nueva política” contra la “vieja política” .....	89
1.2	Los jóvenes contra los viejos .....	93
1.3	La “nueva política” contra la “anti política” .....	99
2.	La renovación y la negatividad	
2.1	La negatividad como rechazo .....	103
2.2	La negatividad como falta de contenido .....	105
2.3	La negatividad de la identidad .....	107
3.	La renovación como significante vacío	
3.1	Los significantes vacíos y la política .....	111
3.2	Renovación, institución y diferencia .....	114
3.3	Un nuevo significante vacío .....	118

### **Capítulo IV**

<b>Renovación y poder .....</b>	<b>122</b>
---------------------------------	------------

1.	Tensiones	
1.1	La distancia .....	123
1.2	La vejez .....	126
1.3	La gobernabilidad .....	128
2.	El poder en otro lugar	
2.1	El verdadero poder .....	132
2.2	El movimiento hacia lo local .....	140
2.3	La campaña permanente .....	144
3.	Renovación, tiempo y espacio	
3.1	El “vacío” .....	147
3.2	“Nuevo tiempo y nacimiento La renovación y el tiempo .....	149

### **Conclusiones**

<b>Permanecer y transcurrir.....</b>	<b>153</b>
--------------------------------------	------------

<b>Bibliografía y Fuentes.....</b>	<b>159</b>
------------------------------------	------------

## Introducción

La mención a la “crisis de representación” ha estado presente en el discurso político desde el retorno a la democracia en 1983, pero con mayor énfasis con posterioridad a la crisis de diciembre de 2001. En numerosas ocasiones, el diagnóstico de “crisis” fue seguido por declaraciones sobre la necesidad renovar la relación entre “los políticos” y “la gente”, por lo que la “renovación” era vista como el modo de subsanar la aparente fractura en el vínculo representativo. Diversas experiencias políticas a lo largo de las casi tres décadas de vigencia del régimen democrático han estado ligadas a esta consigna, como es el caso la Renovación peronista en la década del 80’; la formación del Frente Grande, el Frente País Solidario (Frepaeso) y la Alianza –entre otros nuevos partidos y coaliciones-, que se presentaban como exponentes de la “nueva política” en los años 90’; y, por último, luego de 2001, la autodesignación de Néstor Kirchner y de otros líderes y organizaciones como “renovadores” tanto en el espacio nacional como local.<sup>1</sup>

A partir del análisis histórico del discurso de la renovación desde 1983 hasta 2011 y del estudio de tres casos locales en el período 2007-2011, en la presente investigación se buscará responder a los siguientes interrogantes: ¿Qué actores se han presentado y se presentan como “renovadores”? ¿Cómo pueden caracterizarse sus discursos? ¿Cuál es el sentido de la “renovación” en el contexto actual? ¿Cuál es la relación que se establece entre “renovación” y “poder”?

Cabe destacar que el objeto de este trabajo son los “discursos de la renovación”, por lo que en lugar de tomar a la “renovación” como hecho a constatar –verificable en algún atributo de los líderes y el personal político o en la orientación ideológica de los mismos- estudiaremos las apelaciones que se realizan a la “renovación” y la “nueva política” en el discurso, para distinguir sus características, el escenario en que estos discursos devienen públicos, los significantes asociados a la renovación, etc. Realizaremos un recorte del objeto -los discursos de la renovación-

---

<sup>1</sup> Una de las apelaciones más recientes a la renovación tuvo lugar a partir del proceso electoral 2007, cuando en varios municipios del Conurbano Bonaerense candidatos que desafiaban a los “aparatos” locales y a la “política tradicional”, triunfaron en las urnas, dando lugar a la interpretación de que la “renovación” había llegado a los municipios. Esta “novedad” ha llevado al comienzo de la presente indagación sobre los discursos de la renovación en el espacio político.

para centrarnos en los discursos propiamente “políticos”, es decir que si bien habrá breves referencias al discurso periodístico y académico sobre la renovación, la atención estará puesta en los discursos postulados por quienes se encuentran en la competencia por el liderazgo político.<sup>2</sup>

## 1. Problema de investigación

Uno de los principales rasgos de la democracia moderna es su carácter representativo. El vínculo de representación –que se basa en la elección de representantes para el ejercicio del gobierno- ha experimentado transformaciones a lo largo de los años, las cuales han sido percibidas como “crisis”, es decir como momentos de deslegitimación de la representación, de fractura del lazo que unía a gobernantes y gobernados. En el contexto contemporáneo, el diagnóstico de la crisis –que puede rastrearse en el discurso de los líderes políticos, en la opinión pública medida por las encuestas, en los testimonios de ciudadanos comunes, y en los análisis de periodistas y académicos- remite al debilitamiento de las identidades partidarias tradicionales, al aumento de la personalización en la opción electoral, a la volatilidad del electorado y al cuestionamiento de la “clase política”.

En paralelo a la preocupación por la “crisis de representación”, surgen en la actualidad diferentes discursos ligados a la “nueva política” y a la “renovación”. Estos discursos ponen el énfasis en diversos cambios que parecieran rehabilitar la legitimidad perdida: la promoción de un recambio generacional en las elites políticas, la emergencia de liderazgos que respondan a grupos específicos tradicionalmente subrepresentados (mujeres, minorías étnicas, individuos provenientes de las clases bajas, etc.), la creación de nuevos partidos políticos o de nuevas redes de organizaciones político-sociales, el “giro a la izquierda” en las políticas públicas, la mayor democratización de las estructuras partidarias para que reflejen mejor las

---

<sup>2</sup> Esta definición resulta lo suficientemente amplia para abarcar a los *outsiders* que participan en política y suficientemente restrictiva para acotar el conjunto de discursos a ser analizados. Se deriva de la conceptualización de la democracia como método de competencia por el caudillaje/liderazgo político de Schumpeter (2010)[1943]. Si bien para Schumpeter la democracia es el “gobierno del político”, que se encuentra especializado, puede interpretarse que la política como esfera no es un campo cerrado de manera definitiva, sino que se reproduce con la permanente entrada de *outsiders* que participan de dicha competencia.

demandas ciudadanas y las apelaciones a la política de “proximidad”. Estos discursos de la “renovación” nos devuelven por lo tanto al diagnóstico de la “crisis”: la representación se encontraría debilitada por la escasa circulación de las elites políticas y porque los representantes no reflejarían adecuadamente las preferencias o identidades de individuos y grupos.

El diagnóstico de “crisis” y la consigna de la “renovación” se expresaron y expresan de modo especial en Argentina, donde la relación entre “los políticos” y “la gente” fue vista en sucesivos momentos como en estado crítico. Como se verá en la tesis, aunque se registran menciones previas, puede considerarse que es a partir de la década del 80’, y con mayor énfasis desde la crisis de 2001, que los discursos de la “nueva política” y la “renovación” crecen considerablemente. Estos discursos adoptan diferentes formas a lo largo del tiempo, en relación al contexto en que se producen y la trayectoria previa a la que se refieren. Dado que “crisis” y “renovación” parecen ligadas necesariamente, el presente trabajo aborda la emergencia y multiplicación de los discursos de la “renovación” en relación al problema de “crisis de representación” en un sentido amplio.

Esta investigación intenta realizar un aporte a las discusiones sobre la representación en Argentina poniendo en relación diversos elementos: las tensiones entre la democracia y la representación que parecen expresarse en los discursos de la renovación, la lógica de diferencias y equivalencias que opera sobre la formación de la “identidad” renovadora en particular y sobre las identidades políticas en general; y la relación tensionada entre renovación y poder.

Las preguntas que guían la investigación son las siguientes: Qué actores se han presentado y se presentan como “renovadores”? ¿Cómo pueden caracterizarse sus discursos? ¿Cuál es el sentido de la “renovación” en el contexto actual? ¿Cuál es la relación que se establece entre “renovación” y “poder”? Por responder a estos interrogantes, la investigación estará orientada, en primer lugar, a identificar, describir y comparar de los discursos del pasado y el presente vinculados a la apelación a la “renovación política” y a la “nueva política”. En segundo lugar, se buscará desentrañar los rasgos de estos discursos –entre los que se destacan su carácter instituyente y su negatividad-, y el sentido de su auge en la era actual. Tercero, a partir de esta caracterización, se abordarán las tensiones que se encuentran

en la relación entre renovación y ocupación del poder y los giros de este discurso en la era presente.

En este trabajo se realizará un análisis comparado de tres discursos que se suceden históricamente en el período 1983-2011, que será complementado por el estudio de tres discursos locales en el período 2007-2011. En cuanto a lo primero, se estudiarán los discursos de la “Renovación” peronista (1984-1989), del “Frente Grande”, “Frepasso” y la “Alianza” (1991-2001) y del “kirchnerismo” (2003-2011), para analizar el rol y sentido de la apelación a la “renovación” y a la “nueva política” en cada uno de ellos y así establecer puntos de contacto y contraste entre los discursos públicos de los actores, buscando responder en sentido general a las preguntas de investigación propuestas. Si bien no se trata de los únicos discursos que hacen referencia a la renovación, y tampoco se sostienen solamente por dicha referencia, han sido elegidos por ser los discursos “renovadores” predominantes en cada escena y porque en ellos se percibe una clara centralidad de las referencias a la “vieja” y “nueva” política, a la necesidad de producir una “renovación” y a lo “nuevo” como valor positivo.

En referencia a lo segundo, el estudio histórico será complementado con el análisis de los discursos de los candidatos devenidos intendentes electos (y reelectos) en los distritos de Almirante Brown, Lanús y Quilmes, en el Conurbano bonaerense (2007-2011), principalmente porque fue en estos distritos –entre otros pocos- que la elección de 2007 arrojó datos que desafiaron el sentido común de los políticos, los analistas y los votantes: mediante el uso de listas colectoras,<sup>3</sup> se terminó por favorecer un escenario en que candidatos “nuevos” triunfaron frente a los “viejos aparatos”, y el foco de la competencia política, pasó del ámbito nacional al local. El estudio de estas experiencias nos sirve, por lo tanto, para comprender las características del discurso renovador contemporáneo, tanto en su especificidad en el Conurbano Bonaerense como en una discusión de carácter global.

---

<sup>3</sup> Una lista colectora es aquella que se liga a una candidatura en otro nivel de representación (por ejemplo una lista de intendente y concejales que se presenta “pegada” a una de gobernador o presidente) cuando ya existe otra lista que hace lo mismo. Es decir que se trata de dos o más listas que compiten en el nivel local y que en el nivel provincial y nacional serían “aliadas”. Una lista colectora es aquella que se habilita además de la lista “oficial” (por ejemplo se habilita la lista del intendente en funciones para ser reelecto pero también se habilitan otras listas que competirán con él, en el marco del mismo frente provincial o nacional).

Podría uno preguntarse ¿qué hay de nuevo en la renovación? y objetar seguidamente que “crisis” y “renovación” son una constante en la vida democrática y no un fenómeno que merezca especial atención, pues el régimen democrático se basa en la reposición permanente de quienes ocupan el poder mediante el voto, en la constitución del poder como “lugar vacío” –no encarnado- (Lefort, 1985) y en el constante debate acerca de lo legítimo y lo ilegítimo, que lleva a la existencia de una sociedad sin forma, en constante crisis. Teniendo en cuenta lo mencionado, esta investigación busca que un aspecto naturalizado en la vida política contemporánea - como es la apelación a la “renovación”- sea analizado en sus diversas dimensiones, enunciaciones y usos, para con ello ahondar en el modo en que estos usos se vinculan con la formación de la sociedad democrática y con las transformaciones políticas contemporáneas.

## **2. Estado de la cuestión**

La “renovación política” no se ha configurado hasta el momento como un problema de investigación de gran interés en el ámbito académico. La mención de la “renovación” se encuentra presente más bien en el discurso periodístico y de los actores políticos y no se ha encontrado en la literatura conceptualizaciones muy acabadas sobre tipos de renovación, discursos de la renovación, liderazgos “renovadores”, etc. Sí encontramos, en primer lugar, algunos trabajos referidos a la renovación “ideológica”, que implica un giro a la izquierda en las políticas públicas, la adopción de una orientación progresista, y la emergencia de nuevos partidos de este tipo en América Latina (Mocca, 2009; Quiroga y Ensignia, 2009; Ensignia, 2011).<sup>4</sup> Dentro de este conjunto de trabajos pueden incluirse los referidos a la inclusión de “nuevos” temas en la agenda política y, en el caso europeo, a la renovación de la agenda de la izquierda para incorporar cuestiones ecológicas, de género, derechos culturales, etc. (Giddens, 1998).

En segundo lugar, podemos distinguir la literatura que se dedica a analizar la renovación en términos de recambio de las elites políticas. Mientras en el párrafo

---

<sup>4</sup> Estos trabajos en general son fruto de actividades de cooperación de organizaciones de orientación progresista, por ejemplo la Fundación Friedrich Ebert.

anterior mencionábamos los “nuevos” temas y “nuevas” orientaciones ideológicas, aquí se presta atención al ingreso de “nuevos” actores: se analiza la edad de los ingresantes a los poderes del Estado, el grado de circulación de las elites, la etnia, el género, el nivel social y educativo y la actividad profesional, en especial en el contexto latinoamericano (Serna Forcheri, 2006; Pérez Chabaneau, 2010). Con esto se construyen diferentes categorías de *outsiders* –algunos son grupos excluidos que logran su incorporación, otros son los jóvenes que ingresan a la política, otras representan al “ciudadano ordinario” que no pertenece a la “clase política”. Las identidades construidas se relacionan también con los temas de la agenda: los sectores subalternos ahora con representación postularían una renovación en los problemas a resolver, presentarían nuevas formas de hacer política y tendrían nuevos proyectos, más inclusivos y democráticos. Estos análisis se centran en el estudio de los poderes ejecutivos, las cámaras legislativas, los gobiernos locales y los partidos políticos.

El tercer conjunto de trabajos reúne los análisis que estudian la renovación como ligada a la reforma de las instituciones políticas, a partir de la implementación de dispositivos de participación, de democratización de la representación (PNUD, 2002) y de promoción de sistemas de partidos acordes a las preferencias ciudadanas. (Arias, 2003).<sup>5</sup> Acercar la representación a la “gente” o complementar la representación con participación son los principales argumentos alrededor de la renovación en este sentido.

Por último, encontramos trabajos referidos a la renovación como experiencia histórica concreta, de los cuales nos interesan especialmente los casos argentinos.<sup>6</sup> Esta literatura se compone tanto de análisis académicos como de obras de carácter testimonial o biográfico. Aquí, la referencia obligada es la Renovación (etiqueta que designa al proceso de transformación que atraviesa el peronismo luego de la derrota electoral de 1983 y que se extiende hasta 1989). En varios trabajos académicos se discute sobre la Renovación como un intento de democratización interna del movimiento histórico fundado por Juan Domingo Perón (De Ipola, 1987a; Mustapic 2002; Podetti, Qués y Sagol, 1988b). En otros análisis se establece un vínculo entre

---

<sup>5</sup> En estos casos también predominan las publicaciones de carácter institucional (de organismos y fundaciones internacionales).

<sup>6</sup> Existen otras menciones del discurso de la renovación en la formación de partidos y alianzas en casos latinoamericanos que también sería interesante abordar en otras investigaciones.

la crisis del peronismo y la Renovación (De Ipola 1987b; Altamirano, 2004), se analiza la constitución del discurso público de la Renovación (Podetti, Qués y Sagol, 1988a; ), o se estudia la Renovación en relación a la constitución y transformación de la identidad política peronista (Aboy Carlés, 1996; 2001). Completan el cuadro numerosas publicaciones de los protagonistas del proceso, que son a la vez testimonios e interpretaciones del fenómeno (Casullo, 2008: 213-221; Cordeu et. al., 1985; Cafiero, 1995a, 1995b; Gordillo y Lavagno, 1987; McAdam, 1996; Moncalvillo y Fernández, 1986; Unamuno et. al. 1984;).

Pero existen también otras experiencias analizadas que se llaman a sí mismas renovadoras o son consideradas por los analistas expresiones de la “nueva política”. Por ejemplo, encontramos el análisis del Movimiento Renovación y Cambio en la década del 70’ (Altamirano, 1987), que tenía a su vez su propio antecedente en el Movimiento Intransigencia y Renovación surgido en la década del 40’. Se destaca aquí, con mayor énfasis que en el caso de la Renovación peronista, la impronta generacional, el peso de la “juventud” y el contenido de las consignas en un corrimiento hacia una izquierda “nacional y popular”. También se presentan análisis que toman como referencia de la renovación la creación del Frente Grande, el Frepaso y la constitución de la Alianza (Alem, 2007; Corral, 2007; Novaro y Palermo 1998; Novaro, 1999). Por último, existe una literatura que analiza la experiencia kirchnerista como ligada a la renovación. La emergencia del liderazgo de Néstor Kirchner es conceptualizada también como una renovación por el llamado “regreso de la política” (Casullo 2008; Cheresky, 2008; Vommaro y Rinesi, 2007).

La literatura que estudia la “crisis de representación” es más abundante y variada. Diversos análisis han puesto el acento en el debilitamiento de las identidades partidarias tradicionales y en la incapacidad de los partidos para servir de nexo entre el Estado y la sociedad (Panebianco, 1990: 497-501; Di Tella, 1998; Abal Medina, 2004a), mientras otros entienden esta crisis en base al rechazo a la existencia de una “clase política”, la deslegitimación de la distancia entre representantes y representados y las demandas de igualación e identificación democrática (Rosanvallon, 1992; Asensi Sabater, 1996; Schnapper, 2004).

Para el caso argentino se sostiene que un factor importante de la crisis es que un sector de la ciudadanía no encuentra quién lo represente, constituyéndose en “huérfanos de la política” (Torre, 2005). Otros diagnósticos señalan que la

volatilidad electoral y la desidentificación de la ciudadanía con los partidos políticos tradicionales se da en el escenario nacional, lo que genera un desacople entre la competencia electoral nacional y provincial y una creciente fragmentación partidaria (Calvo y Escolar, 2005; Leiras, 2007). También se destaca la relación entre la crisis de representación y la crisis de la política, que lleva a posiciones “anti políticas” en busca de reducir el espacio de influencia del criterio político en favor de la tecnificación y privatización (Novaro 2000: 75; Iazzetta, 2007: 145-148). Varios trabajos se preguntan sobre la reconstitución de la legitimidad en el marco de estas crisis, que serían sólo expresiones de una metamorfosis del lazo representativo (Manin, 1996; Rosanvallon, 2007; 2009; Cheresky, 2006d). La sola referencia a la crisis de representación en relación a la renovación se encuentra en varios trabajos que prestan atención a la emergencia de cierto tipo de liderazgos como figuras de la renovación post crisis, especialmente en la década de los 90’ (Novaro, 1994; 2000).

Por último, los estudios sobre el Conurbano Bonaerense –escenario en el que emergen los discursos de la renovación recientes- en su mayoría analizan el problema del “clientelismo” y las “prácticas tradicionales” de la política en el nivel local, como en Auyero (2001), Calvo y Murillo (2004), Merklen (2005) y Levitsky (2005), presentando diversas perspectivas teóricas en relación al fenómeno. Otros prestan atención a la emergencia de los sectores piqueteros (Delamata, 2004; Quirós, 2006) y a la transformación de las identidades tradicionales en los sectores populares en el Conurbano bonaerense (Martucelli y Svampa, 1997; Svampa, 2000). Algunos trabajos se centran en la figura del vecino (Frederic, 2009) y la emergencia de una nueva forma de legitimidad de proximidad en estos espacios (Annunziata, 2009).

Entre los estudios sobre los procesos electorales en el Conurbano Bonaerense, una referencia importante es un trabajo reciente que postula la novedad de la renovación en la provincia en 2007 (Gattoni y Rodríguez, 2009) y que asimismo trata los casos de Almirante Brown, Lanús y Quilmes, entre otros. También Calvo y Escolar presentan un análisis de los resultados electorales en el período 1995-2003 en la Provincia de Buenos Aires, prestando atención a la relación entre la competencia provincial y el escenario nacional (Calvo y Escolar, 2005). Hay además estudios de los casos de La Matanza, La Plata y otros municipios, que se han multiplicado en los últimos años (Rodríguez y Rodríguez Blanco 2003; Rodríguez,

2006; Rocca Rivarola, 2009). También existe bibliografía que estudia la reforma electoral en provincia de Buenos Aires, como el de María Inés Tula (2004).

De acuerdo a la bibliografía consultada, los análisis previos sobre la renovación han estado centrados en la dimensión ideológica de las llamadas experiencias de renovación, o se ha intentado “medir” el grado de renovación de las elites políticas en términos de atributos “objetivos” (edad, género, etnicidad, etc.). Sería interesante reflexionar sobre la “renovación” como un “discurso” que operaría por lo tanto sobre la “realidad” de las categorías de juventud, etnia, género y de las identidades en juego. También se han estudiado casos históricos que postulaban la renovación desde la perspectiva nacional. Y se han abordado las experiencias locales en sus especificidades. Estos análisis podrían enriquecerse mediante la incorporación de una perspectiva diacrónica y comparativa, y del estudio del modo en que diversos espacios –el local, el provincial y el nacional- entran en relación. Por último, se ha prestado atención al fenómeno de la crisis de representación y a los modos de expresión del rechazo a los políticos. Pero son escasos los intentos de pensar ambas temáticas –la de la crisis de representación y la emergencia de la renovación- como parte de un mismo problema de investigación.

Teniendo en cuenta este panorama, esta investigación se propone en primer lugar fomentar la discusión acerca del carácter objetivo y dado de los rasgos ligados a la renovación, para centrarse en cambio en la construcción y puesta en escena de aquellos discursos que se legitiman por aportar lo “nuevo” y descartar lo “viejo”. En segundo lugar, se buscará elaborar, mediante una comparación histórica y entre diversos niveles de representación, una interpretación sobre el sentido de la renovación que atraviese tanto a estos discursos como a otros similares. Por último, la propuesta consistirá en hacer dialogar los debates acerca de la crisis de representación con los discursos de la renovación del presente, para dilucidar si y en qué medida estos se encuentran vinculados y qué hay de novedoso en cada diagnóstico de “crisis” y propuestas de “renovación”.

### **3. Marco conceptual**

Una investigación sobre la *renovación política* supone en primer lugar una determinada concepción de *lo político*. Diferentes autores describen a lo político/la política<sup>7</sup> no como un fenómeno determinado por el mundo material o de las relaciones de producción, sino como un criterio (Schmitt, 2004), como nacimiento (Arendt, 2004), o como litigio (Rancière, 2007), destacando su carácter indeterminado, disruptivo y generador de sí mismo. Partiendo de estas concepciones que ponen el acento en la emergencia de lo nuevo e indeterminado, es que en esta investigación no se buscará definir los elementos que determinarían en última instancia de la emergencia de los discursos renovadores, sino que se pondrá el acento en la singularidad de estas experiencias. El foco no estará puesto entonces en el “por qué”, sino en el “qué” y en cómo estos discursos que apelan a la renovación emergen y se establecen en el espacio público.

Es preciso, de acuerdo a esta perspectiva distinguir *lo político* en sentido ontológico de *la política* en sentido óntico. Es lo político en su sentido ontológico lo que instituye la esfera particular de asuntos que nosotros llamamos corrientemente “la política” -las instituciones de gobierno, los partidos políticos, etc. Por lo tanto, cuando en este trabajo discutamos sobre la relación entre representantes y representados, los resultados electorales y la mutación en las organizaciones políticas, tendremos en mente este proceso de *institución de la política por lo político*, en lugar de atender a otro tipo de lógicas (económicas, de dominación social, etc.) que pueden operar en estos escenarios, pero que para nosotros actúan como condicionamientos y no como “variables explicativas” de los procesos estudiados.

Según diversas perspectivas *lo político es* asimismo *instituyente de lo social*. Para Claude Lefort (1985), esto significa que las formas de sociedad y la propia división de la sociedad en esferas –del poder, el saber y la ley.- es producto de una mutación simbólica, de un cambio en el estatuto del poder, de un proceso remitido a lo político. Desde otro enfoque, Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (1985) definen a lo político como instituyente de lo social porque es mediante prácticas hegemónicas (de articulación y antagonismo) que lo social como orden discursivo encuentra su cierre

---

<sup>7</sup> El uso del género femenino o masculino para referirse a uno u otro término cambia según los autores. Hay autores que distinguen lo político de la política (Schmitt, 2004; Lefort, 1985; Mouffe, 2007), mientras otros se refieren sólo a la política como acción (Arendt, 2004) o distinguen la política de la policía (Rancière, 2007). En todos los casos hay una visión ontológica de la política.

precario en desde el advenimiento de las revoluciones democráticas.<sup>8</sup> Tomando estos aportes, analizaremos la renovación política concibiéndola como un *discurso de carácter instituyente*. Tomaremos de las obras de Ernesto Laclau (1996; 2000a; 2000b; 2007) sus referencias a las *lógicas de equivalencia y diferencia* y el concepto de *significante vacío* para pensar el modo en que se constituye el discurso de la renovación. El discurso renovador, según esta concepción, no tiene un contenido fijo y propio sino que se forma a partir de la *negatividad de lo otro*, y es por ello la negatividad el elemento primordial en el análisis.

Pensar lo político, para varios de los autores mencionados, es también pensar sobre la *identidad*. Para trabajar el concepto de identidad se volverá sobre la práctica discursiva mencionada anteriormente y sobre el peso de la negatividad en la constitución de la identidad. La identidad, en términos políticos, no se concibe como fija sino como formada en cada escenario político específico, como elemento un elemento determinado por el discurso que a la vez constituye al mismo (Laclau, 2000b).

Además de pensar sobre lo político, la reflexión sobre la renovación política se vincula con debates contemporáneos acerca de la *democracia* y la *representación*. En este trabajo se propone una discusión acerca de las visiones procedimentales – centradas en las instituciones y la competencia política- y sustanciales de la *democracia* –que entienden al pueblo y a la voluntad general como sujeto protagónico. Los diagnósticos acerca de la crisis de representación y la consigna de la renovación abordan los problemas vinculados al procedimiento democrático a la vez que operan sobre la identidad de quienes representan y quienes son representados. La demanda por una mayor democratización, el rechazo a la “clase política” y la búsqueda de identificación con los representantes son signos de las tensiones entre la democracia moderna y el ideal democrático como gobierno del pueblo. En este trabajo se contrastarán las visiones de la democracia como procedimiento en el que los líderes adquieren el derecho de gobernar mediante la competencia por el voto del pueblo (Schumpeter, 2010) y aquellas que señalan que la democracia se caracteriza por su sustancia, por el principio de identidad del pueblo

---

<sup>8</sup> La Revolución Americana (1776) y la Revolución Francesa (1789), que dieron lugar a la emergencia de la democracia como forma de sociedad. De este fenómeno hablan Laclau y Mouffe (1985) y Lefort (1986).

consigo mismo (Schmitt, 2010) o que la democracia es la esfera específica de aparición del pueblo (Rancière, 2007).

Como se mencionó anteriormente, la crisis y la renovación, desde un enfoque leforteano, pueden considerarse elementos que caracterizan a la democracia y no una anomalía o un fenómeno fuera de lo común. En el caso de la sociedad democrática, la propia división en esferas implica la existencia de sociedades sin fundamento, sociedades en las que lo legítimo y lo ilegítimo están en discusión y el poder es un lugar vacío, no encarnado (ni por el rey ni por el pueblo). Según esta aproximación, la *democracia* no es ni una sustancia ni un procedimiento, sino una *forma de sociedad* (en el sentido en que la entiende Tocqueville, 2003), que es a la vez una *sociedad sin forma*. Aquí tomaremos la idea del poder propuesta por Lefort para analizar el modo en que se forma el espacio público en relación a la representación en la democracia y la pretensión de fijación del sujeto político frente a la indeterminación e inseguridad que genera la inestabilidad característica de la sociedad democrática.

Si bien la crisis y la renovación son un rasgo de la sociedad democrática en sí misma, las democracias contemporáneas, según nuestra perspectiva, experimentan ciertas transformaciones específicas en el presente –distintas de otras– que atañen a la legitimidad en el lazo de representación. Se señala que nos encontramos ante una *metamorfosis*, que implica que el lazo de confianza con los representantes continúa vigente, pero bajo un nuevo formato, en este caso, de “democracia de lo público” o “democracia de audiencia” (Manin, 1992; 1996: 279-299). La democracia de audiencia se caracteriza por la debilidad las identidades partidarias tradicionales, el mayor peso los medios de comunicación como “nuevo espacio público” (Ferry y Wolton, 1995; Verón 1986), una mayor personalización de la opción electoral y la preponderancia de la imagen individual de los candidatos (Touraine, 1995).

También se argumenta que en la actualidad persiste la legitimidad electoral, pero se multiplican en paralelo una serie de poderes indirectos (de control, obstrucción y juicio) que cristalizan la desconfianza ciudadana (Rosanvallon, 2007) y se percibe la emergencia de nuevas legitimidades (de imparcialidad, de reflexividad y de proximidad) que amplían la legitimidad democrática más allá del momento electoral (Rosanvallon, 2009). Según esta interpretación, no es necesario –ni posible– rehabilitar la confianza perdida sino comprender la “democracia en la era

de la desconfianza”. En línea con la descripción de estas mutaciones, algunos autores elaboran la idea de una democracia “más allá de los partidos” y la constitución de la figura de los partidos “cartel” (Mair, 1994; 2005).

Para el caso argentino se sostiene que se ha constituido un formato de “democracia inmediata” -por la marginación de las mediaciones partidarias tradicionales y las tendencias a la autorrepresentación ciudadana- y de una “democracia continua” –dada la necesidad de una relegitimación permanente de los representantes en el espacio público, más allá del momento electoral- (Cheresky, 2006d; 2010). Otros autores señalan a su vez que la representación sigue vigente, mientras es la confianza la que se ve desgastada. En este sentido, Novaro y Palermo (2004: 13-31) se refieren a la extensión del discurso antipolítico, el aumento de la desafección política y el desarrollo del espíritu de la denuncia, sosteniendo a su vez que los representantes siguen siendo representativos y que el problema es, en tal caso, el tipo de vínculo que los une con los ciudadanos. Es en el marco de estas concepciones sobre las transformaciones contemporáneas en el lazo representativo que abordaremos la cuestión de la renovación, como un discurso característico de la vida democrática que toma diferentes contenidos en diversos contextos históricos y en espacios públicos particulares.

#### **4. Hipótesis**

Para responder a los interrogantes presentados anteriormente, se explorarán tres hipótesis. La primera hipótesis es que *la renovación es un discurso instituyente que echa luz sobre la indeterminación de la democracia*. Esto se debe a que se trata de un discurso que instituye –o reinstituye- la legitimidad del vínculo representativo, y con ello legitima al representante que lo evoca. Por otro lado, es un discurso que revela la indeterminación de la democracia, pues se legitima a partir del énfasis puesto en que el poder es un lugar imposible de encarnar, ocupado sólo temporariamente, no perteneciente a nadie. En consecuencia, nos presenta ante una paradoja, pues quienes apelan a él buscan ocupar y permanecer en el poder revelando simultáneamente la fragilidad de dicha ocupación.

La segunda hipótesis, basada en el argumento sobre el carácter instituyente y diferencial de los discursos de la renovación, es que *la renovación es un significativo vacío que posibilita la articulación hegemónica propia de la política democrática*. Se trataría de un significativo que se va vaciando de su particularidad a partir de la articulación equivalencial con otros significantes y de un antagonismo con “lo otro” de la renovación, que sería lo “otro” de la democracia. La renovación, entonces, a la vez que instituye una diferencia, hace visible la constitución de la unidad de la sociedad democrática y su propio límite, lo que le impide ser plenamente. Esta conceptualización nos permite ver, por un lado, cómo la sociedad democrática se mantiene vigente en la producción permanente de nuevos significantes vacíos y, por otro lado, pone el acento sobre la emergencia de un “nuevo” significativo vacío en el presente.

La tercera hipótesis se refiere a la relación entre renovación y ocupación del poder (en la acción de gobierno), y consiste en sostener que *el discurso de la renovación pone en escena la reconfiguración permanente del sentido espacio-temporal del poder como “lugar vacío”*. El discurso de la renovación se relaciona con cómo el tiempo y el espacio son instituidos y al mismo tiempo son las dimensiones de la vida política. La relación entre renovación y poder se desenvuelve en este espacio movidizo en donde nace lo nuevo en cada momento y con ello se altera toda figuración de las dimensiones del espacio público-político, del lugar del poder y de su carácter “vacío”.

## **5. Metodología y fuentes**

El enfoque teórico elegido es de tipo interpretativo, poniendo énfasis en la continua institución de nuevas escenas en que las identidades de los actores, las claves de diferenciación y los temas relevantes son construidos intersubjetivamente. La metodología elegida es el análisis comparado de los discursos políticos – sucesivos en el tiempo-, pues el contraste de unos con otros permitirá establecer similitudes y diferencias que servirán a la hora de responder a las preguntas de la presente investigación, buscando por un lado entender la especificidad de cada puesta en escena de dichos discursos y el contexto en que esto se produce, y por otro

lado intentando ofrecer una interpretación de carácter más global sobre el fenómeno de emergencia y auge de la “renovación”.

Las unidades de análisis son los discursos de la Renovación peronista en el período 1984-1989, los discursos del Frente Grande, el Frepaso y la Alianza en el período 1991-2001 y los discursos del kirchnerismo (de sus líderes y de otros referentes y organizaciones que se autodefinen en estos términos) en el período 2003-2011. También se harán breves referencias a los discursos de otros actores políticos presentes en las escenas en los que éstos hacen aparición, con el objeto de contextualizarlos. Para estudiar el discurso de la renovación más reciente, se analizarán los discursos de los candidatos devenidos intendentes en los distritos de Quilmes, Lanús y Almirante Brown en el período 2007-2011, que complementarán el estudio en clave histórica. Se analizarán los discursos públicos de los dirigentes partidarios, funcionarios de gobierno, dirigentes sociales y de documentación de las organizaciones políticas y sociales ligadas a estos actores. La justificación de la selección de estos discursos se basa en que en ellos la apelación a la “renovación”, al enfrentamiento a la “vieja política” y la propuesta de una “nueva política” adopta gran centralidad. Además, se trata de discursos que han sido analizados – separadamente- en torno a la cuestión de la “renovación” que parecían expresar en la escena política en cada contexto específico.

El período estudiado es 1983-2011, es decir que se abre con un proceso electoral –el que implicó el retorno del régimen democrático luego de la dictadura militar que había interrumpido el orden constitucional en 1976- y se cierra con otro – el que llevó a Cristina Fernández de Kirchner a la reelección. Los diversos escenarios electorales y otros momentos en que se puso en juego la legitimidad representativa resultan centrales para comprender la emergencia y transformaciones de los discursos de la renovación. El período elegido se extiende durante todo el período democrático para ir más allá de la novedad de los discursos de la “renovación” actual, ya que éstos encuentra antecedentes en casos anteriores, por lo que su análisis es necesario para comprender la propagación de la consigna de la renovación en un sentido más global. Los casos serán tratados específicamente en el primer capítulo, y luego serán retomados a lo largo de los tres capítulos siguientes, para la discusión de los problemas teóricos que serán tratados en el marco de las experiencias estudiadas.

La investigación ha sido de tipo cualitativa, realizando triangulación con datos cuantitativos. Se recurrió a las siguientes técnicas cualitativas: relevamiento y análisis de material periodístico nacional, provincial y local, tanto gráfico como audiovisual; recolección de documentos y publicaciones relevantes a nivel local, provincial y nacional; estudio de documentos partidarios y de consultoras de opinión; observación participante de actos políticos, eventos de interés en los distritos y otras actividades patrocinadas por el Estado u organizaciones de la ciudadanía; entrevistas en profundidad a dirigentes, líderes y asesores políticos, referentes de organizaciones de la sociedad civil, consultores y expertos en comunicación política y opinión pública; relevamiento de bibliografía, y análisis de fuentes secundarias para realizar un análisis socio-histórico. En cuanto a las técnicas cuantitativas, se procesaron los resultados electorales 1983-2011, se analizaron votaciones en los Concejos, y se analizaron encuestas en el período 2003-2011. Estos datos son tenidos en cuenta especialmente pues aparecen en los discursos de la “renovación” como sustento de las posiciones que adoptan los actores.

## **6. Resumen**

El trabajo está estructurado en cuatro capítulos, comenzando con el análisis de los tres discursos de la renovación elegidos –el de la “Renovación peronista”, el del “Frente Grande”, el “Frepasso” y la “Alianza”, y el del “kirchnerismo”- en clave comparada. En base a los elementos extraídos de la comparación, se vincularán las diversas escenificaciones del discurso de la renovación en relación a las mutaciones que se verifican a lo largo de las casi tres décadas de vigencia del régimen democrático y se desarrollarán dos similitudes y un punto de contraste que serán retomados en los capítulos sucesivos para la discusión de las tres hipótesis mencionadas más arriba.

En el segundo capítulo, titulado *Renovación e institución*, se abordará la tensión entre distancia representativa e igualdad democrática, distinguiendo los elementos del discurso de la renovación orientados a la restauración de la legitimidad representativa y aquellos que se encontrarían vinculados a la disolución de la representación en favor del “gobierno del pueblo”. A partir de este análisis, se

discutirá sobre el carácter *instituyente* y *revelador* del discurso de la renovación acerca de la indeterminación de la sociedad democrática.

En el tercer capítulo, bajo el título *Renovación y diferencia*, se analizará el discurso renovador en tanto clave de diferenciación (entre la “vieja política” y la “nueva política”, entre los “viejos” y los “jóvenes”, entre la “anti política” y la “nueva política”), caracterizándolo por su negatividad (como rechazo y vacuidad). Este discurso que implicaba una “diferencia”, al haberse generalizado en el discurso contemporáneo se constituye en un *significante vacío* que recrea la unidad de la sociedad democrática.

El cuarto capítulo se titula *Renovación y poder*, y allí se abordarán las tensiones alrededor de la ocupación del lugar del poder (la distancia, la vejez y la gobernabilidad), que parecerían llevar indefectiblemente a la incompatibilidad entre la renovación y el ejercicio de la acción gubernamental. El giro reciente en el discurso renovador muestra cómo estas tensiones pueden ser explotadas en favor de la estabilidad en el poder, convirtiéndose la renovación en un discurso que es a la vez *contra el poder* y *desde el poder*.



## Capítulo I

### En nombre de la renovación

Ciertamente, la apelación a la “renovación” en el discurso político argentino no es nueva, pero tampoco tiene una larga historia. Si bien se encuentran algunos antecedentes en la tradición radical y en diversos discursos políticos aislados,<sup>9</sup> es posible establecer en 1983 un punto de inflexión, ya que a partir de allí el significativo “renovación” pasa a ser usado por actores de todo el arco político y con ello se erige en un elemento central en la competencia electoral. En el marco de la transición democrática, Raúl Alfonsín y los dirigentes radicales que lo acompañaban eran caracterizados como expresiones de la renovación en la Unión Cívica Radical (UCR) por su modo de relación con el electorado.<sup>10</sup> Inmediatamente después, el discurso de la “renovación” -y luego también el de la “nueva política”- pasó a generalizarse, tomando diversas formas a lo largo del tiempo. Cada puesta en escena de este discurso se encontraba marcada por el contexto de transformaciones en el vínculo representativo que afectaron a la Argentina -así como al resto del Occidente- en las décadas recientes.

La comparación entre las sucesivas apelaciones a la “renovación” y la “nueva política” podría contribuir a comprender este fenómeno. Por ello, aquí se abordará el estudio de tres escenificaciones sucesivas de este discurso: aquélla que tuvo lugar en la década del 80’, bajo el nombre de “Renovación”; la relacionada con la formación del Frente Grande, el Frepaso y la Alianza en la década del 90’; y, por último, la que

---

<sup>9</sup> Entre los antecedentes encontramos el “Movimiento Intransigencia y Renovación” en el seno de la UCR los 40’ y el movimiento “Renovación y cambio”, fundado en 1971, también en la UCR. Durante el Proceso de Reorganización Nacional se encuentran menciones a la renovación: en 1978, el entonces gobernador de facto de la Provincia de Buenos Aires, Saint Jean, sostenía la necesidad de la renovación: “... señaló el general Saint Jean que es determinación del poder ejecutivo que preside realizar una paulatina renovación de los elencos municipales, colocando al frente de esas comunas – dijo- ‘a hombres cuyas edades oscilen entre los 30 y 40 años.’” Ver *La Nación*, (18 de junio de 1978) “Paulatina renovación de los elencos municipales”. De todas maneras, la “renovación” no ocupa un lugar central en el discurso político de la época, sino sólo marginalmente. Sería interesante analizar, en otra investigación, cómo el discurso de la renovación del pasado se escenifica en contextos democráticos y autoritarios.

<sup>10</sup> Para estudiar el “Movimiento Renovación y Cambio” y la “Coordinadora”, ver Altamirano (1987).

se expresa con la emergencia del kirchnerismo en la última década.<sup>11</sup> A partir del análisis diacrónico de estos discursos se extraerán algunos elementos analíticos que permitirán desentrañar el sentido del auge de la “renovación” en la política contemporánea y las paradojas y desafíos que esto presenta, tarea que será abordada en los capítulos sucesivos.

## **1. La Renovación (con mayúscula)**

### **1.1 Las elecciones de 1983 y el reclamo por la renovación del peronismo**

Como se adelantó al inicio del capítulo, las apelaciones a la “renovación” y a la “nueva política” comienzan a tener mayor centralidad en la política argentina a partir del retorno a la democracia, en 1983. Esta mutación en las claves de diferenciación operantes en la escena electoral se percibe claramente en el proceso electoral que llevó a Raúl Alfonsín a la presidencia. En aquella ocasión, el triunfo del radicalismo –que había sido considerado en principio un “accidente”-<sup>12</sup> fue interpretado como el resultado de una campaña exitosa en la que “lo nuevo” había tenido protagonismo:

“Para la gente (al menos para la mayoría, según se vio en los resultados) votar al peronismo era votar por el ganador. La U.C.R., en cambio, supo presentar una cara renovada, se transformó en un hecho nuevo: el desafío, lo inédito, la opción. Y –como se sabe- para los jóvenes, el cambio, por el mero hecho de serlo, ya resultaba atractivo. En tanto, el peronismo se obstinaba en aferrarse única y exclusivamente a pasadas glorias” (Unamuno et. al., 1984: 85).

---

<sup>11</sup> Se trata no de las únicas referencias a la renovación en el discurso político en el período 1983-2011, pero sí probablemente las más preponderantes por el rol y peso que los actores que evocaban dicho discurso tenían en la competencia política nacional. Sería interesante abordar otros discursos pasados y contemporáneos de la renovación que han tenido importancia en los espacios políticos locales.

<sup>12</sup> La cuestión del “accidente” está presente tanto en la Renovación peronista de la década del 80’ como en el triunfo de Néstor Kirchner en la elección presidencial de 2003, aunque en un sentido inverso. “La derrota electoral no fue un accidente o un momento negativo en la historia de nuestra evolución política, sino por el contrario, fue un hecho histórico que nos coloca ante el imperativo de plantearnos sin censura las reformulaciones teóricas y las consecuencias políticas, que no hicimos ni extrajimos a la muerte de Perón.” Ver Álvarez, C. (agosto de 1984) “El Peronismo se transforma o se muere”, *Revista Unidos* N° 03.

Esta cita ilustra varios elementos que estarán presentes en los discursos de la “renovación” que analizaremos más adelante. En primer lugar, en ella se interpretan las “razones”, “motivaciones” o “causas” del voto: se concluye que los votantes eligieron a la UCR porque se presentaba como algo nuevo, en contraste con el Partido Justicialista (PJ), cuya imagen se encontraba más ligada al pasado que al futuro. La propagación de las apelaciones a lo “nuevo” se derivarán entonces de la suposición de que se trata de un atributo valorado por los votantes, de una pretensión de legitimación.

En segundo lugar, en la cita se sostiene que el “cambio”, por sí mismo, más allá de hacia dónde esté orientado, resulta atractivo electoralmente. El discurso de lo “nuevo”, por lo tanto, no se centraría en un contenido concreto sino que se basaría en la alternativa, en presentarse como “lo otro” de aquello dado. Se verá más adelante cómo esta referencia a aquello que está por fuera del poder tiene un rol importante en la discursividad renovadora.

Por último, se postula a “los jóvenes” como sujeto político privilegiado. Se comienza haciendo referencia a “la gente”, para luego sostener que el cambio es lo que atrae a “los jóvenes”. La “nueva política” pareciera ser mejor representada por “nuevos hombres”, definidos como jóvenes no solamente por su edad sino por su escaso vínculo con las estructuras políticas tradicionales. La juventud se presentará, por lo tanto, como la figura ideal de representado y de representante. Todos los elementos extraídos de la cita, que se encuentran presentes en el discurso político en los inicios de la transición democrática, serán recuperados luego en cada uno de los discursos “renovadores” que se analizarán aquí.

Comenzando entonces por la primera derrota del peronismo en elecciones abiertas sin proscripción, la mención a lo nuevo aparece repetidamente en los testimonios de quienes participaron de la corriente crítica dentro del movimiento, que pasará a llamarse “Renovación”.<sup>13</sup> Un recorrido por las declaraciones de varios dirigentes luego de conocer el resultado de la elección presidencial, señala que la impresión compartida era la derrota era aquélla de la “conducción”. La cuestión se

---

<sup>13</sup> Inicialmente, Antonio Cafiero lanzó el Movimiento para la Unidad, Solidaridad y Organización de la Provincia de Buenos Aires (MUSO), que postulaba su candidatura como Presidente del Partido Provincial. Entre los objetivos de esta agrupación se encontraban la creación de un “partido de renovación”, la realización de una autocrítica, y la reforma del Estatuto del partido, con la incorporación del voto directo de los afiliados para la nominación de los candidatos.

planteaba por lo tanto en términos de “se va la cúpula o se va la gente” (Bárbaro, en Unamuno et. al., 1984: 71).

La distinción entre “renovadores” y “ortodoxos” pasaba a basarse en el modo de relación de los dirigentes con las bases de apoyo del peronismo: “La renovación ponía la oreja tratando de escuchar lo que quería la gente. La ortodoxia, cuando abordaba los mismos temas, ponía la oreja para saber lo que querían algunos factores de poder” (Vaca, en Gordillo, 1987: 85). La atención a la voz del electorado, la horizontalidad, la participación directa y el involucramiento del “pueblo” en la vida de la organización partidaria eran el pilar fundamental sobre el que se asentaba la plataforma de los “renovadores”. Se trataba de un enfrentamiento entre los líderes que estaban “con la gente” y aquellos que manejaban los “aparatos”.

El cambio de cúpula implicaba un cambio generacional, aunque no estrictamente basado en la edad de los dirigentes, pues “hay viejos de veinte y jóvenes de ochenta” (Bárbaro, en Unamuno et. al., 1984). La diferencia consistía en que los “viejos” eran quienes estaban acostumbrados a seguir a Perón y no se encontraban preparados para la militancia, en tanto los “jóvenes” construían el poder desde ellos mismos (Unamuno et. al., 1984: 76). Como resume la siguiente cita, la definición del hombre renovador –en algún sentido el “hombre nuevo”– se basaba en dos características:

“una es que el renovador apuesta en serio a la democracia, no hay medias tintas, no hay sesgos autoritarios, en el planteo político ni en la personalidad, y el segundo [rasgo] es que el renovador es el pensamiento crítico y autocrítico, o sea que es autocrítico de los propios errores del peronismo y utiliza la crítica como método de construcción política, cosa que el sector ortodoxo no se permite” (Macaya, en Gordillo, 1987: 64).

En lo que respecta al contenido ideológico de la Renovación, si bien ésta se presentaba como un modo de recuperación de la “lucha por la idea” (García, en Gordillo, 1987: 89), la consigna de “actualización doctrinaria, renovación dirigencial, cambios metodológicos”(Álvarez, 1984) muestra que el acento estaba puesto especialmente en los métodos y en las personas: “La Renovación Peronista debe ser proyecto transformador, métodos incuestionables y hombres que encarnen

con credibilidad y decisión las nuevas tareas del movimiento popular”.<sup>14</sup> La “metodología” se constituía en una clave de diferenciación, sin entrar en disputas acerca de cuál era el “verdadero peronismo” ideológico. Y era preciso generar esta diferenciación para evitar caer en una situación en la cual los peronistas terminarían “sin diferenciar[se] del conjunto de la política del país; en consecuencia, sin identidad”. (Cafiero, 1995) La identidad del peronismo, en consecuencia, sería recuperada a partir de una nueva operación de diferencia.

El hecho de marcar una línea separatoria entre lo “nuevo” y lo “viejo” implicaba una doble tensión: se buscaba institucionalizar el PJ para estar a tono con la construcción de una “democracia de partidos”, pero a la vez la estructura partidaria parecía no favorecer el ascenso de nuevas figuras que airearan la conducción; se hacía énfasis en que los liderazgos legítimos eran aquellos asentados en el apoyo popular y una relación directa con la “gente”, pero al mismo tiempo los esfuerzos estaban puestos en el control de los “aparatos”. Estas tensiones muestran cómo en la Renovación se percibe en primer lugar una dilución de los límites entre el interior y el exterior de la estructura partidaria; y, en segundo lugar, adquiere importancia la disputa entre los recursos organizacionales y el apoyo popular como determinantes del éxito y de la legitimidad de los “renovadores” y “ortodoxos”.

## **1.2 La diferencia que constituye a la renovación (1984-1989)**

Esta doble tensión –entre interior y exterior y entre apoyo popular y “aparato”- se pone en escena en el derrotero de la Renovación en el período 1984-1989.<sup>15</sup> Desde un principio, la diferenciación atravesaba los límites entre lo que se encontraba “dentro” y “fuera” del partido, y esto no implicaba simplemente un desapego de la institucionalidad sino la generación de *otra* institucionalidad, con pretensión de erigirse como el “verdadero” partido. En 1984, Antonio Cafiero había

---

<sup>14</sup> Esta cita se encuentra en el Documento fundacional de la Renovación Peronista, publicado el 21 de diciembre de 1985. Estas mismas consignas aparecen repetidamente en los discursos de los actores de la Renovación: “El cambio de personas, de metodología, de actualización de la doctrina y autocrítica, forman las bases de lo que hoy podemos decir que es la renovación” (Cafiero, en Gordillo y Lavagno, 1987: 16).

<sup>15</sup> Un autor que presenta una crónica de la trayectoria de la Renovación desde la perspectiva cercana a Cafiero es McAdam (1996).

lanzado el “Movimiento para la Unidad, Solidaridad y Organización de la Provincia de Buenos Aires” (MUSO), que postulaba su candidatura como Presidente del PJ a nivel provincial. Entre los objetivos de esta agrupación se encontraban la creación de un “partido de renovación”, la realización de una autocrítica, y la reforma del Estatuto del partido, con la incorporación del voto directo de los afiliados para la nominación de los candidatos. A la par de lanzar este movimiento, los “renovadores” –que aún no conformaban un grupo claramente definido- participarían del Congreso Nacional Peronista a celebrarse el 15 de diciembre en el Teatro Odeón, bajo la designación de “Frente de Renovación Peronista”.<sup>16</sup> El fracaso del Congreso de Odeón y la posterior realización de un Congreso “paralelo” en Río Hondo el 2 de febrero de 1985, escenifican los dos modos de actuación de los “renovadores” en relación al partido: participando en el marco del Congreso Nacional, y luego disputando la legitimidad de dicho congreso mediante la anulación de las decisiones tomadas y el no reconocimiento de las autoridades electas en el primer encuentro.

El proceso electoral de 1985 es la mejor ilustración de la tensión entre la organización y lo que está fuera de ella y de la competencia entre los recursos organizacionales y el apoyo popular. En la Provincia de Buenos Aires, Herminio Iglesias había convocado a elecciones internas para el 25 de agosto de 1985 y contra toda expectativa Antonio Cafiero y Carlos Menem –que postulaban la “renovación”- obtuvieron las firmas necesarias para presentar su lista de candidatos. Finalmente Iglesias suspendió dichas internas y ambas facciones participaron de las elecciones para diputados nacionales en dos frentes que se autoproclamaban “peronistas”: el Frente de Justicia y Liberación (FREJULI) –que con su nombre apelaba al pasado-<sup>17</sup> y el Frente de Renovación para la Justicia, la Democracia y la Participación (FREJUDEPA),<sup>18</sup> que luego aparecería como Frente Renovador. El lanzamiento de este frente había costado a Cafiero y a Eduardo Duhalde<sup>19</sup> la expulsión del PJ dos meses antes de la elección. Luego del triunfo “con los votos” frente al adversario

---

<sup>16</sup> El “Frente” se encontraba compuesto por el MUSO, “Convocatoria Peronista” –bajo la conducción de Carlos Grosso- y la “Comisión de los 25” –detrás de Saúl Ubaldini-, entre otras agrupaciones.

<sup>17</sup> La sigla había sido utilizada en la elección de marzo del 73, que había llevado a Héctor Cámpora a la presidencia.

<sup>18</sup> El frente había sido lanzado por la Democracia Cristiana. La sigla utiliza las letras JDP, que son también las iniciales de Juan Domingo Perón.

<sup>19</sup> Duhalde era en ese entonces intendente de Lomas de Zamora y referente de la Renovación bonaerense.

interno dueño del “aparato”,<sup>20</sup> se lanzó un manifiesto que dictaba: “No intentamos luchar contra el aparato ‘conservador’ para oponerle el aparatismo renovador. Volver al poder requiere volver al pueblo. Un Partido que sea fiel intérprete de sus aspiraciones y necesidades.”<sup>21</sup>

La cuestión de la diferenciación entre renovadores y ortodoxos, que parecía resuelta, no puede tomarse como el resultado de atributos fijados previamente e independientemente del curso de los acontecimientos. El proceso de identificación con uno y otro sector era alterado por las circunstancias, y siendo la renovación un proceso de diferencia, éste también implicaba un proceso de identidad y unidad, generando por ello nuevas tensiones. Así es como el triunfo frente al sector “ortodoxo” no dio por terminada la cuestión de la renovación, pues se postulaban dos opciones: la integración subordinada de los sectores más tradicionales que aceptaran la nueva conducción –de acuerdo al lema “el que gana conduce y el que pierde acompaña”-, o bien la constitución del PJ en un “partido de renovación”, expulsando a los sectores que no se hubiesen adherido a esta consigna desde el principio.<sup>22</sup> Las disputas entre “renovadores” y “ortodoxos” y entre “renovadores-integradores” y “renovadores-renovadores” continuaron latentes hasta el fin del período, como ilustran los registros de las reuniones realizadas.<sup>23</sup> El significante “renovador” era por lo tanto resignificado en cada nuevo escenario, donde los antiguos “renovadores” podían ser percibidos como “conservadores” u “ortodoxos” por sus posiciones en relación al rechazo o integración de los vencidos.

Las elecciones de 1987 y 1989 también ponen en escena las tensiones arriba mencionadas -entre dentro y fuera de la organización, y entre popularidad y recursos organizacionales. A esto se suma la relación entre lo local y lo nacional, siendo las competencias locales espacios privilegiados para la instalación de las candidaturas.

---

<sup>20</sup> La UCR obtuvo el 41,46 por ciento de los votos y el Frente Renovador el 26,98 por ciento, casi triplicando los votos obtenidos por los “ortodoxos” del sector de Iglesias, que alcanzaron cerca del 9,8 por ciento.

<sup>21</sup> Esta cita es extraída del Documento fundacional de la Renovación Peronista, publicada en Buenos Aires, 21 de diciembre de 1985.

<sup>22</sup> Esta situación enfrentaba a los renovadores entre sí, pues los más radicalizados –entre los que se encontraban Juan Manuel de la Sota, José Luis Manzano y Eduardo Vaca- sostenían que la Renovación debía ser el único Partido Justicialista, mientras que los más moderados –con Antonio Cafiero a la cabeza- buscaban algún modo de integración.

<sup>23</sup> La crónica de los Congresos del Partido Justicialista puede ser encontrada en McAdam (1996). Los Congresos de Mar del Plata y Bariloche son una ilustración de los conflictos alrededor de la integración de los vencidos al partido.

Asimismo, las escenas locales no son meras reproducción de lo que ocurre a escala nacional ni pueden asimilarse las unas a las otras, sino que en ellas se dan diferentes acuerdos, posicionamientos y claves de diferenciación que pueden contradecirse o complementarse. Por ello, como veremos, la competencia por la gobernación de la Provincia de Buenos Aires, la contienda presidencial y las diversas competencias que se daban en otros espacios provinciales confluían en una escena compleja en la que la “renovación” adoptaba una significación particular según cada contexto.

Cafiero y Menem se internaron en la competencia por la gobernación de la Provincia de Buenos Aires (de la que Menem participaba indirectamente) con miras en la elección presidencial de 1989, en la cual ambos estaban interesados. Las previsiones para las elecciones internas (que se habían convocado inicialmente el 31 de agosto de 1986, pero finalmente se llevaron a cabo el 16 de noviembre) mostraban que Cafiero contaba con un fuerte apoyo entre los afiliados del PJ para la candidatura a la gobernación, mientras en la competencia presidencial Menem llevaba ventaja. Dado este contexto, dos semanas antes de la celebración de las internas se realizó un congreso del PJ en Tucumán bajo la presidencia de Saadi, que contó con escasa participación.<sup>24</sup> Allí se sancionaron las reformas de la Carta Orgánica para que las internas presidenciales fueran resueltas mediante el voto directo de los afiliados tomando al país como distrito único, lo que además de ser una de las consignas de la Renovación desde sus inicios, resultaba ser el procedimiento más conveniente para Menem dados los pronósticos.

En la competencia interna por la gobernación triunfó la “Lista Blanca” de Cafiero sobre la línea “Federalismo y Liberación” apoyada por Menem (que postulaba a Juan Carlos Rousselot). Luego de este resultado, se delinearon las candidaturas para las elecciones provinciales y nacionales de 1987. Cafiero eligió como candidato a vicegobernador a Luis Macaya y la lista de diputados fue encabezada por Eduardo Duhalde, que había ambicionado acompañar la fórmula para la gobernación. Pero pronto la preocupación por el escenario poco alentador que arrojaban las encuestas llevó a Cafiero a reemplazar a Duhalde por Luder en la lista

---

<sup>24</sup> El Congreso fue realizado el 3 de marzo de 1986.

de diputados. Cafiero llevó adelante una campaña marcada por el uso del “Cafieromóvil” que permitía la llegada directa del mensaje del candidato a la gente.<sup>25</sup>

El día de las elecciones (6 de septiembre), las encuestas no mostraban números muy favorables para el peronismo, y se registraba un gran porcentaje de indecisos. Pero finalmente Cafiero ganó la gobernación con el “Frente Justicialista Renovador”, obteniendo el 46,48 por ciento de los votos frente al 39,66 por ciento alcanzado por la UCR. En este contexto, y dadas las idas y vueltas de Cafiero, Menem sostenía: “Soy el único que está en la renovación tal cual se constituyó” (Menem, en Gordillo, 1987: 54).

En 1989, la relación entre “aparato” y “apoyo popular” se invertiría, pues Cafiero contaba con la “estructura del partido”, mientras ahora era Menem quien recorría las calles con su “Menemóvil”. Luego de la asunción de Cafiero a la gobernación, en enero de 1988 se celebró una reunión de gobernadores justicialistas en Mar del Plata, en la cual Cafiero fue proclamado presidente del PJ y Menem fue nombrado vicepresidente. Habiendo pasado la etapa de transformación del Partido, ahora la disputa era por la candidatura presidencial: Menem anunció que Duhalde sería su compañero de fórmula (reforzando el perfil “renovador” del candidato presidencial) y Cafiero –en circunstancias algo accidentadas- (McAdam, 1996: 158) comunicó que sería acompañado por Juan Manuel de la Sota (que no contaba con el visto bueno de los sectores conservadores, por haber sido poco conciliador). En la campaña<sup>26</sup> se cruzaron acusaciones que señalaban a uno y a otro como “demasiado a la izquierda”. En términos de recursos, Cafiero contaba con la “estructura del partido”, mientras Menem se presentaba como más cercano a la gente. La interna se llevó a cabo el 9 de julio de 1988, y por la reforma antes mencionada, por primera vez contó con la participación directa de los afiliados al partido en todo el país, ungiendo a Carlos Menem como candidato presidencial, con el 52,9 por ciento de los votos contra el 46,3 por ciento obtenido por Cafiero. El voto directo había sido ventajoso para Menem, y la reforma del Partido había por lo tanto inclinado la balanza hacia la popularidad del candidato en la opinión frente a la fuerza de las estructuras partidarias. Una vez más, como en los inicios, aquello que ocurría “fuera”

---

<sup>25</sup> Ésta es la interpretación presentada por Vommaro (2008), que analiza las mutaciones en el campo de las mediciones de opinión pública y la política.

<sup>26</sup> Las campañas se cerraron con un acto en el estadio de River Plate organizado por Luis Barrionuevo y las 62 Organizaciones –la de Menem-, y en un acto en Córdoba –la de Cafiero-.

del aparato partidario afectaba de manera determinante el equilibrio de poder “dentro” de la estructura.

El cierre del proceso de la Renovación se dio con el triunfo en la elección presidencial, en concordancia con el objetivo primordialmente electoral de la Renovación: volver a la presidencia. Menem había sostenido esta idea ya con anterioridad, en los momentos de crecimiento de la experiencia renovadora: “Es indudable que la recuperación organizativa del peronismo –que sigue, pese al revés del 30 de octubre, siendo mayoría–, devendrá en el retorno al triunfo, permitiendo que cuadros técnicos y políticos idóneos realicen la revolución en paz que todos anhelamos, sustentados por un pueblo que se sienta cabalmente interpretado.”(Menem, 1985) La crisis del gobierno radical llevó a la anticipación de las elecciones presidenciales, y el 14 de mayo de 1989 Menem, con la etiqueta del “Frente Justicialista Popular” fue electo como presidente de la nación, con el 47,49 por ciento de los votos frente al candidato radical Eduardo Angeloz, que obtuvo el 32,45 por ciento. Menem alcanzó pronto altos índices de popularidad, y la experiencia de Renovación se dio por cerrada.

### **1.3 La Renovación como creación de una línea interna partidaria**

En base a los testimonios, análisis y autoanálisis de la Renovación,<sup>27</sup> cabe destacar varios puntos relevantes para la comparación con los discursos posteriores. En primer lugar, la Renovación surge de un diagnóstico de crisis: la crisis de identidad del peronismo, la crisis de autoridad generada por la muerte de su conductor natural, la crisis de la conducción, que es en última instancia una crisis de representación, pues implica la fractura del vínculo entre la dirigencia –los representantes- y el “pueblo” o la “gente” –los representados-. Esta crisis de representación, que puede verse como la de una fracción, adopta características globales, dada la tradicional pretensión omniabarcadora en el discurso peronista. Se

---

<sup>27</sup> El fenómeno de la Renovación fue analizado contemporáneamente y en años posteriores desde diversas perspectivas (De ipola, 1987; 1988; Altamirano, 2004; Aboy Carlés, 1996; 2001; Mustapic, 2002). Para los analistas, los renovadores se presentaban como representando el “bloque democrático” del peronismo (De Ipola, 1987: 115). La llamada autocrítica del sector renovador del peronismo se articulaba “en realidad como una crítica al adversario interno (‘los mariscales de la derrota’) pudiendo, los renovadores, salir impolutos de la mentada autocrítica” (Aboy Carlés, 1996: 21).

trata entonces del diagnóstico de una crisis de representación –de un desarreglo entre la conducción del peronismo y el pueblo peronista, devenido ahora la “gente”- que se resuelve buscando una nueva dirigencia y un nuevo vínculo legítimo entre los dirigentes y el electorado.

En segundo lugar, el cambio que se propugna proviene de “los márgenes”, desde abajo hacia arriba, de quienes se encuentran fuera del “aparato”, de quienes obtienen el favor de la gente frente a los que conservan el “poder” en sentido de recursos para controlar las estructuras estatales de diversa índole. Este movimiento democratizador, entonces, desplaza a los actores que han permanecido mucho tiempo y se han consolidado como “clase política”, para ser reemplazados por nuevas generaciones, nuevos actores. Los renovadores se diferencian –y logran recrear por ello una identidad- por cuán democráticos son. Y este “cuán democráticos” tiene que ver en este caso con la inclusión de nuevas generaciones, con la circulación de las personas en el partido, con la apertura a la voluntad del pueblo en la elección de candidatos.

En tercer lugar, la diferenciación –y, consecuentemente, la identidad “renovadora”- no se produce a partir de la ideología, ya que unos y otros (ortodoxos y renovadores, moderados e intransigentes, Cafiero y Menem) reconocen que las diferencias ideológicas son poco relevantes. Se trata principalmente de un rechazo, que se postula primero como un rechazo expresado en las urnas y luego se le da forma como el rechazo a determinados actores, métodos o atributos personales de los candidatos. La renovación es, primero y principalmente, una negatividad.

En cuarto lugar, el proceso de renovación del peronismo, si bien afectaba al movimiento formado por diferentes ramas y llevaba a la “institucionalización” del partido, operaba a su vez sobre todo el espectro político. El autorreconocimiento del peronismo como una parcialidad, y su reducción a la vez de un movimiento a un partido, constituía el marco de posibilidad para una “democracia de partidos”. Como sostiene Carlos “Chacho” Álvarez:

“El triunfo de Menem fue –en parte– el triunfo del Movimiento (como espacio político social) respecto del partido–oferta. Esto implica la necesidad de diferenciar líneas internas que posibiliten masificar la política, devolver protagonismo a la sociedad y representar la diversidad. Debe volver a pensarse la política como relación de fuerzas,

abandonando la (mágica) pretensión de gobernar satisfaciendo simétricamente todas las demandas” (Álvarez, 1988).

Es por ello que puede hablarse de la “renovación” en este período como “línea interna”. El hecho mismo de que se trate de una “línea interna” traza a su vez los límites de lo que es interno y externo al peronismo y escinde al peronismo de la totalidad.

Por último, la Renovación peronista se postula en sus inicios como un movimiento de crítica interna con el objetivo de producir una transformación que se considera necesaria para convertirse en alternativa de poder y ocuparlo efectivamente. Este mismo proceso se da entonces por cerrado una vez que se cumple el propósito, lo que se evidencia en la nula mención de la renovación en los discursos del presidente electo y de otros actores relevantes de la Renovación. Como se verá más adelante, las voces que recuperarán la apelación a lo “nuevo” serán aquellos que se alejarán del gobierno y formarán una nueva oposición.

## **2. La renovación del sistema de partidos**

### **2.1 Nuevos líderes y nuevos partidos**

El período que se abre con la elección de Carlos Saúl Menem en 1989 da lugar a nuevos sentidos de la renovación. En el marco de lo que se señala como una “crisis de representación”, emergen salidas institucionales y otras no tanto para reestablecer el vínculo representativo. Por un lado, se percibe un fenómeno de creciente personalización de la política, mientras por otro lado se presta atención a la consolidación de la democracia de partidos, con los partidos tradicionales adaptándose a sus nuevas funciones.

Por el lado de la personalización, Marcos Novaro (1994), señala que la “crisis de representación” en curso desde 1989 se asocia en general a la crisis económica hiperinflacionaria; al agotamiento del populismo como tradición política; al debilitamiento de los partidos políticos en comparación con otro tipo de mediaciones entre la sociedad y la política –los medios de comunicación–; y al proceso de despolitización y retiro de los ciudadanos a la esfera privada, que deriva en una

desconfianza generalizada a todo lo que tenga que ver con la política. La crisis de representación, de acuerdo al argumento del autor, se encuentra fuertemente relacionada con la emergencia de nuevos liderazgos, “como sistemas alternativos de agregación y constitución de identidades, relaciones de identificación y consentimiento, dispositivos de resolución de conflictos y toma de decisiones” (Novaro, 1994: 11-19 165). El autor sostiene, de acuerdo a este diagnóstico, que la “apuesta por la ‘nueva política’ se canaliza en líderes personalistas” (Novaro, 1994: 27). En consecuencia, una primera vertiente de la “nueva política” en este tiempo es la emergencia de líderes que se caracterizan como “outsiders” de la política (Novaro, 1999: 96-97).

Pero éste no es el único fenómeno que se percibe con respecto a la renovación de la política en el contexto de crisis que se diagnostica. La crisis de representación, concebida específicamente como una crisis de desconfianza dirigida hacia los partidos políticos llevaría también a la adaptación de los partidos a los nuevos tiempos, mediante su adecuación a sus nuevas funciones en el marco de las reformas de mercado impulsadas por el Poder Ejecutivo (Novaro, 1999: 89). Entonces, del lado “institucional”, la adaptación de los actores tradicionales y la emergencia de nuevos actores partidarios o coaliciones —el “Frente País Solidario” (Frepasso) y la “Alianza”— son considerados factores de renovación del sistema partidario argentino (Portantiero 1994: 5-7; Novaro y Palermo 1997). Por lo tanto, en la década de los 90’ la “nueva política” pareciera combinar la creciente personalización de la política con una propuesta de “nueva institucionalidad”.

## **2.2 El Frente Grande y el Frepasso (1991-1997)**

Durante sus primeros años en la presidencia, Menem había acumulando poder mediante el apoyo de diversos sectores económicos, sociales y políticos, llevando a la oposición a una situación de virtual aislamiento. En el seno del PJ, sin embargo, las disidencias se expresaron en la conformación del llamado “Grupo de los ocho”,<sup>28</sup> que renunció al partido a fines de 1991, postulando diferencias irreconciliables con la

---

<sup>28</sup> Integraban el “Grupo de los 8” Germán Abdala, Darío Alessandro, Juan Pablo Cafiero, Luis Brunati, Franco Caviglia, José Carlos “Conde” Ramos, Moisés Fontela y Carlos “Chacho” Álvarez.

conducción. El primer intento de “institucionalización” de un nuevo partido fue con la creación del “Movimiento por la Democracia y la Justicia Social” (MODEJUSO), liderado por Carlos “Chacho” Álvarez, para las elecciones legislativas del mismo año. Finalmente esta fuerza participó de las elecciones con el Frente por la Democracia y la Justicia Social (FREDEJUSO), junto a la Democracia popular, el Partido Intransigente y Propuesta Popular, incorporando al extrapartidario Aníbal Ibarra entre la candidaturas.<sup>29</sup> Los votos obtenidos por esta nueva fuerza fueron escasos, pero se inició un proceso de integración que, luego de varias idas y venidas, llevó en 1993 a la fusión del FREDEJUSO y del Frente del Sur (conducido por Fernando “Pino” Solanas) en lo que pasó a llamarse el Frente Grande.

El Frente Grande se formalizó el 27 de abril de 1993. Estaba compuesto por el sector de Álvarez, disidentes del radicalismo y otros sectores de izquierda (el Frente del Sur de Solanas). En las elecciones legislativas del mismo año, Solanas ocupó el primer lugar en la lista de diputados nacionales por la Provincia de Buenos Aires y Álvarez fue candidato en la ciudad. La campaña de la capital tenía el slogan “Uno de nosotros”, identificando al candidato no con la “clase política” sino con la ciudadanía. “Basta de más de lo mismo” era otra de las frases principales de la campaña, que implicaba el rechazo a la permanencia de los políticos en sus puestos y propugnaba el cambio de figuras. En dicha elección, Erman González (candidato del PJ) salió vencedor, mientras el Frente Grande se ubicó como tercera fuerza con el 13,63 por ciento de los votos.

El discurso de Álvarez a través de los medios se centraba en las críticas al modelo económico y hacía especial hincapié en el fenómeno de la corrupción. Un momento significativo en la constitución de la alternativa frentista se vinculó con la oposición al “Pacto de Olivos”,<sup>30</sup> que debilitó a la UCR como oposición, en parte como resultado de una fuerte campaña de denuncia por parte de los sectores frentistas, como se vio en la elección a Convencionales Constituyentes, en la que la

---

<sup>29</sup> La primera candidata a diputada nacional era Graciela Fernández Meijide y Aníbal Ibarra se presentaba como concejal por la Ciudad de Buenos Aires.

<sup>30</sup> Ver el análisis de Novaro (2010: 247-248) sobre la situación que llevó al Pacto de Olivos. Una interpretación interesante sobre la situación “estratégica” de los actores alrededor de la reforma constitucional es la presentada por Acuña (1995).

UCR retrocedió y el Frente Grande obtuvo un apoyo considerable, con el lema “Constitución sin mafias”.<sup>31</sup>

En un clima de aceptación –algo resignada- del liderazgo de Carlos Menem, la negatividad contribuía a la constitución de un nuevo polo opositor, que por levantar la bandera de la institucionalidad debía configurarse institucionalmente – como partido político-, para sanear así el sistema de partidos. Por lo tanto, la institucionalización de la fuerza era un punto central en el debate interno del Frente. Álvarez se inclinaba por un espacio más flexible, que vinculara a referentes de diversos sectores, lo que parecía contrario a la idea tradicional de partido político.<sup>32</sup> Pero el problema que se planteaba para la “nueva política” propuesta por Álvarez era que en el momento de competir, los “aparatos” tenían un peso importante y el Frente terminaba debilitado (Corral, 2007: 183). Esta tensión llevó a la incorporación de actores con experiencia política en partidos tradicionales, que alteraban a su vez la conformación inicial de la “cultura política” del Frente. Como en el período anterior, -aunque de forma invertida- el apoyo electoral y los recursos partidarios eran considerados elementos centrales y a la vez contrapuestos en la conformación de esta estrategia “renovadora”.

Para las elecciones de 1995, mientras Menem se aseguraba ser el candidato del PJ, el Frente Grande de Álvarez y el partido “Política Abierta para la Integración Social” (PAIS) de Octavio Bordón, junto con la Democracia Cristiana y la “Unidad Socialista” (US), formaron el Frente para un País Solidario (Frepasso) en vistas a disputar la presidencia. La marca diferenciadora del Frepasso consistía, según diversos autores, en su “voluntad de diferenciarse de los modos tradicionales de hacer política” (Alem, 2007: 224), basándose en la denuncia y el rechazo a las prácticas corruptas de la política tradicional.

El peso de la “opinión” y el uso de las “estructuras” permanecía presente como un problema en la conducción y estrategias del Frepasso. La decisión de quién encabezaría la fórmula presidencial se tomó mediante una consulta popular, llevada a cabo el 26 de febrero de 1995, en la que participaron casi medio millón de personas.

---

<sup>31</sup> El Frente Grande obtuvo un 13,2 por ciento de los votos, ganando en Capital Federal y Neuquén, y desplazando a la UCR como segunda fuerza en la provincia de Buenos Aires. Mientras tanto, el 37,9 por ciento de los votos fueron al Partido Justicialista y sólo el 19,74 por ciento fue a la UCR.

<sup>32</sup> “La tarea que Álvarez tenía pendiente era llevar al interior de su fuerza la prédica renovadora que lo había colocado ante la opinión pública como un dirigente distinto: dotar al Frente Grande de una nueva cultura política.” (Corral, 2007: 182-183).

Bordón triunfó en la interna, según diversas versiones gracias a los votos que provenían de estructuras sindicales peronistas –un rasgo de la “vieja política”-.

La diferenciación política articulada por el Frepaso adoptaba características que tenían que ver no tanto con la “izquierda” y la “derecha” ideológicas, y se enmarcaban en nuevos modos de relacionamiento al interior de la elite política y entre los políticos y el electorado. El proyecto de “transversalidad” propuesto por Álvarez era, según los analistas, de una “ambiciosa propuesta de renovación (...) al promover un novedoso escenario que surcaba las estructuras partidarias e interpelaba a la clase política a construir un diálogo distinto en función de afinidades generacionales y políticas” (Corral, 2007: 186).

La elección de 1995 dejó al Frepaso en un segundo lugar y si bien luego de las elecciones, Bordón abandonó el Frepaso para volver al PJ, y Álvarez aceleró la organización del Frepaso como confederación de partidos. Pero de todas maneras, el “rechazo” y la “denuncia” como modos de articulación política siguieron presentes en los años posteriores a la elección de 1995. Luego de perder la Jefatura de Gobierno con la fórmula La Porta-Ibarra frente al candidato radical Fernando de la Rúa, el Frepaso convocó el 12 de septiembre de 1996 a un apagón contra las medidas de ajuste implementadas por el Ministro de Economía Roque Fernández, bajo el lema “Préndase al apagón”. Esta forma inusual de protesta obtuvo el apoyo de la UCR, de Gustavo Béliz y de Bordón.

### **2.3 La Alianza (1997-2001)**

El acercamiento con la UCR se cristalizó en la creación de la “Alianza para el Trabajo, la Justicia y la Educación” (que llamaremos “la Alianza”) para presentar candidatos en la elección legislativa de 1997.<sup>33</sup> Así se conjugaba poder territorial con figuras convocantes a nivel nacional. La Alianza, luego de dilaciones en los acuerdos, finalmente se proclamó el 2 de agosto de 1997 y compitió en las elecciones legislativas de 1997. Triunfó y obtuvo un 36,6 por ciento de los votos a nivel nacional, superando al PJ, que había alcanzado el 36,3 por ciento.

---

<sup>33</sup> Luego de dilaciones en los acuerdos, finalmente la Alianza se proclamó el 2 de agosto de 1997 y compitió en las elecciones legislativas de 1997.

La Alianza mostraba un armado desparejo si se revisan las candidaturas en los distritos, donde la UCR y el Frepaso iban unidos o separados según el caso. Álvarez planteaba el vínculo en los mismos términos transversales que con el Frente Grande y el propio Frepaso. Estos apoyos daban lugar a la posibilidad de nuevas articulaciones de carácter transversal entre actores que compartían su oposición al gobierno de Menem, su adscripción a un nuevo modo de hacer política o que se postulaban como una nueva generación, mientras que desde el punto de vista ideológico en términos de “derecha” e “izquierda” tenían escaso acuerdo. Por ejemplo, Béliz era considerado por Álvarez un potencial socio del proyecto de la Alianza.

“Béliz y algunos de los que están en Nueva Dirigencia se tendrían que sentir mucho más contenidos en el proyecto de la Alianza. Irse del peronismo para protagonizar un espacio de centroderecha... de centroderecha testimonial, con un liderazgo como el de Cavallo... (se encoge de hombros). [...] Me parece que, si la Alianza es inteligente y abre el espacio sin caer en las tonterías de parroquia para acumular, Béliz debería estar mucho más cerca del Frepaso.” (*Página 12*, 6 de diciembre de 1998: 4).

A pesar de esta aparente confluencia, el acercamiento con Béliz no se llevó adelante. La coalición entre el Frepaso y la UCR decidió una fórmula presidencial para 1999, por medio de una interna abierta que consagró a Fernando de la Rúa como candidato a presidente, acompañado por Carlos “Chacho” Álvarez en la vicepresidencia. Así como en la decisión de la fórmula electoral de 1995, la balanza se inclinó en favor del candidato que contaba con mayores recursos organizacionales frente a aquel que gozaba de mayor popularidad en las encuestas. El carácter “transversal” de la Alianza era constantemente remarcado por Álvarez, aun cuando se trataba de un acuerdo con la UCR, cuya estructura era la de un partido tradicional:

“La Alianza quiebra las fronteras Frepaso-UCR. Y en los gobiernos nacionales, de Capital y de provincia va a haber mucha transversalidad. El radicalismo es un partido de fronteras fuertes, con una historia y tradición. Es diferente del Frepaso. En los temas programáticos y de gestión las fronteras se diluyen. Por ejemplo, quiero en la ciudad un núcleo fuerte de frepasistas y radicales construyendo para terminar bien esta experiencia y ayudando a construir la otra. Me voy a juntar con la gente con la que tengo mucho en común, que conozco, como Jesús Rodríguez. Igual va a pasar en la provincia de Buenos Aires.” (*Página 12*, 6 de diciembre de 1998: 4).

Durante la campaña presidencial, no se ponía en cuestión desactivar la convertibilidad, sino que se proponía corregir los errores cometidos y fortalecer la institucionalidad. “La idea de cambio está muy vinculada con la necesidad de ampliarse y al equilibrio de fuerzas. Gobernabilidad menemista es con el *establishment*. Gobernabilidad y cambio es juntar más consenso político y social” (*Página 12*, 6 de diciembre de 1998: 4). La Alianza obtuvo un 48,37 por ciento de los votos frente a al peronismo –que se presentaba con la Alianza Concertación Justicialista para el Cambio–, bajo la fórmula encabezada por Eduardo Duhalde, que obtuvo el 38,27 por ciento.

Así como en 1989, la asunción al gobierno en 1999 fue el comienzo del fin del discurso de la “nueva política” que había marcado la postura opositora durante toda la década. Luego del triunfo en las urnas, el gobierno de la Alianza se enfrentó a un contexto interno y externo desfavorables, y las decisiones tomadas no hicieron más que profundizar la crisis iniciada durante el gobierno de Menem. La estrategia de de la Rúa de buscar la cooperación con el PJ lo alejó de diversos sectores de la coalición de gobierno, entre ellos Carlos “Chacho” Álvarez. Como se ve en el texto de la renuncia de Álvarez a la vicepresidencia:

“... no renuncio a luchar, renuncio al cargo con el que me ha honrado la ciudadanía, fundé una fuerza nueva para, entre otras cosas, cambiar la forma de hacer política en este país, en nuestro país; estoy convencido de que estamos ante una crisis terminal de hacer política, en la relación entre el poder político y el poder económico, y del vínculo entre la política y la gente. Lo vengo sosteniendo, no es de ahora, sino de más de diez años, cuando me fui del Partido Justicialista. [...] esta situación debe enfrentarse con una enorme cuota de decisión: o se está con lo viejo, que debe morir, o se lucha por lo nuevo, que esta crisis debe ayudar a alumbrar.” (*Página 12*, 7 de octubre de 2000: 3).

El escándalo de las coimas en el Senado terminó por desintegrar el acuerdo, ya que tocó un punto central de la constitución del discurso “renovador” que había postulado el frepismo, centrado en acabar con los métodos de la “vieja política”, con los acuerdos espurios entre las fuerzas tradicionales y con la corrupción.

## **2.4 La renovación como nueva institucionalidad**

A partir de este recorrido, podemos tomar varios puntos para ulteriores comparaciones y análisis. Nuevamente, así como en la experiencia de la renovación peronista que vimos en la sección anterior, la “crisis” –en este caso, la crisis de los partidos políticos tradicionales- se presenta como el diagnóstico inicial para la generación de nuevas alternativas renovadoras, poniendo el foco en un nuevo modo de relación con la ciudadanía, desligado de los “aparatos” tradicionales, los pactos secretos y la manipulación de la voluntad popular.

En segundo lugar, “renovar” implicaba generar un cambio en el sistema de partidos, denunciar el bipartidismo en el que aparentemente no había oposición válida. La institucionalización aparece como la consigna principal y se constituye a la vez como una práctica interna. Esto presenta una tensión, pues la denuncia de la “vieja” política llevaría a armados más flexibles, pero al mismo tiempo la denuncia de la informalidad impone la necesidad de reflejar internamente el esfuerzo por reconstituir la institucionalidad política. Así, la oscilación entre los planteos transversales ligados a la versatilidad de los liderazgos mediáticos y personalistas y las propuestas en términos de partidos con configuraciones más estructuradas reflejan las tendencias que mencionábamos al principio: por un lado, la crisis de representación tiene como emergentes de renovación los liderazgos personales que se presentan como “outsiders”, en los márgenes y fuera de las estructuras tradicionales; por otro lado, nuevas institucionalidades son también cristalizaciones del discurso renovador.

En tercer lugar, la cuestión ideológica como modo de diferenciación política muestra una vez más sus limitaciones. La oposición al modelo económico de la era menemista es en ocasiones denunciada, y en otras recuperada, y no constituye por ello el eje de la diferencia que hace a la identidad frepasista. Si bien el Frepaso se presenta como una agrupación progresista, la orientación ideológica opera las más de las veces hacia el interior, dentro de la elite política, pero no en la apelación al electorado. Y el armado de la Alianza, si bien es propulsado por sectores progresistas, incorpora dentro de sí a todo el espectro de la UCR, y no resulta un criterio diferenciador el tipo de ideología. Un criterio que sí opera es la impronta generacional, que no se basa específicamente en las edades de los líderes sino en las trayectorias previas. Se reúnen referentes de diversos espacios –PJ, UCR, izquierda-

que se autorrepresentan como pertenecientes a una generación joven. La idea del rechazo a la vieja política y a los liderazgos tradicionales se vincula con esta impronta generacional.

Por último, la apelación a una “nueva política”, que formaba parte del discurso opositor y de campaña del Frente Grande, el Frepaso y la Alianza, encuentra problemas para sostenerse en la acción gubernamental, por un lado porque la coalición de gobierno aparece como dividida entre quienes gobiernan de modo pragmático y tradicional y quienes critican las formas de gobierno; por otro lado porque el propio argumento que aleja a Álvarez del gobierno se articula a partir de un argumento que señala públicamente el problema que presentan las viejas formas políticas que no dejan nacer lo nuevo. El proyecto renovador se encuentra entonces con un obstáculo para su realización una vez que se ocupa el poder.

### **3. La renovación personalizada**

#### **3.1 La democracia de audiencia y la contrademocracia en Argentina**

Los comicios legislativos de 2001 mostraron un panorama de gran debilidad de la fuerza gobernante, una importante fragmentación del voto opositor y -lo que fue más llamativo- un aumento significativo del voto en blanco (10,76 por ciento) y el voto nulo (13,23 por ciento) para la categoría de diputados nacionales.<sup>34</sup> El mismo cálculo para la categoría de Senadores da un resultado similar (9,22 por ciento y 13,4 por ciento). Estos resultados no fueron uniformes en todo el país, pues arriba del promedio se encuentran el voto en blanco en Santa Fe (que superó el 30 por ciento) y el voto nulo en Provincia de Buenos Aires, Ciudad de Buenos Aires, Chubut, Entre Ríos, Neuquén, Río Negro, San Juan y Tierra del Fuego, que osciló entre el 15 por ciento y el 24 por ciento.<sup>35</sup>

---

<sup>34</sup> Cálculo realizado en base a la información publicada por el Ministerio del Interior y Transporte, para la categoría de diputados nacionales. Los resultados por distrito se encuentran disponibles en: [http://www.elecciones.gov.ar/estadistica/resultados\\_2001.htm](http://www.elecciones.gov.ar/estadistica/resultados_2001.htm).

<sup>35</sup> Para la categoría de Diputados, el voto nulo alcanzó un 14,02 por ciento y el blanco un 11,84 por ciento en Provincia de Buenos Aires; un 4,73 por ciento y un 24,47 por ciento en Ciudad de Buenos Aires; un 7,59 por ciento y un 18,53 por ciento en Chubut; un 3,32 por ciento y un 17,94 por ciento en Entre Ríos; un 8,91 por ciento y un 15,79 por ciento en Neuquén; un 4,08 por ciento y un 24,49 por

El clima de descrédito del gobierno y de las instituciones era generalizado y la crisis social estalló en diciembre, bajo el reclamo “que se vayan todos, que no quede ni uno solo”, llevando a la renuncia del Ministro de Economía, Domingo Cavallo –en funciones desde marzo de dicho año- y del Presidente, el 19 y 20 de diciembre respectivamente. En medio de esta situación, volvió al centro de la escena el diagnóstico de la “crisis de representación”, esta vez en un sentido más profundo, grave y generalizado. La “crisis” era no sólo resultado de la baja credibilidad de los partidos, sino que encontraría sus bases en una desconfianza generalizada de los ciudadanos hacia la política y los políticos. Pero parecía no ser suficiente –ni posible- restaurar un sistema de partidos fuerte para restituir la normalidad. La coyuntura señalaba que la política argentina no volvería a ser lo que había sido –o lo que diversos actores habían pretendido que llegara a ser- y que los vínculos entre representantes y representados adoptarían nuevas formas.

Tanto durante como luego de la salida institucional de la crisis –que estuvo en manos del Congreso- las menciones a la renovación inundaron los discursos políticos. La enunciación de la renovación se presentaba como clave de diferenciación política, interpretando que el reclamo por el “que se vayan todos” implicaba que quienes ocupaban cargos dejaran los suyos, dando lugar a actores nuevos que reestablecieran la relación de confianza entre la dirigencia política y la ciudadanía. Por lo tanto, la renovación emergía como encerrando una nueva pretensión de legitimidad, suponiendo que “la gente” buscaba la “renovación”, y no simplemente el fin de la democracia representativa.

Profundizando una tendencia proveniente de décadas anteriores, los discursos de la renovación se configuraron en esta última etapa por fuera de los canales institucionales tradicionales, aunque en referencia a ellos. Como vimos en los casos anteriores, la relación entre la popularidad de los líderes y los recursos partidarios se mantiene vigente, mientras se exagera el desequilibrio entre ambos polos en el discurso renovador más reciente.

Diversos análisis destacan la creciente autonomía de la ciudadanía, la configuración de la opinión pública a través de las encuestas, el rol de los liderazgos

---

ciento en Río Negro; un 7,52 por ciento y un 17,01 por ciento en San Juan; un 30,38 por ciento y un 11,44 por ciento en Santa Fe; y un 8,02 por ciento y un 20,25 por ciento en Tierra del Fuego. Ver el análisis diacrónico del período 1999-2005 en Cheresky (2006).

de popularidad y las instancias de activación ciudadana que exceden el voto y la participación en el seno de los partidos en lo que pasaría a llamarse la “democracia después de los partidos” (Cheresky, 2006). De acuerdo con este diagnóstico, mientras los partidos pasan a un segundo plano, pareciera que los “liderazgos de popularidad” son ahora las figuras centrales de la escena política, reuniendo en torno de sí redes heterogéneas de apoyo, constituyendo un vínculo representativo frágil en el momento de la elección que se encuentra sujeto a una permanente relegitimación en el espacio público. Esta emergencia de una concepción de la ciudadanía como liberada de las ataduras que implican las identificaciones partidarias, se ve claramente en el marco de la crisis de 2001. Por ejemplo, en referencia a la convocatoria en el Congreso el 30 de agosto de 2002, se interroga a Elisa Carrió sobre cómo evalúa la experiencia del acto, a lo que ella responde: “-Fue lindísima. Vi muchísima gente suelta sin referencia partidaria. Y esto es lo que nosotros queríamos, que se involucre la ciudadanía.” (*Página 12*, 1 de septiembre de 2002). Y a continuación sostenía que “hay una sociedad que quiere avanzar hacia algo nuevo y, al mismo tiempo, una sociedad que en un determinado momento es disciplinada por el miedo hacia adonde va.” En esta etapa, entonces, la figura de los “liderazgos de popularidad” no puede separarse de aquella de la “ciudadanía autónoma”, estando ambas presentes en los discursos de la “renovación” que, en esta etapa, estarán más ligados a liderazgos sostenidos por el apoyo fluctuante de la opinión, mientras los recursos organizacionales se mantendrán presentes pero tras bambalinas.

### **3.2 Renacer de las cenizas: la renovación kirchnerista (2003-2007)**

El proceso electoral de 2003 se escenificó también a partir de la oposición entre lo “nuevo” y lo “viejo”, entre otras claves de diferenciación.<sup>36</sup> Ante las diversas alternativas de lo que podría llamarse el “arco peronista” -Carlos Menem, Rodolfo Rodríguez Saá, José Manuel de la Sota (que luego bajó su candidatura) y Néstor

---

<sup>36</sup> Otras claves de diferenciación en juego eran la tradicional entre peronismo y antiperonismo (pero mucho menos operante que en el pasado), entre corrupción y transparencia, entre modelos de resolución de la crisis económica, entre liderazgos percibidos como de “derecha” y de “izquierda”.

Kirchner-, el entonces presidente Eduardo Duhalde, sostenía que apoyaría “a los candidatos que surjan de la renovación”, y argumentaba seguidamente que “hay dirigentes importantes del país que se están nucleando y plantearán una nueva renovación del PJ, que creo es indispensable” (*Télam*, 7 de enero de 2003). Duhalde reclamó el apoyo de la ciudadanía para que Kirchner pudiese enfrentar con éxito a los restantes candidatos, caracterizando a todos ellos como representativos de la “vieja política”. A lo largo de la campaña, Duhalde insistía en que Néstor Kirchner era “el único que es realmente renovación en el justicialismo.”<sup>37</sup>

El significante renovador era postulado por quienes apoyaban a Kirchner, como por ejemplo Felipe Solá, que se presentaba también como referente de “lo nuevo”. En una entrevista acerca del proceso electoral 2003, se le pregunta: “¿Puede definir la ‘renovación’?” a lo que él respondía “Desde lo político significa cambiar frente a la decadencia” (*La Nación*, 2 de febrero de 2002). Kirchner era considerado referente de la renovación, porque se oponía a las estructuras y aparatos: “la política de las estructuras ya no existe porque la gente es la que vota. [...] Yo nunca construí política de estructuras”, argumentando la necesidad de “encarar un fuerte proceso de renovación institucional, construir un espacio en el que colaboren peronistas e independientes” (*DyN*, 10 de enero de 2003).<sup>38</sup>

Néstor Kirchner, cuya llegada a la presidencia fue caracterizada como “accidental” e “inesperada”,<sup>39</sup> asumió la presidencia haciendo referencia al enfrentamiento entre representantes y representados:

“No es necesario hacer un detallado repaso de nuestros males para saber que nuestro pasado está pleno de fracasos, dolor, enfrentamientos, energías mal gastadas en luchas estériles, al punto de enfrentar seriamente a los dirigentes con sus representados, al punto de enfrentar seriamente a los argentinos entre sí.”<sup>40</sup>

---

<sup>37</sup> Eduardo Duhalde, 8 de febrero de 2003.

<sup>38</sup> Esta nota se encuentra reproducida en el Diario los andes bajo el título “Elecciones 2003: Duhalde se la juega por Kirchner”.

<sup>39</sup> La idea de presidente “accidental” se sostiene porque en 2003 la campaña electoral fue corta, Kirchner contaba con un bajo nivel de conocimiento en la ciudadanía y el contexto de la elección era de gran incertidumbre. En cuanto a la caracterización de Kirchner como presidente “inesperado”, ésta se encuentra expuesta en el libro de Natanson (2004) que compendia el análisis de diversos académicos sobre la figura de Kirchner a inicios de su mandato.

<sup>40</sup> Discurso de toma de posesión presidencial, 25 de mayo de 2003.

Seguidamente, era la figura de la persona de Kirchner –y no de un partido o coalición- lo que se constituiría en el nodo de restauración de la legitimidad representativa y de la autoridad estatal. El sentido del resultado electoral de abril de 2003 era dotado de un sentido particular por el presidente al momento de asumir, que era el de que los votos mostraban la decisión a favor de “lo nuevo”:

“El 27 de abril, las ciudadanas y los ciudadanos de nuestra patria, en ejercicio de la soberanía popular, se decidieron por el avance decidido hacia lo nuevo, dar vuelta una página de la historia. No ha sido mérito de uno o varios dirigentes, ha sido, ante todo, una decisión consciente y colectiva de la ciudadanía argentina.”<sup>41</sup>

El posicionamiento de Kirchner como un líder que se dirigía directamente a la opinión, contribuyó al pasaje de un escaso apoyo electoral a un abrumador respaldo de la opinión pública, con índices de popularidad que rondaban el 80 por ciento,<sup>42</sup> lo que no se correspondía con la imagen de su partido –el PJ-, con el que Kirchner se encontraba en tensión. Primero, porque la propia elección fue vista a la vez como el motor y el síntoma de un nuevo proceso de desestructuración del PJ y, lo que es más importante, de la dislocación de las lealtades del electorado y de los líderes autodesignados como “peronistas”. La propia conformación de la oferta electoral y el escenario en que se habilitó al electorado a definir sin mediaciones quién representaba mejor al “movimiento”, reflejaba un cambio de época. Y en el discurso presidencial se postulaba la “transversalidad” entre diversas fuerzas políticas, actores sociales y líderes como modo de organización política privilegiado, que nos retrotrae al proyecto postulado por Carlos “Chacho” Álvarez en la década anterior, aunque en este contexto el peso de la figura del líder aumenta en relación a aquél de los dispositivos organizacionales, que siguen presentes pero en un estado subordinado a los lineamientos y consignas propuestos por Kirchner en su discurso público.

Esta creciente importancia de los liderazgos personales por sobre las estructuras tradicionales comienza a vislumbrarse claramente luego de la elección: El gobernador de Misiones, Carlos Rovira, que buscaba la reelección por el Frente

---

<sup>41</sup> Discurso de Néstor Kirchner ante la Asamblea Legislativa, 25 de mayo de 2003.

<sup>42</sup> Según la medición de Catterberg y Asociados (luego Poliarquía) en julio de 2003 la imagen positiva de Néstor Kirchner alcanzó un 83 por ciento. Durante el resto del año se mantuvo cercana al 80 por ciento y durante el año 2004 pasó a valores que rondaban el 70 por ciento, descendiendo más adelante al 60 por ciento, pero siempre con valores altos.

Renovador (fuera del PJ), sostenía, casi premonitoriamente: “Por más obstinación que haya con seguir con la ortodoxia partidaria le van a salir los monstruitos renovadores por afuera, que es peor. Yo si fuera autoridad partidaria, me preocuparía por abrirla de manera urgente porque sino te salen por afuera y te ganan igual.” (Página 12, 27 de septiembre de 2003)

La estructura partidaria del PJ, era definida como parte de la “vieja” política, y el enfrentamiento abierto entre lo “nuevo” y lo “viejo” se escenificó en la elección legislativa de 2005 en la Provincia de Buenos Aires. Los candidatos kirchneristas se presentaron por fuera del PJ e insertos en el “Frente para la Victoria” (FPV), que había pasado de ser una simple etiqueta electoral en 2003 -a la que no se había apelado específicamente en la campaña presidencial- a ser presentado como un nuevo “proyecto” (aun cuando se constituía en espacio de debate y decisiones, sino como una etiqueta que permitía mostrar quiénes apoyaban al presidente Kirchner). En el lanzamiento del FPV nacional, en la Ciudad de Rosario, Cristina Fernández de Kirchner, que se postulaba a la senaduría por la provincia de Buenos Aires, hacía referencia al cambio frente a la “vieja” política:

“Hay un antes y un después, señor Presidente, (...) hay también un antes y un después en la forma de hacer política, en la forma de conectarse y acercarse de las dirigencias políticas a la sociedad, a la gente, a los ciudadanos. Antes, fue la política de los pactos dirigenciales, de las viejas dirigencias. Cuando hablo de viejas, señor Presidente, argentinos, no hablo de una cuestión cronológica: soy la que con veinte años, y miles de argentinos también, trajimos a Perón, a los 78 años, para cambiar la historia de los Argentinos. Es un problema de ideas, no cronológico, es un problema de cabeza.”<sup>43</sup>

En la provincia de Buenos Aires, el FPV, con la candidatura de Cristina Fernández de Kirchner, triunfó frente al PJ, que postulaba a Hilda “Chiche” González de Duhalde. Este triunfo fue leído como “lo nuevo” derrotando a “lo viejo”, la popularidad venciendo a la fuerza del “aparato”. Esta elección trae ecos del proceso electoral de 1985, donde varios sectores que originalmente formaban parte del mismo “movimiento” se enfrentaron abiertamente –con la diferencia que la simbología peronista había tenido mayor centralidad en el pasado. Aquí nuevamente se juega la distinción entre dentro y fuera de la estructura partidaria, y opera a su vez

---

<sup>43</sup> Acto de lanzamiento del Frente para la Victoria Argentina. Rosario, 24 de Agosto de 2005.

la oposición entre el “aparato” y quienes cuentan con el apoyo popular. Más allá de estas similitudes, una primera diferencia es que en esta instancia en el discurso del kirchnerismo no se sostiene públicamente que el “ir por fuera” es un medio para recuperar el partido (aunque se verá más adelante que efectivamente el kirchnerismo toma control del PJ luego de 2007). La segunda diferencia entre el proceso entre la Renovación de los 80’ y la postulada por el kirchnerismo es que este último cuenta con otro “aparato” con el que no contaba la Renovación, a saber: el aparato estatal nacional. Así es como se puede presentar el kirchnerismo como la oposición al aparato partidario o incluso a los aparatos estatales locales, aun cuando el Estado nacional puede operar como uno de los principales recursos y sostenes de la campaña electoral.

### **3.3 La renovación continúa (2007-2011)**

El movimiento transversal que alineó detrás de sí el entonces presidente Néstor Kirchner no se encontraba agotado al fin de su mandato, sino que para la elección 2007 se avizoraba un escenario prácticamente unipolar, en que ninguno de los candidatos opositores parecía capaz de alcanzar el porcentaje de votos necesarios para disputar la presidencia con la fórmula encabezada por Cristina Fernández de Kirchner, candidata del oficialismo. Bajo la consigna de “Ampliar la democracia y profundizar el cambio”, la renovación seguía siendo postulada como bandera del kirchnerismo, aún cuando no planteaba un cambio de color político en el gobierno. En el marco de este “cambio en la continuidad”, se buscaría el escenario más propicio para que surgiera lo “nuevo” como modo de legitimación.

Así es como en 2007 lo “nuevo” pasó a localizarse. Un número importante de dirigentes cercanos al kirchnerismo mencionaba que la “renovación política” era uno de los desafíos principales en la siguiente “etapa de reconstrucción del proyecto nacional y popular” con un nuevo triunfo del Frente Para la Victoria. Como señalaba Laura Berardo, dirigente de Libres del Sur:

“Para que este año gane una representación política que tenga el compromiso de profundizar el modelo y entusiasmar a nuestro pueblo, para que aumente la participación, el eje de la construcción política del

FpV tiene que estar en sectores nuevos y populares con fuerte decisión de enfrentar la “derecha política” y lo viejo de las prácticas políticas; y no en aquellos sectores profundamente comprometidos con la década anterior de nuestro país que generan confusión y limitan la integración de vastos sectores de nuestro pueblo al proyecto. [...] La única forma es construir una propuesta clara, bien impregnada de los sectores que claramente expresan la renovación en todos los niveles dirigenciales”(Parlamentario.com, 16 de marzo de 2007).<sup>44</sup>

En la conformación de la oferta electoral, lo llamativo fue el uso de listas colectoras –especialmente por parte del Kirchnerismo-, que permitía que candidatos pertenecientes a diferentes sectores tanto dentro como fuera de la estructura del PJ pudieran presentarse a elecciones para disputar los cargos locales (intendente, concejales y consejeros escolares) apoyando la misma candidatura presidencial y provincial. Así como Rovira había anticipado con respecto a la “renovación por fuera”, tanto las elecciones de 2005 como de 2007 mostraban alternativas creativas para favorecer la renovación. En 2007, la estrategia de colectoras permitía dar lugar a la presentación de candidaturas “renovadoras” sin por ello perder el apoyo de los “aparatos” locales, ya que se habilitaba tanto la candidatura del intendente en funciones que buscaba la reelección como la de su contrincante. En la mayor parte de los entonces 134 municipios bonaerenses se permitió el uso de estas listas, con contadas excepciones, y en el Conurbano bonaerense este fenómeno fue mayoritario. Esto podía ejercer un efecto de sumatoria para la acumulación de votos en las categorías de gobernador, diputados nacionales y presidente, pero por otro lado potenciaba la fragmentación del voto kirchnerista a nivel local.

Los resultados mostraron un escenario en gran parte esperable –la reelección de la mayor parte de los intendentes que se habían presentado-, aunque en algunos casos hubo sorpresas que dieron lugar a la interpretación de que se había dado un proceso de “renovación”.<sup>45</sup> Las ocho intendencias del Conurbano que experimentaron un cambio de autoridad fueron Almirante Brown, Esteban Echeverría, Escobar, Lanús, Quilmes, San Miguel, San Vicente y Tigre.<sup>46</sup> Los

---

<sup>44</sup> Nota disponible en <http://parlamentario.com/articulo-588.html>.

<sup>45</sup> El resultado de las elecciones en el resto de los distritos del resto de las secciones puede consultarse en el sitio de internet de la Junta Electoral de la Provincia de Buenos Aires: [www.juntaelectoral.gba.gov.ar](http://www.juntaelectoral.gba.gov.ar).

<sup>46</sup> La distinción de Conurbano y Gran Buenos Aires son dispares según el organismo consultado. Mientras la Junta Electoral de la provincia de Buenos Aires se refiere al Conurbano bonaerense, el gobierno provincial presenta su mapa distinguiendo el Gran Buenos Aires. Ambas reúnen a

candidatos triunfantes, junto con otros de los márgenes del Conurbano, fueron prontamente nombrados como los diez distritos en los que se produjo “la renovación” (*La Nación*, 4 de noviembre de 2007).<sup>47</sup> En las notas periodísticas se destacaba que habían vencido a intendentes que hacían uso de prácticas clientelares; que eran kirchneristas de “la primera hora”, y tenían una relación distante con el PJ; que establecían una relación más directa entre sus personas y el electorado (en contraste con la apelación a la simbología peronista) habían sido lo que los había llevado a triunfar en las urnas. Aparecían como “nuevos” en la política, con un énfasis en mejoras concretas y enfrentados a “viejas” estructuras y fórmulas.

Pero el enfrentamiento al “aparato” del PJ como parte del discurso “renovador” local, que había sido eje de los procesos electorales anteriores, no se mantendría por mucho tiempo. Luego de la asunción de Cristina Fernández de Kirchner, el escenario político y económico cambió drásticamente, y esto afectó a las intendencias, pues la relación entre la presidencia y los intendentes había sido uno de los principales ejes de la elección. Así es cómo se dieron dos procesos consecutivos que alterarían la significación inicial de la “renovación” local impulsada por el kirchnerismo: la realización de internas en el PJ de la provincia y las candidaturas testimoniales en el proceso electoral 2009. En estos escenarios, una vez más, se evidenciaba la articulación de interioridad y exterioridad del discurso renovador respecto a las estructuras partidarias, y a su vez reemergía el problema del apoyo popular a los liderazgos y de la percepción compartida acerca del “arrastre” de los “aparatos” como elemento necesario para la permanencia en el poder.

En los ocho distritos antes mencionados, el proceso de internas de elección de autoridades del PJ<sup>48</sup> contó con la participación de actores de todo el arco político kirchnerista. Cabe destacar, sin embargo, que el “peronismo disidente” (formado por sectores derrotados en la elección de 2005) decidió no disputar cargos. Pero lo que es más llamativo en estas localidades, dada la autoidentificación de los nuevos intendentes como “externos” a la estructura tradicional del PJ, es la intensa

---

municipios de la Primera y la Tercera sección electoral cercanos a la Ciudad de Buenos Aires. La principal diferencia es que en el primer caso se incluye a Luján y en el segundo a Escobar. Aquí optamos por incluir a Escobar en el grupo de distritos “renovados” del Conurbano.

<sup>47</sup> En la nota periodística titulada “Caras nuevas en el Conurbano bonaerense” se incluyen las localidades de Luján y La Plata. Una nota anterior se titula “Cuatro nuevos rostros en el Conurbano” y fue publicada por *La Nación* el 31 de octubre de 2007, luego de conocer los resultados de la elección.

<sup>48</sup> Las internas del PJ de la provincia de Buenos Aires se realizaron el 30 de noviembre de 2008.

implicación y visibilidad que éstos tuvieron en las internas. En otras palabras, le “pusieron el cuerpo” a la batalla. Intendentes se habían negado a participar si no se eliminaba a lo “viejo” –entendiendo por “viejo” a los ex intendentes derrotados-, habían dado un giro, que se sostenía en la idea de que la renovación debía continuar avanzando, ya no sólo en el Estado sino para tomar control de una estructura partidaria que necesitaba ser recuperada. En un escenario no competitivo, los intendentes “renovadores” asumían sus funciones como Presidentes del PJ en sus respectivas localidades.

En un contexto que continuaba marcado por la baja en la popularidad de Cristina Fernández de Kirchner,<sup>49</sup> las elecciones legislativas de 2009 llamaron la atención por el uso de “listas testimoniales” (que postulaban a intendentes y otros funcionarios en ejercicio que al momento de ser electos como concejales o diputados no asumirían el nuevo cargo). Estas candidaturas combinaban los dos elementos que se suponía aseguran el triunfo en la elección: por un lado, se postulaban los líderes individuales, poniendo en juego su popularidad más allá de la etiqueta con la cual se presentaban; por otro lado, estos nombres operaban a su vez como la personificación del aparato estatal y del aparato partidario, por lo que las “estructuras” que hacían posibles las tareas de campaña y la obtención de votos se encontraban directamente comprometidas en la elección. Asimismo, si bien acentuaban aún más la continuidad entre la elección de 2007 y de 2009 (con los mismos candidatos), también hacían que los intendentes en funciones se vieran como candidatos cuyo lugar en el poder volvía a ponerse en juego en la elección legislativa, aún cuando no era así, con el supuesto de que es más legítimo aquel representante que se expone a la incertidumbre de la elección.

Con el liderazgo presidencial recompuesto,<sup>50</sup> el escenario electoral de 2011 volvió a poner el acento sobre los liderazgos personales. Mientras Cristina Fernández de Kirchner buscaba la reelección, los intendentes de los distritos mencionados (entre otros en el Conurbano), también se presentaron a elecciones. El rasgo a destacar de

---

<sup>49</sup> De acuerdo a las mediciones de Poliarquía, la popularidad de Cristina Fernández de Kirchner pasó de un 51 por ciento en enero de 2008, a una abrupta caída al 20 por ciento en junio del mismo año. Se mantuvo por debajo del 30 por ciento hasta mayo de 2010, cuando comenzó a ascender levemente para llegar al 36 por ciento antes del fallecimiento de Néstor Kirchner.

<sup>50</sup> Luego de la muerte de Néstor Kirchner, la imagen positiva de la presidenta –que venía recuperándose lentamente- dio un salto al 55 por ciento de aceptación (según datos publicados por Poliarquía).

estas elecciones fue la implementación de la “Ley de Democratización de la Representación Política, la Transparencia y la Equidad Electoral”, sancionada en 2009, que implicaba –entre otras cosas- la puesta en práctica de las Primarias Abiertas, Simultáneas y Obligatorias (PASO) para los cargos que serían renovados en octubre.<sup>51</sup> Si bien las PASO se aplicaban en primer término en las elecciones nacionales, varios distritos –entre ellos la provincia de Buenos Aires y sus municipios- sancionaron una legislación similar.<sup>52</sup> La campaña para las primarias y las generales compartió un rasgo: se trataba de instalar que “en la continuidad está el cambio”.<sup>53</sup> También mantenían su centralidad las figuras personales por sobre las etiquetas partidarias, pues los nombres de los candidatos –muchas veces los nombres de pila o sobrenombres- tenían un lugar central en los carteles que se veían en la vía pública.

Los resultados electorales confirmaron el apoyo a la reelección presidencial, del gobernador y de los intendentes.<sup>54</sup> Con este resultado, la “renovación”, que seguía siendo postulada, adoptaba una nueva forma en relación al pasado, logrando articular la idea del cambio sin por ello implicar la circulación de las personas concretas. Contrariamente a lo que ocurría en los dos períodos anteriores, la ocupación del poder no implicó el fin de la apelación a la “renovación”, sino que fue más bien el punto de inicio del uso.

### **3.4 La renovación en el poder**

Resumiendo algunos puntos de interés para el análisis de los discursos de la “renovación” en el período 2003-2011, es posible argumentar en primer lugar, que

---

<sup>51</sup> La Ley 26.571 sancionada el 2 de diciembre de 2009 y promulgada parcialmente el 11 del mismo mes, incluía reformas a la Ley Orgánica de Partidos Políticos y uno de los cambios más importantes, además de las PASO, fue la distribución de espacios en televisión y radio durante las campañas.

<sup>52</sup> También aplicaron el sistema de internas la provincia de San Luis, San Juan y Entre Ríos.

<sup>53</sup> Esta consigna se veía en los afiches de campaña de reelección del intendente Francisco “Barba” Gutiérrez en el municipio de Quilmes.

<sup>54</sup> Cristina Fernández de Kirchner obtuvo el 55,42 por ciento de los votos, Daniel Scioli el 55,07 por ciento, y los intendentes “renovadores” del Conurbano también fueron reelectos: en Almirante Brown, Darío Giustozzi obtuvo el 71,88 por ciento; en Esteban Echeverría, Fernando Gray fue reelecto con el 63,26 por ciento; en Escobar, Sandro Guzmán fue reelecto con el 52,56 por ciento; en Lanús, Darío Díaz Pérez obtuvo el 40,7 por ciento; en Quilmes, Francisco “Barba” Gutiérrez alcanzó el 66,22 por ciento; en San Miguel, Joaquín de la Torre obtuvo el 53,43 por ciento; en San Vicente, Daniel Di Sabatino obtuvo el 38,78 por ciento; y Tigre Sergio Mazza obtuvo el 73,14 por ciento.

aquí también el diagnóstico de la “crisis” tiene un lugar central en la enunciación de un nuevo tipo de “renovación”. Se trata de una crisis de representación generalizada, que afecta al régimen representativo y a la unidad política en sí misma. La crisis – como parte de la enunciación del discurso de los líderes- es el terreno sobre el que se postula el discurso de la “renovación”, que plantea la restauración del vínculo representativo fracturado por responsabilidad de la “clase política” desvinculada de su base de sustento.

En segundo lugar, la restauración de la legitimidad en este contexto de crisis está marcada por la entrada de nuevas generaciones, y nuevos hombres, aquellos opuestos a las estructuras tradicionales de poder. El significante “democrático” también se liga a la mención de la “renovación”, implicando que “democrático” supone que el poder está sometido al recambio, o al menos sujeto a la revalidación permanente. Una vez más, si bien hay una pretensión de corte con el pasado “neoliberal”, el acento está puesto sobre la diferenciación “metodológica”.

En tercer lugar, la negatividad y el rechazo siguen presentes en el discurso. Y, llamativamente, la apelación al cambio continúa siendo evocada, aún cuando no hay un efectivo recambio de nombres (e incluso existen gestos deliberados para volver a poner el mismo nombre ligado a la consigna de cambio). El discurso de los candidatos y las lecturas que se realizan del comportamiento ciudadano sostienen que es el rechazo y la negatividad, la confrontación entre lo “viejo” y lo “nuevo” y la demanda de cambio lo que se instituye como la clave de diferenciación en la competencia política. Lo que constituye a la identidad renovadora, tanto en el plano nacional como local, es la institución de otro a ser rechazado. El discurso acerca del cambio antecede todo contenido que pueda adoptar la propuesta de los candidatos.

Por último, en contraste con los casos anteriores, la renovación no es opositora sino oficialista. Y se trata de una combinación original entre negatividad y gobierno, no postulada por los discursos de renovación del pasado, ya que no sólo logra continuar ocupando el lugar del poder *a pesar* de las tensiones y problemas que presenta el discurso de la “renovación”, sino que parece lograrlo *gracias* a este mismo discurso. Así es como de una aparente debilidad deviene una fortaleza política.

#### 4. Comparaciones

Como vimos en el análisis precedente, nos encontramos en primer lugar con la enunciación de la renovación como línea interna dentro un partido; luego la renovación se presenta como la creación de nuevos partidos; por último, la renovación parece expresarse a través de liderazgos personales apoyados en la popularidad. Estas diferentes escenificaciones del discurso renovador pueden relacionarse con las transformaciones en el vínculo representativo recientes, que afectan tanto a la Argentina como a otros países de la región e incluso del Hemisferio Occidental. El pasaje de la “democracia de partidos” a la “democracia de audiencia” (Manin, 1996) es la fuente y a la vez se alimenta de las mutaciones que caracterizan a estos discursos. Se percibe por un lado un movimiento que va de la institucionalización a la personalización, que es llamativo en el caso de los países que viven su transición a la democracia y buscan fortalecer las instituciones, a la vez que son afectados por los cambios conducentes a la informalización y personalización de la política.

Por otro lado, y en estrecha relación con lo mencionado anteriormente, hay un desplazamiento del espacio público y de las mediaciones características del gobierno representativo, principalmente a partir de cambios tecnológicos ligados a la comunicación masiva (especialmente la televisión) e internet. Estos cambios no sólo tienen incidencia sobre el lugar en que se lleva a cabo el debate público sino que cambian el modo de relación entre los líderes y la ciudadanía, pues el “medio” es un mediador de alguna manera invisibilizado, por lo que los líderes se muestran como estableciendo una “relación directa” con quienes los votan.

Ambos procesos de cambio -la personalización y la “mediatización” (que se vinculan entre sí) pueden ser considerados como el marco en el cual se dan estas sucesivas escenificaciones de la renovación: la primera en el marco de la consolidación de un partido en un espacio en el que antes había un movimiento con pretensiones universalizantes; la segunda marcada por una incipiente personalización y con metodologías ligadas al uso de las herramientas comunicacionales que otorgan los medios de comunicación, pero aún con una pretensión de sanar el sistema de partidos existente; la última, más caracterizada por la personalización y por la

pretensión de una relación más directa con la ciudadanía, en la que las identidades organizacionales tendrían menor peso.

Más allá de esta primera reflexión, cabría complejizar el análisis. La distinción entre tipos de discurso no constituye un cierre sino que es un punto de partida para el debate sobre la cuestión de la institucionalidad y la informalidad. La estipulación de que la renovación en la década de los 80' se cristaliza en líneas internas y en los 90' en nuevos partidos opaca el hecho de que la renovación siempre tiene que ver –un poco más, un poco menos- con la informalidad, la desinstitucionalización o el trazado de los límites entre lo que está dentro y fuera del orden dado. Por lo tanto, debemos prestar atención al modo en que se crean y articulan estas alternativas renovadoras, que se encuentran en un espacio ambiguo entre la “nueva” política y la “vieja” política, que es a la vez una alternativa entre la “nueva” y la “vieja” institucionalidad y entre la “nueva” y la “vieja” informalidad. En última instancia, como veremos, la “renovación” tiene que ver con el proceso por el cual las instituciones son instituidas, los límites son delineados y las identidades son configuradas. Los discursos acerca de la renovación, entonces, no operan tan sólo sobre las organizaciones o actores específicos a los que se refieren, sino que afectan al “sistema político”<sup>55</sup>, al régimen democrático y la concepción de la comunidad política en su conjunto. La renovación, si bien se instala sobre una parcialidad, es a la vez el mecanismo por el cual se instituye un nuevo sentido de la política y una diferente representación –en tanto puesta en forma, puesta en escena y puesta en sentido- (Lefort, 1985) del espacio público-político.

Con esta idea en mente, tomaremos tres de los elementos extraídos de la comparación entre los casos para analizarlos en mayor profundidad. En primer lugar, habíamos señalado que los discursos que apelan a la renovación reposan en todos los casos sobre un diagnóstico de crisis de representación, y se presentan a sí mismos como nuevos modos de legitimar el vínculo representativo. A su vez, hacen hincapié en lograr una “democratización”, diluyendo las diferencias que separan a aquellos que gobiernan de quienes son gobernados. La tensión entre “restauración” de la institución representativa y “destrucción” de esta legitimidad en pos de una

---

<sup>55</sup> Para algunos se trata del sistema de partidos o sistema político, nosotros nos referimos al régimen democrático como forma de sociedad, de acuerdo a la acepción clásica recuperada y Lefort (1985).

“tendencia democrática” será analizada en el segundo capítulo, en el que exploraremos la *renovación* en relación con el concepto de *institución*.

En segundo lugar, en los tres tipos de renovación analizados se evidenciaba que en la renovación se distinguen “nuevos” y “viejos” actores, prácticas y organizaciones. El rechazo de un modo de hacer política, las consignas en clave negativa o de denuncia contra la “clase política” parecen ser por lo tanto una característica de los discursos que se presentan como renovadores. A su vez, toda renovación, como hemos visto, distorsiona los límites entre lo que se encuentra dentro y fuera de las instituciones, se desplaza más allá de los ámbitos aceptados y legitimados para crear una nueva forma de articulación. La “renovación” parece entonces diferenciar y a su vez dotar de unidad al conjunto de la sociedad democrática. Este problema será explorado en el tercer capítulo, en el que nos interrogaremos por la *renovación* y la *diferencia*.

Por último, un elemento extraído del análisis comparado de los discursos era aquél de la tensión aparente entre “ser renovador” y “ocupar el poder”. En este punto se encuentra una diferencia significativa entre los casos, que es preciso explorar. La negatividad y el rechazo parecía en principio estar vinculada con el rol opositor de las fuerzas articuladas a partir de esta consigna. En la Renovación de los años 80’, el discurso es abandonado una vez que se alcanza el triunfo electoral. En el discurso posterior, se postula una tensión irresoluble que termina con la coalición y debilita al gobierno. Pero en el caso del kirchnerismo, la renovación es postulada desde el lugar del poder y pareciera contribuir a la continuidad y legitimidad del lugar de los gobernantes. En el cuarto capítulo exploraremos entonces las tensiones y giros discursivos entre el discurso de la *renovación* y la ocupación del *poder*.

## Capítulo II

### Renovación e institución

Una primera conclusión extraída del análisis de los discursos de la renovación en el período 1983-2011, es que éstos reposan sobre un diagnóstico de “crisis” de representación, y que quienes se autodefinen como “renovadores” o referentes de la “nueva política” buscan relegitimar el vínculo representativo. A su vez, se hace hincapié en alcanzar una mayor “democratización”, diluyendo las diferencias que separan a aquellos que gobiernan de quienes son gobernados. La tensión entre desigualdad representativa e igualdad democrática, entre democracia como “gobierno del político” o “gobierno del pueblo” parecen encontrarse presentes en las sucesivas enunciaciones de la renovación que hemos estudiado.

A partir de este análisis, en el presente capítulo argumentaremos que *la renovación es un discurso instituyente que echa luz sobre la indeterminación de la democracia*. En primer lugar, porque se trataría de un discurso que instituye –o reinstituye- la legitimidad del vínculo representativo, y con ello legitima al representante que lo evoca. Decimos también que echa luz sobre la indeterminación de la democracia porque es un discurso que se legitima a partir del énfasis puesto en que el poder es un lugar imposible de encarnar, ocupado sólo temporariamente, no perteneciente a nadie. Por esto, el discurso de la renovación nos presenta una paradoja, pues quienes apelan a él buscan ocupar y permanecer en el poder revelando simultáneamente la fragilidad de dicha ocupación. Veremos más adelante cómo se pone en escena dicha paradoja y por qué suponemos que este discurso ha adoptado tanta centralidad en la vida política argentina en la actualidad.

Estos argumentos serán explorados en profundidad observando más de cerca los tres discursos descriptos en el capítulo anterior. Primero distinguiremos los elementos que en dichos discursos se orientan a la restauración de la legitimidad del vínculo representativo. Luego analizaremos los aspectos de este discurso que se relacionan con el imperativo de la democracia como gobierno del pueblo y que parecen ir en sentido de debilitar y eliminar la representación en pos de la

identificación entre gobernantes y gobernados. Por último, postularemos que más que una tensión entre representación y democracia, lo que la renovación instituye no es un enfrentamiento entre la representación y la democracia –entre la desigualdad representativa y la igualdad democrática- sino que se trata de una representación – como puesta en escena- *de* la democracia, pues la sociedad democrática se caracteriza por carecer de sustancia y por hacerse inteligible a partir de sus sucesivas representaciones.

En el desarrollo de este capítulo retomaremos el análisis histórico del período 1983-2011 y prestaremos especial atención a los testimonios vertidos en las entrevistas, las observaciones realizadas y el relevamiento de las noticias y acciones gubernamentales y de campaña emprendidas en los casos locales estudiados en 2007-2011, que nos ofrecerán una mirada más rica del discurso más reciente de la renovación y servirán de contribución al debate que diversos estudios históricos ya han avivado.

## **1. La restauración del vínculo representativo**

### **1.1 Crisis y renovación**

Como mencionamos anteriormente, una característica del discurso renovador -en sus diversas variantes- es que el mismo se monta sobre un diagnóstico de “crisis de representación”. En los años 80’ se trataba de la crisis del peronismo –evidenciada a partir de la derrota electoral de 1983-, por lo que “renovar” significaba reformar el movimiento y el partido para adaptarse a las nuevas circunstancias. En la década del 90’, se argumentaba que se trataba de una “crisis de los partidos”, y la renovación se encontraba en la emergencia de nuevos partidos y coaliciones para devolver solidez al “sistema”. A partir de la crisis de 2001, la idea de que se atravesaba una crisis de representación tomó más fuerza que nunca con el reclamo ciudadano “que se vayan todos”.

Los discursos de los líderes en el período 1983-2011 muestran que la “crisis” es un elemento permanentemente evocado. La crisis de representación, como parte de una crisis de carácter general (en todos los casos la “peor crisis de la historia”) es

mencionada en los discursos de campaña y de asunción de los líderes que se autodenominan “renovadores”. Alfonsín, en el cierre de la campaña presidencial de 1983, sostenía que era “innecesario reiterar la gravedad de la situación actual del país, la peor de toda su historia”<sup>56</sup>, para luego referirse también a la “crisis de autoridad” experimentada por el peronismo, que afectaba a la democracia. En la revista *Unidos*, Álvarez sostenía: “hoy la Argentina sufre una tremenda crisis, no sólo económica, sino más grave aún, crisis de vaciamiento ideológico y de participación, que implica la resignación del protagonismo y la abdicación de todo sacrificio colectivo” (Álvarez, 1984), estableciendo una relación entre la crisis socioeconómica y la crisis ligada a la representación. Al momento de asumir la presidencia, Menem argumentaba: “Argentina pasa por la peor crisis de su historia. Esto lo saben todos, no hace falta que yo traiga aquí nuevamente una serie de datos y de antecedentes sobre esta situación.”<sup>57</sup> La crisis es presentada aquí, como en la etapa anterior, como la escena sobre la cual se postula la consigna de “sígueme”. Durante el gobierno de de la Rúa, al momento de la renuncia de Álvarez a la presidencia, el diario *Página 12* titulaba la noticia con un fragmento de su discurso, que dictaba: “Es una crisis terminal en el vínculo con la gente” (*Página 12*, 7 de octubre de 2000). Kirchner, en su discurso de asunción, sostenía que

“Discursos, diagnósticos sobre la crisis no bastarán ni serán suficientes. Se analizarán conductas y los resultados de las acciones. [...] Concluye en la Argentina una forma de hacer política y un modo de cuestionar al Estado. Colapsó el ciclo de anuncios grandilocuentes, grandes planes seguidos de la frustración por la ausencia de resultados y sus consecuencias: la desilusión constante, la desesperanza permanente”.<sup>58</sup>

Los discursos de la “crisis” y la “renovación” parecen así ligados de manera “necesaria” en los discursos de los líderes, pues del diagnóstico de la crisis surge la propuesta de restauración de la legitimidad en la que se sostiene la autoridad de los gobernantes.

La renovación pasa a referirse, a partir de este diagnóstico de crisis, al relevamiento de quienes gobiernan y su reemplazo por nuevos individuos. Visto desde esta perspectiva, las crecientes apelaciones a la renovación parecerían

---

<sup>56</sup> Raúl Alfonsín, discurso de cierre de la campaña presidencial, 27 de octubre de 1983.

<sup>57</sup> Carlos Menem, Discurso desde los balcones de la Casa de Gobierno, 8 de julio de 1989.

<sup>58</sup> Néstor Kirchner, Discurso de Asunción frente a la Asamblea Legislativa, 25 de mayo de 2003.

centradas en rehabilitar el vínculo representativo, para así restaurar la confianza en la “institución” de la representación. En consecuencia, en primer lugar podría hablarse de la renovación como discurso instituyente en el sentido de preservación de aquello instituido: en este caso, de las reglas por medio de las cuales una sociedad se gobierna, es decir, la selección de representantes para ocupar cargos. El significante “renovador”, se ligaría a todo aquello que evocase la “institución” de un nuevo lazo entre quienes gobiernan y quienes son gobernados, en el cual la relación de distancia entre unos y otros seguiría presente, pero basada en un nuevo tipo de confianza.

Está presente entonces en los discursos de la renovación desde el retorno a la democracia la cuestión de la “reconciliación”, de “recomposición” del lazo de los representantes con los representados. En la década del 80’, Álvarez, como referente de la revista *Unidos*, expresaba esta preocupación:

“El arreglo cupular y las componendas hacia la repetición de una unidad formal no ayudan a recomponer los lazos con la sociedad, pues hacen del Peronismo una suerte de logia enigmática e incomprensible. Esta realidad, no sólo nos aísla del pueblo, sino que supone la imposibilidad de volver a ser alternativa de poder” (Álvarez, 1984).

Para volver a ocupar el poder el peronismo requiere de una recuperación de su legitimidad, volviendo a ligarse a las bases:

“Habrá un nuevo peronismo, o para decirlo crudamente, habrá peronismo si logramos depositar en las bases la fuente de su legitimidad. Si podemos ser algo más que el recitado aburrido de las veinte verdades que nos atornillan al pasado, y contribuir a rescatar lo esencial del peronismo –lo que siempre ignoran los entornos y los burócratas–, la concepción del pueblo como sujeto de la política” (Álvarez, 1984).

Ésta es una de las múltiples apelaciones que se encuentran en diversos discursos “renovadores” a lo largo del tiempo que prestan especial atención al problema de la legitimidad de la representación.

En la década de los 90’, el proyecto del Frepaso y la Alianza volvió a plantearse como un modo de restauración del vínculo entre la “clase política” y la “gente”, que resultó fallido. Al momento de la renuncia de Álvarez a la vicepresidencia de la nación, el mismo se refería a los senadores que se negaban a renunciar a sus cargos luego del escándalo de coimas en el Senado, y señalaba “No

se enfrentan conmigo, están enfrentados con la gente” (*Página 12*, 7 de octubre de 2000).

Otra escenificación de la renovación entendida como restauración del vínculo representativo se expresa en el giro que tuvo la consigna “que se vayan todos” en el discurso de los líderes en las postrimetrías de la crisis de 2001. Esta expresión es interpretada como significando “que se vayan quienes ocupan el Poder Ejecutivo”, “que se vayan quienes ocupan el Poder Ejecutivo y Legislativo” o “que se vayan todos los que están”, para ser reemplazados por otros. Este giro que dota de un sentido específico a la frase se muestra en el uso de la consigna “Que se vayan todos para que decida el pueblo”, bajo la cual se realizó una jornada de protesta convocada por la líder del ARI, Elisa Carrió, el diputado Luis Zamora, de Autodeterminación y Libertad, y el entonces jefe de la CTA, Víctor De Gennaro (*Página 12*, 30 de agosto de 2002).<sup>59</sup> Esta movilización se daba en paralelo a la presentación de un proyecto legislativo que buscaba ordenar la caducidad de todos los mandatos. De dicha iniciativa participaban Elisa Carrió y Néstor Kirchner, entre otros. Asimismo, Duhalde solicitó al Ministerio de Justicia que prepare un proyecto “de renunciamiento de los derechos políticos” para aquellos que ejercían cargos públicos, no sin destacar que

“los que dicen ‘que se vayan todos’ que son también viejos políticos y pretenden ignorar que la gente también los incorpora a ellos en el reclamo. Que se vayan todos y yo me quedo me parece que no es un planteo ético. Aquellos que dicen ‘tenemos que irnos todos’ tienen que empezar presentando su renuncia. La gente que está de acuerdo con esta idea es un porcentaje muy alto y la que va a las marchas es un porcentaje muy bajo” (*Página 12*, 1 de septiembre de 2002).

Con este giro discursivo que unía al gobierno y la oposición en la idea de que “que se vayan todos” no afectaba al sistema representativo sino a las personas que ocupaban el poder, el desacuerdo se remitía a quiénes eran los que debían irse y quiénes no, y tanto unos como otros presentaban un argumento ligado a la “representatividad” de quienes sostenían el reclamo, por ejemplo argumentando que el conjunto de la

---

<sup>59</sup> Participaron de la movilización la Federación Agraria y la Asociación de la Pequeña y la Mediana Empresa, asociaciones de usuarios y consumidores, organismos de derechos humanos, asambleas barriales, otros partidos políticos como el Polo Social, el Frente para el Cambio y la Izquierda Unida, intelectuales y agrupaciones de piqueteros como la Federación de Tierra y Vivienda y la Corriente Clasista y Combativa.

“vieja” política era más amplio –o que al menos los límites del conjunto se encontraban menos definidos- que lo que otros postulan.

Como el problema que se detecta es la desconexión entre el sujeto a ser representado –la ciudadanía, el electorado, el pueblo, la gente- y el poder político –el Poder Ejecutivo, los legisladores, la “clase política”-, la renovación operaría sobre las formas de mediación entre uno y otro polo de la representación, buscando reemplazar las tradicionales mediaciones por otras nuevas. Esto se expresa en la creación de *nuevas reglas* y en la promoción de la aparición de *nuevos actores* “más representativos”.

## 1.2 Nuevas reglas

El primer tipo de mediación al que hacen referencia los discursos de la “renovación” y la “nueva política” es el que atañe a los nuevos dispositivos que facilitarían una sana relación de representación: la creación de canales destinados a facilitar una llegada menos distorsionada de las demandas de abajo hacia arriba, y la instauración de formas de control, supervisión y vigilancia de que los representantes cumplen con el mandato de los representados. En este caso se trataría de formas de *accountability* mencionadas por la literatura académica (Peruzzotti y Smulovitz, 2002) que suponen la existencia de una “promesa” del representante y de “demandas” pre constituidas y no alteradas por el devenir político. Bajo esta interpretación, la forma de mejorar el vínculo de representación sería modernizando los instrumentos de “rendición de cuentas”: el tradicional, que se ejerce mediante el voto, y la que se ejerce mediante diversos mecanismos a lo largo de la gestión.

La literatura llama *accountability vertical* a la forma tradicional de responsabilización de los representantes a través del voto. Según la literatura (Manin, Przeworski y Stokes, 1999),<sup>60</sup> los ciudadanos pueden expresar su opinión retroactiva en el momento electoral, al elegir a los representantes que buscan la reelección o inclinarse por una opción alternativa, como forma de castigar el mal desempeño de los mismos. Esto funcionaría como un incentivo a la acción del gobierno a favor de

---

<sup>60</sup> En la literatura anglosajona se diferencia *accountability* de *responsiveness*, dos términos que no tienen una traducción literal en español.

las preferencias ciudadanas. El discurso de la renovación da importancia a los dispositivos electorales sosteniendo que éstos pueden contribuir a una mayor atención de los representantes a los representados, haciendo que la voluntad del electorado tenga una influencia mayor en la vida democrática. El argumento que se presenta en cada uno de los discursos analizados se refiere a que una mayor participación contribuye a la estabilidad de la democracia, dado que los representantes se encuentran dotados de mayor representatividad y están más sujetos al juicio de la ciudadanía que a las estructuras internas de los partidos.

Ejemplos de esto pueden ser encontrados en las reformas electorales o en la aplicación de nuevas reglas para dirimir candidaturas promovidas por los actores “renovadores”. El primer caso se encuentra la reforma de la elección interna del PJ en 1986, a las que nos hemos referido en el primer capítulo. En ella se pasa de elegir a los candidatos de manera indirecta a elegirlos por el voto directo de los afiliados tomando a la Argentina como distrito único. Así, los candidatos que surgieran de la elección interna presidencial se sostendrían en el apoyo popular en lugar de basarse en el acuerdo interno de las elites del partido.

En la escena de la “renovación” de la década del 90’, la elección de candidatos por consulta popular en el Frepaso y la interna presidencial de la Alianza también aparece como ejemplificación de este fenómeno que da a los dispositivos electorales un peso importante en la responsabilización de los representantes. En este caso no se trata de los votos de afiliados (como en el caso de la Renovación del peronismo) sino que se amplía el concepto de elección interna para abrirla a la participación de los “independientes”, que pasan a “representar” cada vez más a la ciudadanía, que se define como autonomizada de las identidades partidarias de antaño.

El tercer ejemplo se encuentra en la aprobación de la ley de internas abiertas en 2002 (que no fue aplicada), y que contemplaba la realización de elecciones internas de los partidos para el cargo de presidente y vicepresidente de la nación y de legisladores nacionales, de manera obligatoria, abiertas al electorado en general.<sup>61</sup>

---

<sup>61</sup> Se trata de la Ley 25.611, sancionada el 19 de junio de 2002. Esta ley, titulada de “Internas abiertas” modificaba la ley 23.298 y fue promulgada sólo parcialmente por Decreto 1169/2002, publicado en el Boletín Oficial el 4 de julio del mismo año.

Así es como se propone un sistema similar al de las primarias aunque simultáneo, en el que los pre candidatos de un partido se someten al escrutinio de la ciudadanía.

Por último, el ejemplo más reciente de reglas para mejorar la representación se encuentra en la sanción y aplicación de la Ley de Democratización de la Representación Política, la Transparencia y la Equidad Electoral en 2009.<sup>62</sup> En esta ley, entre otra cosas, se aplica el sistema de elecciones primarias abiertas, simultáneas y obligatorias, en la que todos los candidatos a la presidencia y a cargos legislativos nacionales tienen que someterse a una pre-elección, que establece un piso de representación para reducir la oferta electoral a aquellos candidatos que sean votados por más del 1,5 por ciento de los votos válidamente emitidos y que también tiene previsto dirimir las candidaturas internas de los partidos o alianzas a través de este dispositivo. Tiene las características de una elección general, y no contempla las afiliaciones partidarias, por la que todos los ciudadanos tienen derecho a votar por cualquiera de los candidatos que se presenten y puede emitir sólo un voto por categoría. Con esta legislación, se elimina definitivamente la idea de elección “interna” pues todas las fuerzas políticas (sean partidos o alianzas) deben someterse obligatoriamente a esta elección, tanto si tienen sólo un candidato (por haber alcanzado una lista de “unidad”) como si tienen varios pre-candidatos en carrera.

Es interesante ver cómo se da una evolución en esta normativa, desde el retorno de la democracia hasta nuestros días, en la que se busca ampliar la base de “representatividad” de los candidatos, lo que va en sintonía con una transformada concepción de la ciudadanía como formada ya no por afiliados a partidos sino por individuos que apoyan a uno u otro líder. Es la propia concepción de “representatividad” la que va mutando con el tiempo y esto se expresa en las normas, ya que se pasa de considerar más “representativo” al candidato que los afiliados del partido pueden votar a aquél que es revalidado por el electorado en general como representante legítimo, independientemente de la lógica interna de un partido o una alianza.

Además de los cambios en la legislación electoral, que hemos vinculado a una forma de *accountability vertical*, en los discursos de la renovación también se apela

---

<sup>62</sup> La Ley 26.571 sancionada el 2 de diciembre de 2009 y promulgada parcialmente el 11 del mismo mes, incluía reformas a la Ley Orgánica de Partidos Políticos y uno de los cambios más importantes, además de las PASO, fue la distribución de espacios en televisión y radio durante las campañas.

a la creación de nuevos dispositivos considerados como parte del *accountability horizontal*. Especialmente en el discurso de la “nueva política” que tomó importancia en la década del 90’, las denuncias de corrupción gubernamental y el rechazo al gobierno de Menem eran acompañadas de propuestas de control al interior del Estado, como es el caso de la creación de la Oficina Anticorrupción, una iniciativa de la Alianza. La creación de esta Oficina fue sancionada el día de asunción de de la Rúa a la presidencia,<sup>63</sup> e incluso en marzo de 2001, en medio de los ecos del escándalo de las coimas en el Senado se barajó la posibilidad de crear un Ministerio Anticorrupción (*Página 12*, 2 de marzo de 2001). La Oficina Anticorrupción se encarga, hasta el día de hoy, de realizar investigaciones, de ofrecer transparencia frente a la opacidad y el secreto del Estado en el ámbito de la Administración Pública Nacional, las empresas y todo ente que tenga participación del Estado, pero quedan excluidos de su control el Poder Legislativo, el Poder Judicial y las administraciones provinciales y municipales. También es un ámbito apto para realizar denuncias de corrupción en los poderes del Estado. Y lleva adelante proyectos con organizaciones de la sociedad civil para capacitar, observar y asistir al estado en mejorar su relación con la ciudadanía. Se presentan allí las declaraciones juradas patrimoniales de los funcionarios del estado.

Además de esta oficina, se han creado otros dependientes del Poder Legislativo que proveen de informes que facilitan el acceso a la información de la ciudadanía, como comisiones bicamerales del Poder Legislativo, observatorios. Estos organismos tienen la particularidad de no tratarse simplemente del control interno sino que están vinculados fuertemente con la idea de que es la ciudadanía la que vigila, a través de estos poderes del Estado. Son estos organismos lo que se presentan públicamente como formas de restablecer la legitimidad de la representación, dado que emergen como canal de comunicación con la ciudadanía vigilante. En el discurso de la “renovación” y la “nueva política”, estos tienen un rol preponderante, aunque como veremos más adelante es la emergencia de nuevos actores, más que de nuevas reglas, la que aparece como el elemento central en estos discursos.

---

<sup>63</sup> Ley 25233 del 10 de diciembre de 1999. El Decreto 102/99 del 23 de diciembre de 1999 reglamenta las funciones, que son la prevención e investigación de aquellas conductas que se consideren comprendidas por la Convención Interamericana contra la Corrupción (aprobada por Ley 24759).

Como mencionábamos anteriormente, los dispositivos ligados a las formas de *accountability horizontal* no se encuentran desligados de la relación con la ciudadanía, sino que se presentan como fideicomisarios y hasta como canales o vías por medio de las cuales la ciudadanía puede controlar a los representantes. La cuestión del control de la “sociedad civil” a los políticos” se encuentra expresada en lo que algunos autores llaman *accountability social* (Smulovitz y Peruzzotti, 2002). La creación de organismos estatales para el control de la acción gubernamental se encuentra en estrecho vínculo con la emergencia de organizaciones no gubernamentales que tienen como misión la fiscalización y se conectan con los mencionados organismos, con el rol vigilante de los medios de comunicación y otras formas de asociatividad que se dan por fuera del estado pero que se conectan con él.

Ya en la década de los 80’ en el marco de la Renovación se sostenía que debían crearse y fortalecerse mecanismos de participación ciudadana que contribuirían a la estabilidad democrática, haciendo también de la sociedad una sociedad democrática y eliminando el elemento autoritario<sup>64</sup> o de desinterés de la sociedad en la política:

“La ampliación de la participación política y social ayudaría, (...) a mejorar las estructuras de control sobre la actividad pública. [...] La denominada ‘idiosincrasia nacional’ que contribuye a generar el clima de escepticismo, de no compromiso e indiferencia por parte de amplios sectores, de cinismo político por parte de otros, y en general haciendo que sea indistinto un tipo de gobierno u otro. Resolver este problema exige permitir que más gente cuente con más posibilidades de control y difusión de los actos de gobierno.”(Palermo y García Delgado, 1983)

En las décadas siguientes, el interés por la participación e involucramiento ciudadano en el control de la acción gubernamental fue motivado en los discursos de la renovación, poniendo el énfasis en cómo de este modo se restauraría la relación entre representantes y representados, superando la “crisis de representación”. Otra ilustración de la apertura a la participación ciudadana como modo de legitimar la representación se encuentra en los casos locales estudiados en el período 2007-2011.

---

<sup>64</sup> “La necesidad de la participación surge también de la necesidad de sepultar definitivamente el autoritarismo, en todas sus formas; autoritarismo cuyas modalidades no obran exclusivamente, como se cree habitualmente, en el ‘poder’, sino que están presentes en la sociedad, en muchas de sus manifestaciones. [...] De manera que la participación, al debilitar el autoritarismo difundido en la sociedad, fortalece las condiciones de consolidación de la democracia” (Palermo y García Delgado, 1983).

Por ejemplo el entonces candidato a la intendencia de Quilmes, Francisco “Barba” Gutiérrez, tenía una página de internet de campaña. En esta página en la sección “propuestas”, aparecía el siguiente texto:

“Estamos trabajando junto a las mejores mujeres y hombres, con profesionales de probada capacidad, honestidad y experiencia para confeccionar el programa de gobierno que Quilmes necesita. [...] Estamos preparando un plan que atienda las reales necesidades de los quilmeños. Y como nadie conoce el barrio y nuestra Ciudad como vos, nos interesa tu opinión y tus propuestas. Comunicáte, y hagamos juntos Un Quilmes en Serio.”<sup>65</sup>

Donde sería esperable encontrar propuestas de gobierno, se ofrece una instancia de participación para elaborar propuestas. Aquí las propuestas no son otra cosa que la apertura a escuchar las propuestas que vienen de la ciudadanía, en un movimiento ascendente. Una vez ganada la elección, la idea de apertura a la ciudadanía se encuentra en la presentación del municipio. En la página de internet de Quilmes, en el inicio, aparece el siguiente texto:

“El Municipio de Quilmes es un municipio de puertas abiertas, transparente e inclusivo. Gobernado por el Intendente Municipal, cuyo despacho funciona en el Palacio de Gobierno ubicado en Alberdi 500, cuenta con una estructura orgánica pensada para tener un Estado moderno, confiable y seguro, que priorice el bienestar general por sobre interés individual.”<sup>66</sup>

Otras ilustraciones de este énfasis en la escucha, en la apertura al control y en la transparencia se encuentra en la introducción de mecanismos de consulta y denuncia por vía electrónica (en el caso de Lanús), en el recibimiento de los vecinos en el despacho del intendente en un horario definido (en el caso de Quilmes), y la realización de una encuesta permanente a los ciudadanos sobre las políticas del municipio (en el caso de Almirante Brown). El caso de Lanús es paradigmático de la apelación a la importancia de la tecnología como medio de comunicación y transparentización, pues el intendente electo señalaba que no había internet disponible para los funcionarios de la Municipalidad y que la página de internet no

---

<sup>65</sup> Esta información se encuentra disponible en el sitio de internet personal de Francisco “Barba” Gutiérrez: <http://www.barbagutierrez.com.ar/Participa.html>

<sup>66</sup> Esta información se encuentra disponible en la página del Municipio de Quilmes: <http://www.quilmes.gov.ar/elmunicipio/index.php>

daba ninguna información al “vecino”, que era “un derecho mínimo de la ciudadanía”.<sup>67</sup>

Las mencionadas formas de *accountability* son formas de control más o menos tradicionales que son resignificadas y actualizadas a partir de los discursos de la renovación. Suponen mejorar el modo de elegir a los representantes, generar mejores mecanismos de control al interior de la elite gobernante y por último crear dispositivos de control mediante los cuales la sociedad civil pueda mantener un ojo vigilante sobre las acciones de gobierno.

Las menciones a los nuevos dispositivos pueden ser analizadas también desde un punto de vista alternativo al del *accountability* (que supondría una “promesa” del representante) en lo que se llama la emergencia de la “contrademocracia” y las nuevas formas de la legitimidad democrática (Rosanvallon 2007, 2009). La contrademocracia implica no un movimiento ciudadano opuesto a la democracia representativa, sino la multiplicación de formas de la soberanía negativa expresada en poderes de control, veto y juicio. Según este análisis, la legitimidad representativa seguiría presente, pero los gobernantes se encuentran sometidos a la permanente relegitimación de sus decisiones en el espacio público. Los discursos de la renovación parecerían tomar este fenómeno y apropiarlo en favor de la rehabilitación del vínculo con la ciudadanía en el contexto de la desconfianza.

### **1.3 Nuevos actores para mejorar la representación**

Aún más que con respecto a las propuestas de mayor *accountability*, la propuesta principal de la “renovación” se vincula con los líderes y organizaciones en tanto formas de mediación. La referencia principal es a la calidad de los dirigentes electos y el grado de representatividad con que cuentan para asumir el poder. No se trata simplemente del cambio de personas físicas sino del cambio de “representación” (de ocupación del lugar de otro) que está implicado en el vínculo entre gobernantes y gobernados. No hay allí un cuestionamiento a la distinción entre líderes y seguidores, sino que se postula una vía de mejoramiento de dicha relación,

---

<sup>67</sup> Entrevista a intendente de Lanús, 28 de marzo de 2008.

alterando los términos del vínculo, cambiando a quienes gobiernan por otros que representen mejor a la comunidad política toda.

En primer lugar, algunas de estas “nuevas” mediaciones propuestas se centran en la acción de nuevas organizaciones (nuevos partidos, movimientos sociales, ONGs), que portarían de mejor manera los “intereses” y “demandas” de la ciudadanía, los individuos y grupos representados. La cuestión de la “transversalidad”, como vimos en el capítulo anterior, se encuentra presente en los discursos de la renovación de la década del 90’ y en el kirchnerismo. La cualidad de “renovador” se ligaba por lo tanto a cuán integrados dentro de las propuestas se encontraban los nuevos actores de la política, que parecían contar con modos de toma de decisiones y consignas de carácter más democrático que los actores partidarios tradicionales. Por ejemplo, luego del proceso electoral de 2007, los dirigentes de movimientos sociales expresaban su opinión acerca de los cambios percibidos a partir de dicho proceso electoral. Mientras el Movimiento Libres del Sur destacaba la “renovación política”, el Movimiento Evita sostenía que no había habido renovación legítima. Referentes de esta última organización, sostenían que

“La renovación perdió en casi todos los lugares. El único caso se dio en Quilmes, donde el “Barba” Gutiérrez renovó legítimamente. Lo que quedó bastante claro fue que hay muy pocos espacios para los movimientos sociales y que no hubo una consolidación de una fuerza nacional y popular” (*Página 12*, 19 de noviembre de 2007).

En cambio, para Libres del Sur –en las palabras de Humberto Tumini- “en realidad el proceso de renovación mostró su potencialidad. No sólo hay que computar donde perdieron los representantes del PJ, porque [el intendente de Merlo, Raúl Alfredo] Othacehé ganó con el 43/45 por ciento de los votos, cuando siempre lo había hecho por el 65” (*Página 12*, 19 de noviembre de 2007). La idea de “renovación”, en ambas opiniones, aparece ligada al peso y lugar que tienen las nuevas organizaciones en las listas de candidatos y en la conformación del Poder Ejecutivo en el nivel nacional, provincial y local, en detrimento de las tradicionales estructuras partidarias, especialmente del PJ. Es importante destacar que se trata de “nuevas” organizaciones que, aunque tienen representantes, considera que allí no hay una distorsión entre lo que ocurre en las bases y en los ámbitos dirigenciales, al contrario de lo que ocurriría con los partidos políticos.

Otra “nueva” forma de mediación -las más importante en el discurso de la renovación- es aquella que postula una relación directa entre los líderes –con ciertas características- y la opinión. La “nueva política”, en cada uno de los períodos estudiados, se plantea como un modo de relación cada vez más inmediato entre representantes y representados. Sin duda, se trata de una nueva mediación, pues a la par de el encuentro cara a cara, o el recibimiento de los ciudadanos comunes en el despacho de los presidentes, gobernadores o intendentes, los medios de comunicación, las mediciones de opinión y las nuevas tecnologías de comunicación resultan una nueva mediación, una que resulta casi imperceptible.

En los discursos de la renovación aparece permanentemente la apelación directa a la ciudadanía, como por ejemplo en el caso de Néstor Kirchner, que en sus discursos hablaba directamente a los presentes y a los que veían los actos por televisión: “Argentinos, los que me miran acá y los que me escuchan en sus casas...”,<sup>68</sup> haciendo referencia también a cómo la ciudadanía es la que está presente en cada decisión: “Me siento honrado, les puedo asegurar, que todos ustedes, más todos los que han participado y seguramente nos están escuchando o viendo en algún canal o nos leerán mañana en algún diario, pero que fueron partícipes de la construcción de esta ley.”<sup>69</sup>

También en el discurso de Cristina Fernández de Kirchner se hacía referencia a la presencia de un nuevo tipo de liderazgo que se presentaría de modo transparente, mostrándose “tal cual es”, a la ciudadanía:

“El otro día, usted en Ezeiza decía que le critican la ropa, ese saco abierto, cruzado eternamente abierto, esos mocasines tal vez sin lustrar. No se preocupe, son los mismos que me critican a mí por la ropa, porque tengo un pelo más, porque tengo un pelo menos, son los que no entienden, son los que decían que cuando viniera al Conurbano tenía que venir de zapatillas y vaqueros, subestimando al pueblo. No conociéndome, como si se necesitaran disfraces. Nunca nos hemos disfrazado de nada, señor Presidente. Ni con la ropa, ni con las ideas. Somos así, como nos ven, con aciertos y con errores, pero como nos ven, sin imposturas, con ideas, con convicciones.”<sup>70</sup>

---

<sup>68</sup> Acto de firma de convenios con municipios de la Provincia de Mendoza, 22 de junio de 2006.

<sup>69</sup> Presentación del proyecto de Ley Nacional de Educación, 16 de noviembre de 2006.

<sup>70</sup> Acto de Homenaje a Evita en el Club La Unión de Berazategui, 26 de Julio de 2005.

En este discursos Cristina Fernández de Kirchner asimila la crítica hecha a Kirchner por la desprolijidad de su vestimenta con una crítica diferente hecha por el uso de artículos de lujo o la excesiva preocupación por la elegancia en su imagen personal. Y combina ambas críticas sosteniendo que “así son” y que se trata de dos líderes que no fingen, sino que es una representación más honesta consigo misma que por ello es honesta con la ciudadanía. La cuestión del “ropaje” es utilizada como metáfora para referirse a la transparencia en las ideas a una representación que “es” lo que “muestra” y que su valor no se encuentra tanto en lo que muestra específicamente (puede ser el extremo del desarreglo o de la elegancia) sino en el hecho de que no oculta nada a los ojos del electorado/audiencia.

En el caso de las intendencias analizadas también aparece la cuestión del “contacto directo” entre los representantes y representados, considerado como una nueva forma de representación. Luego de ganar las elección, Gutiérrez afirmaba en un encuentro:

“Estamos en presencia de una lucha política diferente. La crisis del 2001 no sólo arrasó con el modelo neoliberal sino también con el sistema de partidos políticos. A partir de allí, comenzó un nuevo sistema de representación que está en marcha: un nuevo modo de vincularse con la gente. Una manera más humana, de contacto directo entre el gobernante y su pueblo”.<sup>71</sup>

Analizando esta arista del discurso de la renovación, podría aducirse que éste posee un carácter “restaurador” de la legitimidad de la representación, que es en última instancia la aceptación de la distancia existente entre representantes y representados. Ante la crisis de representación, la renovación es el discurso que trataría de sanar aquello dañado en la relación que une y separa -une porque da unidad a la multiplicidad de voluntades, constituye un sujeto, y separa porque distancia a los que gobiernan de los que son gobernados- a quienes gobiernan del resto de la ciudadanía. La “renovación” sería entonces una apelación que permitiría relegitimar la institución de la representación, poniendo en evidencia que quienes ocupan el lugar del poder circulan, entran y salen y se encuentran abiertos al cuestionamiento ciudadano. Los líderes renovadores aparecen como “instituyentes”,

---

<sup>71</sup> V Seminario "Gestión Democrática de Ciudades", realizado esta tarde en la sede de la Instituto Nacional de la Administración Pública (INAP), 16 de noviembre de 2007.

dotando de legitimidad a la representación frente a la situación de crisis que enfrenta la política en las décadas recientes.

## **2. La democracia contra la representación**

### **2.1 Eliminar la distancia**

Hemos visto cómo la “renovación” puede considerarse como un modo de rehabilitación del lazo representativo, sosteniendo que se experimenta una crisis que puede ser superada con nuevos representantes y nuevos modos de recuperar la confianza perdida. Pero la derrota política de ciertos partidos, la disminución en la participación electoral, las diversas expresiones de protesta contra “los políticos” puede interpretarse a su vez como una denuncia *contra* la representación. El rechazo a *una* clase política puede significar a su vez el rechazo a *toda* clase política, una denuncia más radical de los fundamentos y principios sobre los que se basa la democracia representativa. Pareciera por lo tanto erosionarse el vínculo diferenciado en pos de la supresión absoluta de la clase percibida como dominante: la “clase política”.<sup>72</sup>

Por ello, a la vez que los discursos de la renovación pueden interpretarse como modos de restaurar la legitimidad de la representación, desde otro punto de vista pueden considerarse discursos que van contra aquello instituido, que irrumpen en el orden dado denunciando la artificialidad de las reglas que ordenan las funciones, roles y lugares que corresponden a la cuenta de las partes. La apelación a la renovación se muestra como una revelación de que la representación no es un fenómeno natural, sino uno construido, contingente, que obstaculizaría la realización de ideal de autogobierno del pueblo. En este sentido, la “renovación” se torna una guerra de desgaste contra la representación, debilitando la legitimidad sobre la que reposa la elección de unos para gobernar a otros.

---

<sup>72</sup> Al desarrollar su concepto de “clase política”, Gaetano Mosca (2001)[1896] presta atención al fenómeno de la estabilidad y renovación de las clases políticas con respecto a transformaciones tanto en la capacidad para desempeñar su rol como en la importancia que dicho rol tiene para la sociedad.

## 2.2 Dispositivos para democratizar

El discurso renovador se monta también sobre esta pretensión “democratizadora”, que en los años 80’ buscaba democratizar a los partidos internamente, en los 90’ buscaba democratizar el modo en que los partidos políticos acordaban aquello que iba a afectar a la ciudadanía y a partir de 2001 busca el relevo permanente del personal político y la elección directa de los candidatos por parte de toda la ciudadanía, creando también dispositivos de participación directa para que nada parecido a una “clase política” pueda constituirse. La representación es reemplazada así por la identificación entre gobernante y gobernado. El rechazo de la idea de jefatura, de verticalidad y de distinción de los gobernantes se ve en los testimonios de los protagonistas y en sus acciones políticas. Los métodos participativos introducidos son reflejo también de esta “tendencia democrática”.<sup>73</sup>

Una iniciativa que distingue de manera tajante la participación de los mecanismos de representación es la tomada en el marco de los discursos de la nueva política es la de la creación del Movimiento Participación Ciudadana, lanzada por Carlos “Chacho” Álvarez un tiempo después de su renuncia a la vicepresidencia. En su lanzamiento se argumentaba que el que participara del Movimiento no podía ser candidato a cargos electivos (*Clarín*, 3 de diciembre de 2000).

En el ámbito local, esto se expresa en los discursos de los intendentes de las localidades estudiadas. Por ejemplo, en el discurso de asunción de Gutiérrez a la intendencia de Quilmes, el mismo señalaba que

“La grave crisis socioeconómica e institucional vivida en nuestro país en el 2001, entre otras cosas, generó el pasaje de una democracia sólo representativa hacia una democracia participativa. De este modo, el tutelaje del Estado fue sustituido por la participación activa, organizada y creciente de la sociedad civil en la discusión y solución de los problemas colectivos. [...]. Celebro que hayamos encontrado en la crisis y en la

---

<sup>73</sup> Según Dominique Schnapper, esta “tendencia democrática” debilita lo que ella llama la “trascendencia republicana”. El representante, al momento de ser electo, pasa a representar al conjunto de la comunidad política y no a una parcialidad. La “tendencia democrática”, que se caracteriza por el rechazo a la distancia entre representantes y representados, es considerada un problema porque impide constituir un mundo común y pone en peligro la convivencia (Schnapper, 2004).

adversidad esta herramienta, ya que la participación popular es fundamental para el modelo de Ciudad que queremos para Quilmes.”<sup>74</sup>

Es interesante ver cómo en esta cita, en contraste con la mencionada en la sección anterior, el acento está puesto no en la representación sino en la participación como forma alternativa de democracia. Este fragmento ilustra, junto con otros, la doble apelación ligada a la democratización presente en el discurso renovador, que en principio parece contradictoria: o se refuerza la legitimidad representativa por medio de la participación o se refuerza la participación con el horizonte de establecer una nueva forma de régimen en el que la representación deja de ser un elemento central.

También en el discurso del intendente de Lanús aparece esta idea de autogobierno, con la idea de que “van a mandar los vecinos”. Esta idea no se materializa mediante el revocamiento de los mandatos de los representantes, sino de un “estilo” político que destaca la “relación de igual a igual”. Por ejemplo, en una entrevista, un intendente menciona que lo que lo diferencia del mandatario es una cuestión “del estilo, de tipo de iniciativas, una relación más directa, más sencilla, con alguien que no se ponga en que sabe más, sino que en una de esas lo demuestre pero con naturalidad, en un pie de igualdad, no sintiéndose más que nadie por saber más que nadie”.<sup>75</sup> Otro intendente señala el mismo punto: “Nuestra relación, como diríamos, es más de igual, menos de jefatura. Como yo les decía a los compañeros: - Acá ninguno es jefe, acá somos todos compañeros, más horizontal. [...] Nosotros vamos más a la cosa horizontal, a la cosa más participativa, que es un esfuerzo, no es sencillo.”<sup>76</sup> Así, los representantes no se diferencian *del* pueblo por un elemento artificial como lo sería la ocupación de un cargo electivo, sino *a través* del pueblo y el liderazgo surgiría de una diferenciación natural, fruto de la capacidad de guiar a otros (Schmitt, 1990).

### 2.3 Líderes democráticos

---

<sup>74</sup> Discurso de Asunción a la intendencia de Quilmes, 11 de diciembre de 2007.

<sup>75</sup> Entrevista a intendente, 7 de abril de 2008.

<sup>76</sup> Entrevista a intendente, 27 de febrero de 2008.

El avance democrático en todos los ámbitos y la idea de que lo valioso en política se liga a la idea de que participen en política, los no especializados en ella, los *outsiders*, parece ser la nueva característica de la competencia política en la actualidad, ligándose a los discursos de la renovación. Esta idea de gobierno de los *outsiders*, que son creados discursivamente de manera permanente, toma diferentes formas. La primera es la del *outsider del poder* (o *outsider subalterno*) portador del reclamos de grupos subordinados e invisibilizados en la escena pública. En este caso, la renovación está dada por la entrada a la política de representantes de grupos previamente discriminados de la política, cuyos atributos físicos, económicos, educativos o territoriales serían marcas de nacimiento que implicarían que éstos no podrán despegarse de sus demandas al asumir el poder, porque están fijadas en sus cuerpos. No son representantes del conjunto sino de reclamos particulares, pero devienen representantes de una universalidad en un reclamo de emancipación y eliminación de la diferencia que separa arbitrariamente a los que gobiernan de los que son gobernados.

Habíamos mencionado anteriormente que parte de la legitimación de la representación inscrita en el discurso renovador se basaba en nuevas formas de mediación, entre ellas la participación activa de movimientos sociales en política. Los movimientos sociales, desde la perspectiva de “rehabilitar” la representación, se presentarían simplemente como nuevos actores que reemplazan a los tradicionales partidos de masas y sus estructuras caducas. Pero no se trata de un simple enroque de organizaciones. Las características de los movimientos sociales –sus formas de organización, su relato, sus modos de autorrepresentación, de aparición en el espacio público- revelan que hay más que “mayor representatividad” en este proceso de transformación. Como señala Manuel Castells el propio nombre de “movimiento social” implica una distinción del ámbito político, una idea de base y de relación determinante entre lo social y lo político (Castells, 1997: 81-82). Por ello, los movimientos sociales, presentes como un elemento fundamental de la “renovación”, parecen encontrarse del lado de la erosión de la legitimidad representativa, y empujando la “democratización” en su lugar.

La segunda forma de aparición de los *outsiders* en el discurso de la renovación es la del *outsider de la política* (o *outsider externo*), referida a la figura del ciudadano común, que se dedica a otras actividades, pero que se involucra en

política y genera confianza en el electorado por representar lo que quiere la “gente”. En el discurso de la renovación lo encontramos en la autodefinición de los candidatos como ciudadanos que ejercen alguna profesión distinta de la del político de carrera, cuya contribución a la política consistiría en llevar la mirada del hombre común al ámbito de toma de decisiones políticas. Si bien esto podría formularse como una nueva forma de representación, la propia distinción del líder como *outsider*, como proveniente de fuera del ámbito de los representantes, refuerza la impronta “democratizante” de este tipo de figura.

En los discursos de la renovación, la idea de *outsider* aparece con los líderes presentándose como otra cosa que políticos: vecinos, ciudadanos, hombres comunes, profesionales, etc. Una frase repetida por Kirchner incesantemente es la que dicta “les quiero decir qué es lo que sentimos que somos: hombres comunes con responsabilidades muy importantes.”<sup>77</sup> Otro ejemplo de esta representación de los líderes como “hombres comunes”, en un discurso del intendente de Lanús, aparece esta concepción del gobernante como un simple vecino:

“les doy la bienvenida a todos, saludar la presencia de nuestro querido vecino y pieza fundamental en nuestro equipo, el Senador José Pampuro; y particularmente agradecer la visita de nuestro Gobernador Daniel Scioli, este vecino de toda la provincia de Buenos Aires, caminador incansable del progreso con quien compartimos la misma visión del futuro.”<sup>78</sup>

Abundan los ejemplos en los que los líderes de la “renovación” sostienen que son ellos los ciudadanos que demandan soluciones a la crisis de representación, poniéndose en lugar de representados.

La distinción entre *outsiders del poder* y *outsiders de la política* se basa en dos concepciones de sujeto político que conviven y se solapan en la política argentina: la figura del pueblo en proceso de emancipación; y la figura de la ciudadanía autónoma a la que se ha referido Cheresky (2006c; 2008). Las apelaciones más recientes de la renovación, entonces, dan forma a la ciudadanía como un conjunto de individuos desligados de las identidades –no sólo las partidarias, sino toda identificación con un lugar en la sociedad. Esta superposición

---

<sup>77</sup> Ceremonia de Jura del Gabinete de Ministros de la Nación, 25 de mayo de 2003.

<sup>78</sup> Expo Lanús, 4 de julio de 2008.

de imágenes de sujeto político lleva a pensar en una tercera distinción a tomar en cuenta dado que ciertos discursos y autorrepresentaciones combinan elementos de los dos tipos anteriores. Nos encontramos con el *outsider político* (uno que se presenta como *subalterno* y *externo*), que destaca su participación marginal y subordinada dentro de la estructura del poder político (es decir que reclama las diferencias de clase al interior de la propia clase política), y que plantea una forma alternativa de manejo de la política, distinta de la de los políticos profesionales que manejan el “aparato”. En los discursos de la “renovación” analizados hasta aquí predomina esta caracterización de *outsider* (ejemplificada por Carlos Menem, Carlos “Chacho” Álvarez y Néstor Kirchner), a partir de la distinción entre centro y periferia territorial y de mayoría y minoría internas al peronismo.

En la renovación los outsiders políticos son los que no manejan los aparatos políticos. En el caso de la renovación, el outsider del poder se muestra con el poder entendido en tanto Poder Ejecutivo nacional, poder del centro (la Ciudad de Buenos Aires y alrededores) frente a la periferia, poder de arriba (nacional), frente a los poderes locales. Como primer ejemplo, puede mencionarse la interpretación que desde el peronismo se realiza acerca del “fenómeno Menem”<sup>79</sup>

“La riqueza del fenómeno Menem se juega en la decisión política de reintroducir la Argentina excluida y negra en los dominios del poder, sin alterar las reglas del juego democrático. Lo contrario es prestar su consenso entre los sectores más humildes para que los grupos dominantes continúen usufructuando de la crisis” (Álvarez, 1988)

En la figura de Menem como líder “renovador” se jugaba por un lado la incorporación de los sectores populares, “excluidos del poder” y también se trataba de una figura que se presentaba como proviniendo de los “márgenes” de la política, por ser gobernador de una de las provincias más pobres del país. En el discurso de Kirchner también se hace uso de la idea de “marginalidad” de la política en términos territoriales, y se asimila la Patagonia al norte argentino como espacios excluidos de las decisiones que se toman en el “centro”. En un acto sostiene que

“... saben lo que nos ha costado a todos nosotros durante muchísimos años que la dirigencia más importante del país entienda lo que significaba

---

<sup>79</sup> El número de la *Revista Unidos* que se refiere a Menem se titula “El Menómeno Peronista”.

la Patagonia y que nos entiendan a los patagónicos, que siempre nos sentimos el patio trasero de la Argentina, siempre nos sentimos como si fuéramos una anexión y no fuéramos la parte viva de este querido país, con todas nuestras fuerzas, nuestras riquezas, nuestras posibilidades, todo lo que podemos brindarle a la patria. Como también pasa en el norte argentino, donde hay muchísimos hermanos y hermanas en una situación muy difícil y que también a veces cuesta comprender que son corazones argentinos; son argentinos y argentinas, que están esperando que esa gran bandera de la patria les dé cobertura, que los haga parte de las realizaciones de este país”.<sup>80</sup>

Kirchner se presenta como un patagónico al que el poder le ha dado la espalda, y al mismo tiempo produce un giro en su discurso para referirse a los “hermanos y hermanas” que viven en la pobreza en el norte del país, produciendo una similitud entre los políticos de la periferia y el “pueblo” de la periferia.

Otra ilustración de este énfasis en los hombres comunes, a la vez que se hace referencia a que se encuentran lejos de todo “poder”, aparece en la conformación de listas legislativas del “Frente Renovador” de Rovira, que fue significativo porque se trató de elecciones inmediatamente posteriores a las nacionales en las que había sido electo Kirchner. A este propósito, Rovira sostenía que

“Tanto en el PJ como en la UCR vienen repitiendo todos los vicios que rechaza la gente. A saber, lista sábana, el acuerdismo, candidatos a gobernadores y vice con una alta concentración de poder económico y sindical. Bueno, nosotros confeccionamos una oferta política absolutamente nueva con gente común. No hay ricos ni poderosos. Nadie en nuestra lista representa el poder económico.” (*Página 12*, 27 de septiembre de 2003).

La idea de *outsider político* muestra más claramente cómo la figura del líder como *outsider* es producida, construida y moldeada en cada circunstancia, bajo el supuesto de que aquél que viene de afuera obtendrá más apoyo electoral, pues escenifica el enfrentamiento de la “gente” con la “clase política”. En todos los casos, la “tendencia democrática” implica un hincapié en el parecido entre el representante y su base de sustento –que a su vez lleva consigo una definición propia de cuál dicha base. La idea de *outsider* remarca la existencia de límites –entre el poder y la

---

<sup>80</sup> Visita a Rawson, 27 de junio de 2003.

desposesión, entre la política y las demás esferas de actividad- que son violados, traspasados, borrados.

El discurso de la renovación, a partir de los elementos que ponen el foco en la “democratización”, en lugar de promover una “mejor” representación, erosionan las bases sobre las cuales se asienta la representación. La renovación parece un discurso *contra* la “clase política”, *contra* las elites, *contra* la distancia que separa a los representantes de los representados y a la representación de la sociedad de lo que ella “realmente” es. Hasta aquí, entonces, nos encontramos con dos elementos en apariencia contradictorios en el discurso renovador: uno que se dirige hacia la relegitimación de la representación que se encuentra debilitada por la crisis, otro que busca profundizar la disolución de la distinción entre representantes y representados en vías de una “verdadera” democracia.

### **3. La institución de una forma de sociedad**

#### **3.1 Vivir en tensión**

Como vimos en las páginas anteriores, en el discurso de la renovación se hace presente la tensión entre la desigualdad representativa y la igualdad democrática.<sup>81</sup> En otros términos, la apelación a la renovación revelaría la existencia de un conflicto aparentemente irresoluble entre una concepción procedimental/formal de la democracia (un dispositivo para la elección de gobernantes) y una idea sustancial de la misma (la identidad entre gobernantes y gobernados y la realización de la voluntad

---

<sup>81</sup> La relación entre representación y democracia es vista de manera diferente por distintos autores. Por ejemplo, según Carl Schmitt, la democracia como forma política pura se caracteriza por la identidad, opuesta a la representación. Aun así, todas las formas históricas tienen algo de representación y algo de identidad, porque la identidad del pueblo implica su representación y el representante requiere de una identidad a representar (Schmitt, 2010)[1928]. Según Bernard Manin (1996) el gobierno representativo se diferencia de la democracia porque el primero se basa en la distinción y el segundo en la identificación entre gobernantes y gobernados. De acuerdo a Rancière (2006), el gobierno representativo es de carácter oligárquico y la democracia es el “modo de subjetivación de la política”, por lo que la idea de “democracia representativa” es una contradicción de términos. Aún así, considera que el voto es un ámbito propicio para la irrupción de la democracia en el orden desigual.

general).<sup>82</sup> Por un lado, la renovación es evocada en un intento de rehabilitar la representación, haciendo a los gobernantes más representativos y confiables. Por otro lado, las formas de restaurar tal confianza podrían llevar a la destrucción de la representación en pos de la realización de la democracia “real”. Los argumentos “democratizadores” que se postulan en el discurso renovador para rehabilitar la representación llevarían inscriptos en sí mismos la propia erosión de la legitimidad representativa.

Pero la renovación también nos pone frente a un modo diferente de vinculación entre representación y democracia. La representación como concepto tiene que ver con re-presentar, volver a presentar, ocupar el lugar de, hacer visible a aquello invisible (Pitkin, 1985). La representación, por lo tanto, es también una *puesta en escena* de la democracia, un modo de demostración, de simbolización. Y esta puesta en escena revela que de hecho hay una *puesta en forma* (un modo de organizar, dividir, unir) y una *puesta en sentido* (un modo de hacer inteligible) de la sociedad que es de carácter político (Lefort, 1985). Podemos referirnos a la representación entonces no como un dispositivo de elección de gobernantes que choca *contra* la democracia, sino tomarla como representación *de* la democracia.

### 3.2 El poder como lugar vacío

La democracia, a partir de la conceptualización anterior, puede definirse como una *forma de sociedad* que se representa como una *sociedad sin forma*, sin sustancia ni fundamento,<sup>83</sup> que encuentra la unidad en la división. Es por ello que la democracia no puede ser sino *representada*, pues no es igual a la suma de sus partes ni tiene límites definidos. En otras palabras, la sociedad democrática podría definirse como *un objeto imposible*.<sup>84</sup> La democracia es el régimen que revela su contingencia y fragilidad, porque descansa sobre el debate permanente acerca de lo justo y lo

---

<sup>82</sup> La forma y el contenido no son tan fácilmente distinguibles en la teoría democrática, a pesar de que éstas sean clasificadas como “procedimentales” o “sustanciales”. Ver Schmitt (2010)[1928], Schumpeter (2010)[1943], Lefort (1985), Dahl (1989).

<sup>83</sup> Pues la legitimidad no se deriva de la voluntad divina ni de la voluntad del pueblo.

<sup>84</sup> Según Laclau y Mouffe (1985) a partir de las revoluciones democráticas la “sociedad” es un objeto imposible y solo existe “lo social” como intento de cierre de la estructura fallida.

injusto, lo legítimo y lo ilegítimo. Es la sociedad histórica por excelencia, pues ha sido instituida por los propios hombres y se caracteriza por su indeterminación.

En la democracia *el poder es un lugar vacío*, no encarnado, ocupado temporariamente, que corresponde al orden de lo simbólico, lo representado. Puede figurarse como un lugar, pero no como un sujeto definido. No pertenece a nadie, no puede ser apropiado. Que el poder sea un lugar vacío importa, en el marco de la discusión sobre los discursos de la renovación, porque la creciente apelación a la renovación se centra específicamente en esta imposibilidad de encarnación, en que el poder no se ocupa de manera definitiva, no tiene un cuerpo, ni muchos, es justamente el cambio sucesivo de quienes ocupan temporariamente el poder.

En base a esta conceptualización, podemos concluir que los discursos acerca de la crisis de representación y la renovación son modos de poner en palabras a la democracia contemporánea. Por ello podemos concluir que *el discurso de la renovación es un discurso instituyente que echa luz sobre la indeterminación de la democracia*. En primer lugar, la representación implica una distancia entre el objeto y su imagen, la imposibilidad de la fijación definitiva del sentido, y este desfasaje es el propio sustento de la democracia. En segundo lugar, la renovación pone en escena la indeterminación e informalidad de la democracia, el propio juego de delimitación permanente que lleva a la sucesión de representaciones y nuevos límites que luego serán reconfigurados. El discurso de la renovación echa luz sobre la contingencia de la democracia, sobre el proceso por el cual la democracia es instituida. La renovación como discurso instituyente se caracteriza por hacer visible el proceso de institución democrática, en lugar de ocultarlo o disimularlo.

Definir a la renovación como un discurso instituyente implica pensar la *institución* en un *doble sentido*. Un primer sentido el discurso renovador es “restaurador”, porque recrea la legitimidad de la representación, que implica la protección de aquello instituido. La renovación es la pauta que asegura que el poder permanece siempre inencarnado, pero también que éste es un lugar a ser ocupado. La apelación a la renovación se refiere a la permanente reposición de los gobernantes, desechando a aquello que implique una continuidad excesiva en el tiempo, una duración que implique la fijación de un sentido, la identificación entre el poder y quien lo ocupa. Los políticos toman el problema de la reposición del poder como una “crisis” que es un dato de la realidad y apelan a nuevos modos de representar,

sustentándose en que ocuparán el poder temporariamente. Pero la representación sigue vigente, pues al mismo tiempo que es incierto quién ocupará el poder, la renovación pretende generar certidumbre acerca de que es un lugar que debe ser ocupado.

En un segundo sentido, el discurso renovador es “revelador” del proceso de institución de la sociedad, ya que la idea de discurso instituyente implica que el orden no es natural, sino que ha sido instituido por los hombres. Que en la democracia el poder sea un lugar vacío no se deriva de ningún principio trascendental ni de una sustancia primigenia, sino que es producto de la acción de los hombres. Así es como la “renovación”, a la vez que da lugar a la rehabilitación de la legitimidad de aquello estatuido, revela el proceso de institución del vínculo representativo. La renovación es institución porque da forma a algo nuevo, instituye algo que no se encontraba en el plano de lo visible. La renovación es un “nacimiento” a la vida pública de cuestiones, temas, actores y modos de organización. Es el acto de autoinstitución, de auto creación de los representantes. Cambia el sentido de aquello que estaba instituido, de lo dado, de la diferencia entre quienes gobiernan y quienes son gobernados. Para instituir destituye, destruye el orden dado y se postula como un nuevo modo de comunidad política, que extiende sus límites, cambia las funciones, los roles y las partes.

Comúnmente, el vocablo “institución” es utilizado para denotar a aquello dado (las reglas, los organismos, las autoridades). Se habla de las instituciones como “cosas” que resultan “necesarias” –por derivarse de alguna ley o determinación- y se naturaliza su existencia. Este sentido de la “institución” implica el olvido de que justamente lo que las caracteriza es el haber sido instituidas, puestas en pie por los propios hombres y no por un mecanismo ajeno a la acción humana. Las instituciones son y podrían no haber sido. Están y pueden no estar en el futuro. Son contingentes, sujetas al tiempo y la historia. Una institución no es simplemente algo dado, sino algo que alguna vez fue instituido, es un evento y es un proceso. Los discursos de la renovación, por lo tanto, ponen sobre el tapete la relación entre lo que siempre cambia y lo que siempre permanece, el trazado de los límites de la comunidad política y el sentido de la acción de los hombres.

### 3.3 La paradoja de la renovación

El movimiento ínsito en la apelación a la “renovación” –la legitimación del poder de los representantes y la revelación de que el lugar del poder puede ser ocupado por cualquiera- nos enfrenta a una paradoja, pues es la propia fragilidad de la democracia la que es reinventada como fortaleza política. La apelación de los políticos a la renovación, a la vez que porta una pretensión de legitimidad en el vínculo con los representados, evidencia que todo gobernante puede ser reemplazado por otro, por cualquiera. Es esta aceptación de la fragilidad del lugar del poder la que convertiría a los políticos en más legítimos.

En los discursos de la renovación, aparece la idea de que la ocupación del poder es pasajera, y la mención a que quienes están hoy serán reemplazados se sostiene porque se considera legítima, como si se votara a aquél que está dispuesto a dejar el poder:

“No nos pueden seguir representando históricamente aquellos que cada vez que estuvieron no lo hicieron a la altura de la historia. [...] es hora de que los argentinos, que las jóvenes generaciones, todos los que quieren apostar a la construcción de un país distinto, piensen como piensen, tengan la oportunidad de realizarse y que los dirigentes nos demos cuenta que somos pasantes de la historia, que nos toca vivir un tiempo determinado, que tenemos que tratar de cumplir con esa etapa, y entender que la evolución del mundo es permanente, que el mundo y el país no se pueden detener en una dirigencia ni en uno, que no es centro de las acciones la individualidad, sino la construcción colectiva que es central y fundamental.”<sup>85</sup>

La legitimidad de los discursos de la renovación –que permitiría que los líderes ocupen el poder y también permanezcan en él en el tiempo- paradójicamente descansa en la aceptación de que vendrá otra renovación después de la actual, que la renovación es permanente:

“Trabajemos fuerte para que la generación que nos sigue a nosotros en la conducción de la Argentina, sea de la fuerza política que sea, sea una generación que nos viene a renovar, que nos viene a mejorar, que nos

---

<sup>85</sup>Acto de inauguración del Hotel “15 de diciembre” del Gremio de los Camioneros en la Ciudad de Mar del Plata, 25 de agosto de 2006.

viene a cualificar y a construir nuevas esperanzas para todos los argentinos.”<sup>86</sup>

Los discursos de la renovación son discursos en los que se destaca que la ocupación del poder es temporal, pero que también es un objetivo. El poder no se encuentra disperso sino que tiene un lugar distinto, al que se llega de una manera específica:

“no soy de los que dicen: Sufro con el poder, me quiero ir a mi casa. El día que decida irme a casa porque haya resuelto que la política no es más mi vocación, tengan por seguro que no vuelvo más. No soy de las que anuncian retiro, para luego, una y otra vez, poner piedras en el camino. Todos y cada uno de los que luchamos por obtener representación popular, porque de eso se trata la política, lucha, disputa y debate para obtener representación popular. Cada uno de los que estamos aquí tenemos vocación de serlo. No aguanto más el cinismo, la hipocresía, y hablar de que se sufre estando en el gobierno. No es obligación estar en el gobierno. No es obligación ser presidente, ni senador, ni diputado. Todos y cada uno de los que están o quieren estar es porque quieren hacerlo”.<sup>87</sup>

Estos discursos que se dan de manera simultánea ponen en público dos elementos aparentemente contradictorios –la voluntad de acceder al poder y la revelación de que dicha ocupación es frágil y se encuentra sometida a algo fuera de ella-, generando una oscilación permanente entre la encarnación y la disolución del poder. La debilidad y la hegemonía son los dos puntos extremos con los que juegan los discursos de la renovación, en una representación de la democracia como forma de sociedad donde el poder no está encarnado, pero al mismo tiempo es un lugar a ser ocupado:

“Algunos decían que iba a ser un Presidente débil. Hoy , cuando usted dice que la gente expresa su ratificación a través del voto lo tratan de hegemónico. Me tocó ir a algún programa en la campaña a decir que Néstor Kirchner no iba a ser títere de nadie, por más que alguno lo intentara después. Hoy, por allí, ese mismo periodista lo acusa de hegemónico, porque queremos que expresen su ratificación en el voto. Y yo digo: ¿Un periodistas no quiere que lo escuchen? ¿Un escritor no quiere que le compren sus libros? ¿Un vendedor no quiere que compren su mercadería? ¿Entonces que quiere un Presidente democrático? Que lo voten, porque es la expresión genuina de la representación popular y del

---

<sup>86</sup> Acto de firma de convenios de inclusión jubilatoria con intendentes de la Provincia de Buenos Aires, 27 de septiembre de 2006.

<sup>87</sup> La Plata, 7 de julio de 2007.

voto. ¿Qué nos pasa? ¿Qué les pasa a alguno que ni siquiera tienen la capacidad de razonar democráticamente?”<sup>88</sup>

En esta cita se habla de “qué es lo que quiere un presidente”, asimilando su posición a la de otros que ofertan algo a la sociedad. Y los presidentes están en el poder porque los votan, y eso implica una temporalidad específica, no la apelación a una sustancia ni a un fundamento trascendente más allá de lo que ocurre en el momento electoral, en que la sustancia es reemplazada por el número (Lefort, 1985).

A partir de estos fragmentos, puede concluirse que la multiplicación de discursos de la renovación se relaciona con un nuevo modo de diferenciación política que pone el acento en una cualidad—el carácter “democrático” de los líderes, entendiendo esto como aceptación de la fragilidad del poder— que se torna un valor positivo en la vida política contemporánea, mientras otras claves —la experiencia de gobierno, la recuperación de la tradición, etc.— pierden centralidad. Hablar de “crisis” y de “renovación” sería, en última instancia, hacer evidente la indeterminación característica de la democracia, la fragilidad y el carácter temporal del poder.

### **3.4 El porqué del auge de la renovación**

Ahora bien, si hablar de “crisis” y “renovación” es hablar de la democracia, ¿por qué la democracia no se da simplemente por sentada? ¿Por qué la renovación se erige en un elemento central en el discurso político contemporáneo? ¿Es porque la democracia se quedó sin diferencias? ¿Es porque la democracia no es suficientemente democrática? Si los discursos sobre la “renovación” y la “nueva política” se han hecho más frecuentes desde 1983, y han tenido un crecimiento aún mayor luego de la crisis de 2001, podemos sostener que es en esta etapa que lo que el discurso de la “renovación” trae a cuenta es una diferencia “significativa”.

La restauración democrática —se sostenía— implicaba recuperar parte de la tradición política del pasado, pero asimismo debía presentarse como una superación de los problemas que esa misma tradición había generado, y que podían atentar contra la estabilidad del régimen.<sup>89</sup> La “transición”, por lo tanto, implicaba descartar

---

<sup>88</sup> La Plata, 7 de julio de 2007.

<sup>89</sup> Ver los debates en torno a la transición democrática en Lesgart (2003).

gran parte del pasado en favor de lo “nuevo”. Así es cómo, mientras lo “tradicional” era dejado de lado en el discurso de los candidatos, el “cambio” y la novedad pasaron a adoptar mayor prominencia en las campañas electorales.

Quienes evocan y han evocado el discurso renovador, planteando un enfrentamiento a la encarnación del poder, a las barreras para ocupar el poder, suponen con ello que éste es el elemento que los dota de legitimidad en este tiempo político:

“Nunca más permitiremos que un pequeño grupo de iluminados, con o sin uniforme, pretenda erigirse en salvadores de la patria, mandándonos y pretendiendo que obedezcamos sin chistar. [...] Ya no habrá más sectas de ‘nenes de papá’, ni de adivinos, ni de uniformados, ni de matones para decirnos lo que tenemos que hacer con la patria. Ahora somos nosotros, el conjunto del pueblo, quienes vamos a decir cómo se construye el país.”<sup>90</sup>

Si observamos brevemente los discursos políticos ligados a la renovación desde 1983 hasta el presente, es posible ver cómo a través de ellos la democracia se relegitima permanentemente, y con ello los representantes que la evocan. Como se mencionaba al inicio de la era democrática:

“En el plano de la sociedad, el totalitarismo de la dictadura produce, por reacción y también como consecuencia de una nueva marea internacional, un proceso de revalorización de la democracia. La democracia se convierte gradualmente en campo de convergencia y confrontación entre el régimen y la sociedad, recayendo sobre la misma una doble implicación: todos la invocan como objetivo, aluden a ella, pero el concepto remite a proyectos de sociedad distintos” (Álvarez, 1984).

Más allá de otras implicancias que tiene esta cita –la distinción entre democracia formal y real a la que alude el peronismo de la Renovación en la década de los 80’- es importante destacar que se produce paulatinamente una invocación generalizada de la democracia, en la forma de los discursos de la renovación, como oposición al pasado. Se trata de un juego de mutuo fortalecimiento –del régimen democrático porque es evocado por todos en el escenario político y de los líderes renovadores que se legitiman por ser más democráticos.

---

<sup>90</sup> Raúl Alfonsín, discurso de cierre de la campaña presidencial, 27 de octubre de 1983.

La invocación a la renovación se constituye en clave de diferenciación pero al mismo tiempo, al propagarse a todo el arco de discursos políticos democráticos, bloquea la fijación de una diferencia definitiva. Se generan alrededor del significante “renovación” cadenas de equivalencia que hacen parecer que la “renovación” carece de sentido o que “no dice nada”. Esta problemática será abordada en el capítulo subsiguiente, en el que se reflexionará sobre la “renovación” en relación con la diferencia, para concluir en una definición de “renovación” como significante vacío.

## Capítulo III

### Renovación y diferencia

Otra característica de los discursos de la renovación que analizamos en el primer capítulo es que se articulan inicialmente a partir del rechazo de la “vieja política” y la “anti política”. La renovación y la “nueva” política adquieren sentido, por lo tanto, no por una esencia o positividad predeterminadas, sino a partir de una diferencia, a saber: aquella entre quienes son renovadores y quienes no lo son, y es este proceso de diferenciación el que crea nuevos límites entre “nosotros” y “ellos” en cada coyuntura específica. La renovación parece emerger y propagarse como una clave de diferenciación operante en la escena política, instituyendo a partir de la diferencia una identidad “renovadora”. En este apartado abordaremos por lo tanto el discurso de la renovación enfocándonos en cómo el significante “renovador” se constituye en una identidad a partir de la negación de un “otro”, siendo las “partes” constituidas por la institución de una diferencia móvil y contingente.

Por no poseer un contenido “positivo” definido ni definitivo, y por la propagación y “universalización” del significante “renovación”, éste parecería “no significar nada” (no establecer ninguna distinción, no tener un significado, no tener denotación). Esto no debería tomarse como una anomalía, sino como un problema conceptual a abordar. Por ello es que a partir de lo analizado en el capítulo anterior y en el presente capítulo, aquí se argumentará que *la renovación es un significante vacío que posibilita la articulación hegemónica propia de la política democrática*. Se trataría de un significante que se va vaciando de su particularidad a partir de la articulación equivalencial con otros significantes y de un antagonismo con “lo otro” de la renovación, que sería lo “otro” de la democracia. La renovación, entonces, a la vez que instituye una diferencia, hace visible la constitución de la unidad de la sociedad democrática y su propio límite, lo que le impide ser plenamente.

Para desarrollar este argumento, comenzaremos por estudiar los discursos de la renovación como diferencia entre la “nueva política” y la “vieja política”, entre los “jóvenes” y los “viejos” y entre la “nueva política” y la “anti política”. En un

segundo momento, abordaremos la cuestión de la negatividad en el discurso renovador, en su dimensión de “rechazo” y de “vacuidad”. Por último, conceptualizaremos a la renovación como un significante vacío y trataremos de responder a algunos interrogantes en torno al surgimiento de este significante en el contexto contemporáneo. Al igual que en el capítulo anterior, aquí retomaremos el análisis histórico del período 1983-2011 y prestaremos especial atención a los testimonios vertidos en las entrevistas, las observaciones realizadas y el relevamiento de las noticias y acciones gubernamentales y de campaña emprendidas en los casos locales estudiados en 2007-2011.

## **1. La renovación y la diferencia**

### **1.1 La “nueva política” contra la “vieja política”**

El discurso renovador se constituye en principio como contrario a la “vieja política”. En la década del 80’, lo “viejo” era encarnado por los sectores “ortodoxos” del peronismo; en los 90’ el rechazo era a los pactos entre los “viejos partidos”; después de la crisis de 2001, todos los que ocupan el poder son primero definidos como referentes de lo “viejo”, para luego pasar a considerar “viejo” a todo lo ligado a la “década menemista” y la “era neoliberal”. La definición de lo “nuevo” aparece por lo tanto como la contraposición de lo “viejo”, que es definido de diferentes formas y de acuerdo a distintos atributos en cada coyuntura específica. La “vieja política” es, en primer lugar, la política de los “aparatos” y las estructuras. En segundo lugar, es la política de los negociados detrás de bambalinas, es la política del secreto. Tercero, es la política verticalista, poco participativa. Cuarto, es el apego a la tradición y a las glorias pasadas. Por último, es la política a distancia de los problemas de la “gente”.

La “vieja política” es asociada a lo no democrático, en el sentido de no autonomía. Esto se expresa en diferentes niveles, tanto en los vínculos internos de las organizaciones (los dirigentes que buscan manejar a otros), como entre organizaciones (los que realizan pactos a espaldas de sus respectivas fuerzas políticas), y entre las organizaciones y la “gente” (los que definen orientaciones o

candidaturas sin consultar a la ciudadanía). Lo que se critica es “aquella vieja tendencia de los que pretenden manejar indefinidamente a los demás. Esa es la vieja política, la de los líderes que ya fueron” (*La Nación*, 2 de febrero de 2003). El discurso renovador parece oponerse a la “dedocracia” –como “régimen” opuesto a la democracia-. Al poco tiempo de haber asumido, Kirchner sostenía que

“me preguntaban cuando llegué [al acto en Rawson]. ‘¿Y usted a quién va a apoyar en la interna justicialista?’. Yo que he sido un militante político toda la vida, que siempre estuve comprometido; honestamente sería una falta de respeto a mis amigos radicales y justicialistas, compañeros de toda la vida, que yo, que me han votado para gobernar el país, venga a tratar de estar con la vieja costumbre de la dirigencia nacional, tradicional, de la ‘dedocracia’.”<sup>91</sup>

El otro elemento que diferencia la “vieja política” de la “nueva política” se refiere a los “pactos”, asociados con el secreto, con aquello que ocurre sin ser visto por la ciudadanía, porque no puede ser visto. La “vieja política” es la del “pacto militar-sindical”, la del “pacto de Olivos”, que parecen repetirse en diferentes formas a lo largo del tiempo, hasta la llegada de un nuevo pacto democrático entre el representante y los representados. Cristina Fernández de Kirchner se refería a la “historia de pactos” de la era precedente a la llegada de Kirchner a la presidencia de la siguiente manera:

“Y en ese antes y después, en el que yo le hablaba de pactos, los hubo para todos los gustos, aunque los protagonistas sean casi siempre los mismos. Pactos de perpetuación en el sillón de Rivadavia, no para seguir haciendo cosas, sino para seguir con el latrocinio; pactos de impunidad para esconder debajo de la alfombra la tragedia de los Argentinos durante la dictadura; pactos de impunidad para conservar una justicia que acatará y aceptará cualquier cosa, y no una justicia independiente, como se precia en cualquier país decente.”<sup>92</sup>

Además de asociar la “vieja política” a uno o varios actores en particular o a determinadas prácticas no democráticas, también se hacía referencia a las “viejas antinomias”, entendidas en sentido amplio: “peronistas *versus* anti peronistas” –o

---

<sup>91</sup> Visita a Rawson, 27 de junio de 2003.

<sup>92</sup> Lanzamiento del Frente para la Victoria Argentina en el Monumento a la Bandera de la Ciudad de Rosario, 24 de Agosto de 2005.

como sostiene Alfonsín “radicales *versus* anti radicales”-, etc.<sup>93</sup> Entonces son parte de la “vieja política” también las “viejas diferencias”. Como mencionaba Solá, al responder a un periodista sobre si Duhalde representaba o no la “vieja política”: “Nosotros vemos que Duhalde solo no representa la vieja política, pero Duhalde versus Menem, sí”(La Nación, 2 de febrero de 2003).

Es a partir de esta caracterización de la “vieja política” que en los discursos de la renovación se encuentra una definición de su opuesto, la “nueva política”<sup>94</sup>: al “aparato” opone los individuos; al secreto opone la transparencia; a la verticalidad opone la horizontalidad; a la tradición opone el cambio; y a la distancia opone la cercanía o la proximidad.<sup>95</sup> Todo esto es definido como el “método democrático”, que diferencia a los renovadores de los que conservan prácticas de la “vieja política”.

Cabe prestar atención al discurso electoral de la UCR porque –como mencionamos en el primer capítulo- fueron varios los rasgos de la campaña los que fueron interpretados por el peronismo derrotado como la “causa” de su triunfo –por lo que estos gestos debían ser imitados. En el marco de la campaña de 1983, además de hacer un gesto de “abrazo a la distancia” –que acercaba al electorado tanto porque acortaba la distancia como porque creaba una intimidad del líder con sus seguidores- Alfonsín sostenía que

“No son los objetivos nacionales los que nos diferencian sino los métodos y los hombres, para alcanzarlos. [...] Proponerse convencer sólo tiene sentido si estamos dispuestos también a que otros nos puedan convencer a nosotros, si aseguramos la libertad y la tolerancia entre los argentinos. Proclamamos estas ideas no sólo porque nos parecen mejores, sino –y sobre todo- porque sabemos que constituyen el único método para que los argentinos nos pongamos a construir de una vez por todas nuestro futuro. Esto es, simplemente, la democracia.”<sup>96</sup>

---

<sup>93</sup> En el discurso de Alfonsín de cierre de campaña aparece esta referencia.

<sup>94</sup> Podría sostenerse, como lo hace Pierre Rosanvallon, que la distinción entre una “nueva” política y una “vieja” política plantea una falsa dualidad: “sería vano pretender oponer una vieja política que sería formal, lejos de la gente y de las cosas, a una ‘nueva’ política de lo cotidiano, que haría vivir en armonía las exigencias generales del bien común con la consideración de todas las especificidades” (Rosanvallon, 1992: 95). Y esto es porque la distancia, que puede resultar en un sentido oprimente y dañina, es al mismo tiempo la que permite –por la abstracción que implica la representación- mantener la protección del Estado de Derecho. Respecto del problema de la universalidad, el discurso de la renovación juega con las tensiones existentes entre la particularidad y la generalidad, y no se posiciona claramente en ninguno de los dos polos.

<sup>95</sup> Para analizar la legitimidad de proximidad en el caso argentino, ver Annunziata (2009).

<sup>96</sup> Raúl Alfonsín, discurso de cierre de la campaña presidencial, 27 de octubre de 1983.

Más adelante, desde la oposición al gobierno radical, la Renovación peronista sostendrían las mismas ideas, recurriendo a la “transparencia” para dar fin a la “política de trastiendas”, todo esto en el marco de una lucha contra las “prácticas autoritarias”:

“La Renovación Peronista debe ser transparencia en los procedimientos, propuesta explícita y consensual, terminando con la política de las trastiendas y demostrando la capacidad para instalar la política allí donde el pueblo pueda enriquecerla con su participación y creatividad. Hemos combatido las prácticas autoritarias, las visiones deformantes y a los dirigentes mediocres”.<sup>97</sup>

Así como en el discurso de la Renovación peronista, los discursos más recientes también muestran abundantes referencias a esta asociación entre “vieja política” y autoritarismo, por un lado, y “nueva política” y democracia, por otro. En los casos estudiados también se define una nueva forma de hacer política en base a la oposición a la política de los “aparatos”, distanciada de la gente. Una ilustración de ello se encuentra en una carta dirigida a los vecinos del Quilmes por parte de Gutiérrez, al finalizar la campaña por la intendencia en 2007:

“Vecinas y vecinos de Quilmes: Durante los últimos meses nos fuimos conociendo. He podido dialogar con muchos de ustedes, cara a cara, sin intermediarios. [...] Entre todos, juntos, hicimos una campaña diferente, con propuestas, limpia, sin violencia, sin golpes bajos y con humildad. En ese sentido, ya ganamos. Porque demostramos que es posible hacer política de otro modo, dialogando, escuchando, confrontando ideas, consensuando. Y porque demostramos que no hay ‘aparato’, por poderoso e inescrupuloso que sea, que pueda acallar lo que uno quiere, lo que uno piensa y lo que uno siente. No hay aparato capaz de desdeñar el corazón de la gente.”<sup>98</sup>

La expresión de agradecimiento del candidato se sostiene a partir de una lucha que enfrenta los “aparatos” a la “gente”. El “aparato” tiene una fuerza cuya fuente es distinta de la legitimidad que da el apoyo de la ciudadanía. El “aparato” es asociado con una maquinaria que empuja y arrastra contra la voluntad, contra lo que se “siente” o lo que dicta el “corazón”. El “aparato” es lo contrario del diálogo y el consenso, que caracterizarían por contraste a la “nueva política”, más humana y cercana a los sentimientos de la ciudadanía.

---

<sup>97</sup> Documento fundacional de la Renovación Peronista, Buenos Aires, 21 de diciembre de 1985.

<sup>98</sup> Carta abierta a los vecinos de Quilmes, publicada el 25 de octubre de 2007.

Lo que es interesante destacar es que la definición de la “nueva política” se realiza a partir de la referencia a un “otro”, en este caso un otro compartido, el autoritarismo. Los atributos dados a esta “nueva forma de hacer política” se presentan como el opuesto de una forma a rechazar, aquella por la que “otro” decide por “uno”.

## **1.2 Los jóvenes contra los viejos**

La distinción entre la vieja política y la nueva política también se relaciona con las nociones de vejez y juventud en la política. Por “nueva” política se entiende política joven (medida por el tiempo de vida natural y por el tiempo de vida política). Si bien es cierto que la problemática de la juventud se encuentra presente en el debate político ya antes del retorno a la democracia (especialmente en las décadas del 60’ y 70’), lo que se percibe es que en el discurso de la renovación se produce una “domesticación” de los jóvenes para la política democrática –al igual que lo que ocurre con otros actores-, pasando de la idea de “juventud revolucionaria” a la de “juventud renovadora”. Aquí se explorarán por lo tanto diferentes dimensiones de esta asociación entre renovación y juventud.

La juventud, además de presentarse como categoría, se presenta como “signo”, pues se trata de “una construcción cultural desgajada de otras condiciones, un sentido socialmente constituido, relativamente desvinculado de las condiciones materiales e históricas que condicionan a su significante” (Margulis, 2000: 17). Bourdieu sostiene que la “juventud no es más que una palabra”, destacando que la juventud se presenta en escena privilegiando su aspecto imaginario y representativo, en tanto una estética de vida en lugar de una edad (Bourdieu, 2002). Tomando esta definición, la juventud se torna un elemento que emerge como vehículo de distinción y legitimidad.

Se expande así la idea de que “ser joven” constituye en la era contemporánea un valor positivo. La extensión de los medios de comunicación masivos contribuye a propagar imágenes ideales del individuo, y es la juventud el parámetro a partir del cual todas las generaciones se miden. Así, la juventud se convierte en una estética

(Chmiel, 2000: 86) y se crean “jóvenes legítimos” (aquellos que no son simplemente jóvenes por su edad sino por sus hábitos).

Ahora, en el caso de la renovación, se puede hipotetizar, como habíamos hecho en el primer capítulo, que si la juventud se constituye en modelo e ideal, la identificación con esta generación es un modo de identificación con la ciudadanía toda. Si todos quieren ser jóvenes, si todos quieren verse y sentirse jóvenes, entonces los representantes en tanto reflejos de la sociedad deben asimismo mostrarse jóvenes. El joven es, en consecuencia, a la vez el ideal de ciudadano y de gobernante.

El recorrido por los discursos de la renovación muestra cómo el problema de la juventud está estrechamente ligado a las condiciones por las cuales la política puede efectivamente “renovarse”. En el marco de la Renovación peronista, se consideraba el activismo juvenil como el motor de motivación para la ciudadanía: “En esta etapa de desparticipación y escepticismo el papel de la juventud, por su misma condición, puede convertirse en rejuvenecedor y dinamizador de prácticas que transmitan una inyección de estímulo, renovación y esperanza sobre el conjunto social” (Álvarez, 1984).

La cuestión de los jóvenes y la política también se encontraba presente en el discurso del Frente Grande y el Frepaso, y al momento de la renuncia de Álvarez a la vicepresidencia el mismo hacía referencia a la importancia que tiene el desencanto de los jóvenes con la política:

“Me da mucha vergüenza que un joven de 16, 17 o 18 años sienta que la política es similar al delito, sientan que los que hacemos política y los que tenemos cargos, los tenemos para incrementar nuestro patrimonio. Me da mucha vergüenza que se siga promocionando a figuras que son las responsables de que la gente asocie la política al delito.”(Página 12, 7 de octubre de 2000)<sup>99</sup>

En este caso se ve cómo se presta atención a un sector de la ciudadanía en especial, distinguido por su edad, y luego se asocia la figura de los “jóvenes” a la “gente”, al comenzar diciendo que le da “vergüenza” que los “jóvenes” asocien la política al delito y en la siguiente oración sostener que la “gente” asocia la política al delito. Una parte –los “jóvenes”- pasa a ser la representación de la totalidad –la “gente”-, como sujeto político de la democracia.

---

<sup>99</sup> El diario *Crónica* ponía en su tapa “Me da vergüenza que los jóvenes asocien la política con el delito”. *Crónica*, 7 de octubre de 2000.

Durante la presidencia del Duhalde y ya en medio de la campaña presidencial de 2003, Hilda “Chiche” González de Duhalde anunció la realización de un “encuentro de jóvenes profesionales” en el que mil jóvenes que se desempeñasen en organizaciones no gubernamentales, entidades de bien público y religiosas, universidades y centros de estudio en general elaborarían iniciativas para ser elevadas a los precandidatos y candidatos presidenciales, empezando por Néstor Kirchner. En el marco de esta convocatoria, un allegado a Duhalde señalaba que “la señora siempre trabajó con equipos de jóvenes profesionales. Dice que la rebeldía de la juventud necesita un ámbito para expresarse en forma creativa” (*La Nación*, 17 de enero de 2003). Aquí la juventud aparece como un modo de legitimación de los representantes –que muestran que siempre trabajaron con jóvenes- y de la idea de encauzamiento de las demandas ciudadanas –en este caso de los jóvenes- a través de los canales de la representación.

En la etapa que se abre con el triunfo de Kirchner en la elección de 2003, la apelación a la juventud fue ganando paulatinamente mayor peso, hasta encontrar un momento de auge en la concentración de Plaza de Mayo por el fallecimiento de Kirchner,<sup>100</sup> en el que se destacó la presencia de la juventud. El discurso de Cristina Fernández de Kirchner pasó a partir de allí a estar más cargado de enunciaciones dirigidas a la juventud, en las que se cristaliza también la asimilación de la juventud al sujeto “trabajador” –tradicional en el peronismo-, a los “argentinos” y a la ciudadanía.

La asimilación entre “trabajadores” y “jóvenes” aparece en el discurso al definirlos como sostén y apoyo del gobierno y como sujeto al que se dirigen las políticas públicas. En el acto realizado en Plaza de Mayo por la reasunción a la presidencia, Cristina Fernández de Kirchner sostenía:

“Quiero agradecerles a todos los jóvenes de todas las agrupaciones y movimientos sociales de la patria, que han sido la verdadera vanguardia de este Gobierno en sus momentos más difíciles. Quiero también agradecerles a todos los trabajadores de la patria, porque no hay diferencia entre jóvenes y trabajadores, todos luchan por un país más justo, más libre y más igualitario. Y muchos de ustedes, gracias a este

---

<sup>100</sup> Néstor Kirchner falleció el 27 de octubre de 2010, el mismo día en que se llevó a cabo el Censo Nacional.

proyecto nacional, popular y democrático, han conseguido su primer trabajo.”<sup>101</sup>

En referencia a la misión del gobierno democrático, vuelve a destacarse la imagen del “joven” como representación de los argentinos: “Hemos cumplido con una responsabilidad histórica que es la de lograr que los jóvenes sientan a la patria como su verdadera casa y que vean a las autoridades de un país no como enemigos sino como las que protegen y ayudan a todos los argentinos.”<sup>102</sup> Al igual que en la mención de Álvarez, pero ahora en sentido positivo, la confianza restaurada entre los representantes y los jóvenes se ve como la confirmación de la restauración del vínculo con todos los representados.

En los casos locales estudiados también es compartida la apelación a la juventud y la elaboración de propuestas dirigidas especialmente hacia esta categoría etaria. Además, también se expresa lo mencionado anteriormente acerca de los jóvenes como ideal de representante –en tanto reflejo de los representados-. Un afiche de campaña de Darío Giustozzi para la intendencia de Almirante Brown dictaba, en un diseño muy juvenil: “Alte. Brown Joven. 28/10/07. El cambio que viene. Nuestras propuestas. En pocas palabras”. Y en la página de internet de la campaña, al presentar la lista de candidatos a intendente y concejales se empezaba señalando que Giustozzi tenía 43 años; luego se presentaba al candidato a primer concejal, Mariano San Pedro, refiriéndose a que “este joven dirigente de 32 años es el referente distrital del partido del Presidente Néstor Kirchner (Partido de la Victoria) y es uno de los miembros fundadores del FPV en el distrito y acompaña al primer mandatario políticamente desde el año 2002”. El segundo candidato en la lista, Mario Fuentes, era presentado como quien “con sus 27 años es el candidato más joven de la lista. Es el representante del Espacio Concertador, propuesto por el candidato a vicepresidente de la Nación, Julio Cobos y el Intendente de San Isidro Gustavo Posse.”. La candidata al tercer lugar en la lista era Ivanna Rezano, y en su presentación se sostenía que “esta joven licenciada en periodismo tiene 31 años y es uno de los cuadros políticos emergentes del distrito desde el Movimiento social

---

<sup>101</sup> Discurso en la Plaza de Mayo, 10 de diciembre de 2011.

<sup>102</sup> Acto por el 166vo. aniversario de la Vuelta de Obligado, 18 de noviembre de 2011.

Libres del Sur”. Al referirse a los candidatos a consejeros escolares, se aclara también se destacan por su “juventud” y “pluralismo”.<sup>103</sup>

El problema de la permanencia y el cambio se escenifican en esta disputa acerca de la juventud. La constante apelación a la juventud tiene que ver con la idea de trascendencia en el tiempo. La vejez, por el contrario, se relaciona con el deterioro, el paso del tiempo, la eventual desaparición. Si bien en otro momento lo joven se consideraba pasajero y la vejez estaba dotada de un connotación positiva por la experiencia, donde juventud era lo intrascendente y vejez la trascendencia, la pretensión de ser joven que se percibe cotidianamente tanto en la política como en otras esferas de actividad denota que la utopía de “ser eternamente joven” lleva a la equivalencia entre juventud y trascendencia.

El problema de la trascendencia está presente en las referencias a Kirchner luego de su fallecimiento, ya que su figura se mantiene presente *en y a través de* la juventud (en primer lugar) y otros sujetos:

“Por eso, él, yo estoy segura, él vive en cada uno de los jóvenes, él vive en cada uno de los trabajadores, él vive en cada una de las mujeres, de los estudiantes, de los docentes, de los científicos que han vuelto a creer que la construcción colectiva de la Argentina no solo es necesaria, sino que además es posible.”<sup>104</sup>

Nuevamente se establece una equivalencia entre los argentinos y los jóvenes, al mencionar que las ideas trascienden a las figuras de los líderes. Una vez más, Cristina Fernández de Kirchner sostenía: “Yo creo que estas ideas viven en la gran mayoría de los argentinos, viven en los miles y miles de jóvenes que se han vuelto a incorporar a la política, viven también en los miles y miles de argentinos, esos jóvenes maravillosos.”<sup>105</sup>

Una última dimensión a analizar alrededor de la cuestión de la juventud y la renovación es la autorrepresentación de los líderes que apelan al discurso de la renovación en tanto ellos mismos se definen como “jóvenes”. En los discursos de la renovación, la pretensión de juventud también está presente. Por ejemplo, el discurso de Kirchner se presentaba como el de una “nueva generación”: “Tenemos testimonio

---

<sup>103</sup> Esta información se encuentra disponible en la página de internet de la campaña de Giustozzi: <http://giustozziintendente.blogspot.com.ar/2007/09/se-present-la-lista-ante-la-justicia.html>.

<sup>104</sup> Discurso de plaza de mayo 10 dic 2011

<sup>105</sup> Acto por el 166º aniversario de la Vuelta de Obligado, 18 de noviembre de 2011.

de gestión y resultados, somos parte de esta nueva generación de argentinos que en forma abierta y convocante y desde la propuesta de un modelo argentino de producción, trabajo y crecimiento sustentable, llama al conjunto social para sumar, no para dividir; para avanzar y no para retroceder.”<sup>106</sup>

Se hace referencia a que lo que hace al líder joven no es su edad cronológica, ni incluso el tiempo efectivo que ha ocupado el poder, por lo cual la figura de la “juventud” en política puede construirse. Así como en la Renovación peronista había “viejos de veinte y jóvenes de ochenta”,<sup>107</sup> en el proceso electoral 2003 podía sostenerse que Kirchner era el líder de la renovación aunque ocupara una gobernación y contara con una larga experiencia política en el peronismo: “Kirchner tiene experiencia de muchos años como gobernador, pero no pertenece a lo más viejo de la política, ni tiene la costumbre de las viejas prácticas partidarias. [...] Creo que está claro que la cabeza de la renovación es la candidatura de Kirchner” (*La Nación*, 2 de febrero de 2003). Más adelante, Cristina Fernández de Kirchner, cuando lanzaba su candidatura a la senaduría del la Provincia de Buenos Aires, también sostenía que

“Antes, fue la política de los pactos dirigenciales, de las viejas dirigencias. Cuando hablo de viejas, señor Presidente, argentinos, no hablo de una cuestión cronológica, soy la que con veinte años, y miles de argentinos también, trajimos a Perón, a los 78 años, para cambiar la historia de los Argentinos. Es un problema de ideas, no cronológico, es un problema de cabeza.”<sup>108</sup>

Por último, revisando los casos de las intendencias del Conurbano, en una nota periodística realizada a los intendentes electos en 2007, se señalaba que “el promedio de edad de los entrevistados apenas supera los 45 años, con la excepción de Francisco “Barba” Gutiérrez, con “56 años y una larga carrera sindical en la UOM.” Y a continuación, se reproducían los testimonios de varios intendentes al respecto de la cuestión generacional:

“¡Barbita también es una nueva generación! Es otro tipo de renovación’, aclaró Massa, presuroso. Gutiérrez, entonces, intervino: ‘No es un problema de edad o de tiempo. Es política. Villordo es joven, pero

---

<sup>106</sup> Discurso de Néstor Kirchner ante la Asamblea Legislativa, 25 de mayo de 2003.

<sup>107</sup> Ya fue citado en el primer capítulo: (Bárbaro, en Unamuno et. al., 1984).

<sup>108</sup> Lanzamiento del Frente para la Victoria Argentina en Monumento a la bandera de la Ciudad de Rosario, 24 de agosto de 2005.

aplicaba vieja política: intolerancia, corporativismo, corrupción.””(La Nación, 4 de noviembre de 2007).

En esta cita vemos cómo la “vejez” en política no es algo directamente asible, perceptible a primera vista, sino que se construye discursivamente. Sin embargo, no es suficiente con llamarse a sí mismo “joven” o “nuevo”, ya que dicho discurso debe ser verosímil, es decir estar asentado en cierta materialidad o en modos de verificación compartidos en el espacio público, que formen parte de un “sentido común”.<sup>109</sup>

La “vejez” política, así como se vincula a la edad de los individuos que la postulan (aunque requiere una construcción), también tiene que ver con la duración en el poder. Los líderes renovadores son aquellos que buscan abatir a quienes perduran. La “vieja política” es la política que se ejerce en el gobierno. En relación a las intendencias, se percibe una construcción de “lo otro” de la renovación por la edad de los intendentes en ejercicio y por el tiempo de duración de sus mandatos. Por ejemplo, en Lanús, se trataba de un proceso de renovación porque Manuel Quindimil, a los 83 años, llevaba 24 años consecutivos al frente del Poder Ejecutivo local. En Quilmes y Almirante Brown no se trataba de la misma situación, pero también se construía la idea de dominio y duración en el tiempo de la misma política, pues si bien no hubo reelecciones de intendentes, las sucesiones siempre fueron digitadas desde el Partido Justicialista local.

Así, podemos ver cómo lo “viejo” y lo “nuevo” adoptan un sentido distinto en cada momento. La juventud y la vejez no son atributos dados. Son el fruto de la construcción –o reconstrucción- de los cuerpos y las historias. La oposición entre “nueva” y “vieja” política pasa a representarse en las personas, en los cuerpos, en un movimiento que va de la distinción en los “métodos” al la “edad” política de los líderes.

### **1.3 La nueva política contra la anti política**

---

<sup>109</sup> Hanna Arendt (2004) se refiere al “sentido común” como sentido generado en el espacio público..

Así como la renovación se define por el rechazo a lo “viejo” –a la “vieja política” y a los “viejos políticos”- también se define por lo que podríamos llamar el “rechazo de un rechazo”. En diferentes momentos de emergencia del discurso renovador éste se postuló también como opuesto a los discursos “contra la política”. Desde el retorno al régimen democrático, el proceso de “institucionalización” con vistas a una mayor especialización y remisión de la actividad política a un espacio delimitado, conllevaba a su vez un proceso de despolitización de la sociedad. Así, la recuperación democrática parecía ser, a la vez que una conquista, un llamado de atención acerca del peligro de que la democracia se convirtiera simplemente en un dispositivo institucional o un estado de lo social. Por ello, los discursos que se escenificaban como renovadores se mostraban en lucha contra la disolución de las diferencias políticas y contra el rechazo de “la política”.

Desde mediados de la década del 80’ se experimentaba también un proceso global de dilución de las identidades y fronteras políticas que habían signado la vida política global desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. La caída del Muro de Berlín y la disolución de la Unión Soviética, llevaron con ello al replanteo de cuál sería la diferencia política operante de allí en más, ya que se percibía un consenso económico y social para con la democracia liberal y la economía de mercado, y un debilitamiento de las formas tradicionales de participación política y social, sin la consecuente emergencia de formas alternativas de involucramiento en la vida política. La universalización de la democracia, por lo tanto, era considerada como implicando su propia banalización, por el debilitamiento del antagonismo entre izquierda y derecha, (Cheresky, 1999: 10). Este aparente “consenso” sobre la democracia como régimen conllevaba el cuestionamiento de la intervención del Estado en la economía y de la política en el gobierno de la sociedad.

En el caso argentino, el rechazo a la política proviene de dos fuentes diferentes: por un lado, de la disconformidad para con el faccionalismo, la autorreferencialidad y particularismo que llevaría a un creciente distanciamiento de los dirigentes respecto de los ciudadanos; por otro lado, se dirige a la intervención de la política en el campo económico, sosteniendo que la política debe remitirse a un espacio limitado de decisiones y funciones (Iazzetta, 2007: 145-146). Esta utopía “anti política” surgiría de la apelación a un estado ideal pre político en el cual se

invoca la “pureza moral” de los individuos, opuesta a la actividad política corrupta.<sup>110</sup>

En el discurso de la renovación se escenifica una oposición a la corriente “anti política”, primero en los discursos de la década del 80’, con el rechazo a la experiencia de los gobiernos militares y de la administración de la economía por sobre la política. El discurso de la Renovación peronista, que proponía extender la política más allá de una alternativa institucional, también expresaba dicha clave de diferenciación en su crítica al radicalismo. En los 90’, con la crítica al neoliberalismo y el gobierno de los tecnócratas, se instauraba un liderazgo que buscaba devolver a la distinción propiamente política el centro de la escena. Y luego de la crisis de 2001, más que nunca, se criticaba el discurso anti político que había caracterizado a la década de los 90’.

Un punto a destacar de este rechazo a la anti política es que el sentido de la anti política también se fue transformando con el tiempo. Diversos actores políticos asociaron, especialmente en la década del 90’, el discurso “anti partidos” con el discurso “anti político”, y esto es así aún hoy en ciertos ámbitos académicos y periodísticos en Argentina, así como ocurre en otros lugares del mundo. Un ejemplo de esta asociación de la “política” genuina con la existencia de partidos fuertes y la consecuente idea de que las iniciativas que no contemplaran el fortalecimiento o la revalorización de los partidos eran anti políticas es ilustrada por las reacciones de dirigentes del Frepaso al lanzamiento del Movimiento de Participación Ciudadana de Carlos “Chacho” Álvarez. En el acto de presentación de este movimiento, Álvarez sostenía: “Hay una crisis terminal de los partidos” (*Clarín*, 3 de diciembre de 2000), y por ello era preciso imaginar un sistema de representación “superador” del sistema de partidos. El Frepaso consideró esto una expresión ‘anti política’ y en paralelo un número importante de dirigentes frepasistas se reunieron convocados por el entonces senador provincial Eduardo Sigal para aprobar un documento afirmando que “no se puede hacer política renegando de los partidos políticos”. Esta asociación entre política y partidos se fue disolviendo con el tiempo, y en la etapa que se abrió con la asunción de Kirchner al gobierno la idea de “política” y “anti política” dejó de tener el fuerte acento “partidista” que había tenido en el pasado.

---

<sup>110</sup> Sobre la relación entre moralidad y política, ver Frederic (2004).

La renovación se presenta como una conversión del rechazo a la política en general en un enfrentamiento a un tipo de política en particular. Toma de la desconfianza hacia la política la crítica a los “aparatos”, el secreto, la corrupción y la distancia del ciudadano, y opone a ello la propuesta de una “nueva política”. En los 80’ el pasaje del descrédito a la política hacia la propuesta de una nueva política está en la condena al gobierno tecnocrático del régimen militar. En los 90’ la “anti” política emerge en las denuncias de corrupción y acuerdos espurios, frente a una nueva política limpia y transparente. A partir de 2001, la anti política en el cacerolazo se encuentra en echar a todos los políticos, condenados por su falta de representatividad e incumplimiento de su rol. Y mientras se intenta recuperar la política de su situación de descrédito generalizado, se rechaza una forma de hacer política.<sup>111</sup>

Por lo tanto, los representantes políticos evocan la renovación principalmente a partir de una crítica moral. Así, lo “nuevo” se asemeja a lo “limpio”, lo “puro” y lo “ético”. A la crítica moral a un tipo de política, se suma el rechazo a la “anti política”, que de ser una fuente del discurso renovador pasa a ser objeto de descrédito. La “anti política” es un mal a erradicar, sea porque borra la conflictividad constitutiva de la política, sea porque es considerada como legitimadora de un orden desigual.

La relación entre la “anti política” y la “nueva política”, como vimos, es compleja. Si bien por un lado podemos sostener que la nueva política surge de un rechazo a la política que puede resultar “anti político”, por dirigirse a los políticos, por otro lado se puede sostener que la “nueva política” es lo opuesto de la “anti política”, pues es un intento de recuperar la imagen de la política superando el descrédito de la misma. Es decir que se alimenta de los argumentos contra la política para recrear el espacio de la política legítima.

## **2. La renovación y la negatividad**

---

<sup>111</sup> Cristina Fernández de Kirchner sentenciaba “... se instaló en el país, en nuestra democracia, una suerte de democracia de receta, como yo la llamo (...) [que consistía en] la política como actividad profesional, no ya más de militancia y de compromiso, de convicciones y de ideas, de proyecto, discusión y debate, pero también de ejecución y de realización. Casi profesionales de la política, que en todo caso, discutían como repartir mejor algo, o quien había repartido mal lo otro. Se sucedían los partidos y este era el país de la receta. Acto en la Plata, 7 de julio de 2005.

## 2.1 La negatividad como rechazo

Estas formas de rechazo nos llevan a pensar que la identidad renovadora se constituye a partir de una diferencia, y que establece una descripción de “lo otro” para luego dar sentido a la propia propuesta. El desarrollo de las campañas oficialistas y opositoras en el período estudiado nos brinda pistas para entender este modo de diferenciación, en la que el rechazo a lo existente es la característica común de los discursos de la renovación. En el caso de los intendentes electos en 2007 en Quilmes, Lanús y Almirante Brown, éstos se definían en primer lugar como expresiones de rechazo hacia un modo de hacer política, un modelo caduco que había entrado en crisis en 2001 y que todavía seguía vigente inercialmente en el espacio local.

En la campaña por la intendencia de Almirante Brown, las propuestas de gobierno, tituladas “Propuestas para que empiece el cambio”, se presentaban en la forma de una “contra”:

“Contra el delito y la inseguridad RECUPERAR LAS CALLES PARA LOS VECINOS  
Contra la contaminación y el nivel de las napas AGUA CORRIENTE Y CLOACAS. ELIMINACION DE BASURALES. NO A LAS INDUSTRIAS CONTAMINANTES. MAS BARRENDEROS  
Contra la falta de respuestas del municipio y sus delegaciones MODERNIZACION Y TRANSPARENCIA  
Contra la falta de un programa de salud para todos MAS UNIDADES SANITARIAS Y MEJORES HOSPITALES  
Contra la desigualdad de oportunidades MEJORES ESCUELAS, MEJOR EDUCACION  
Contra el desorden del tránsito y el transporte público. CRUCES DE VIAS DEL FERROCARRIL. MAS ESTACIONAMIENTOS  
Contra las calles de tierra y el aislamiento de los barrios. ASFALTOS Y ACCESOS.  
Contra el déficit habitacional VIVIENDAS HOY  
Contra la crisis de valores. MAS FAMILIA, MEJOR COMUNIDAD.  
Contra el atraso y el desempleo DESARROLLO LOCAL. MAS TRABAJO  
SABEMOS LO QUE FALTA. SABEMOS COMO HACERLO  
EN BROWN, EMPIEZA EL CAMBIO”

Se ve que las propuestas no se enumeran directamente, sino que surgen de la negatividad, de la oposición a un estado de cosas. Y es interesante destacar que se

trata de “contras” de diversas características: mientras en algunos casos se trata de problemas “sociales” amplios (la inseguridad, la crisis de valores, el desempleo), otros son problemas de la administración pública (la falta de respuesta del municipio), o de la “vecindad” (el desorden del tránsito, las calles de tierra, las napas). Si bien no pueden distinguirse de manera tajante estos problemas, cabe destacar que a los problemas causados por “malas” políticas o por la inexistencia de políticas, en la campaña se propone una política específica.

Como señalan las entrevistas realizadas a los intendentes luego de asumir, ellos interpretaban que su triunfo electoral se había basado principalmente en una expresión de rechazo de la ciudadanía al orden existente. Por ejemplo, un intendente sostenía que en las elecciones de 2007

“Había un rechazo, pero el rechazo tenía un fundamento, no era un rechazo de cuestiones personales. Parte, un porcentaje, lo tenía (el rechazo). Pero el otro rechazo era a un sistema, a una forma de gobierno, a una situación de inequidad en las propuestas. Entonces lo que la gente estuvo buscando es cómo se genera el salto político en una ciudad [...], que necesita estar vinculada a un proceso de cambio, y que acá no se da. Pero no porque el intendente era antipático, sino porque lo que expresaba como política no respondía a la gente.”<sup>112</sup>

En otra de las localidades, el intendente electo argumentaba que el principal motor de la elección había sido el rechazo al intendente en funciones:

“Tal vez mi función fue ir diciéndole a la gente: -Che, este rey esta desnudo ¿eh?, mirá que no tiene los hilos de oro que dice que tiene.

*O sea que era un poco tu figura y una especie de rechazo a la gestión.*

Díaz Pérez: No fue mi figura, fue el rechazo a esto. El 75 por ciento [...] votó contra Manolo. De los que votaron, votaron contra Manolo. Descarto que los que no votaron tampoco lo querían a Manolo, sino hubieran ido a votar para apoyarlo. El 25 por ciento, que para mi criterio es el fanático peronista, el cerrado peronista, el viejo peronista, el tipo que vivió de las prebendas de Manolo.<sup>113</sup>

Al igual que en la cita anterior, una vez habiendo asumido el cargo, de intendente en Almirante Brown, Giustozzi señalaba que en las elecciones “hubo un alto grado de

---

<sup>112</sup> Entrevista a intendente, 7 de abril de 2008.

<sup>113</sup> Entrevista a intendente, 28 de marzo de 2008.

madurez cívica que implicó un rechazo a las viejas políticas” pero luego remarcó que “hay grupos minoritarios del oficialismo que no entienden que la campaña ya terminó y apelan a viejas prácticas”.<sup>114</sup> En tanto, recalcó que su triunfo en los comicios “forma parte de una renovación política necesaria para el distrito”.

La cuestión de la negatividad en el sentido de rechazo no es privativa de los discursos de la renovación, por lo que ésta sería una de las múltiples puestas en escena del ejercicio de la soberanía negativa en las sociedades democráticas de la actualidad, que son definidas por Rosanvallon como sociedades de desconfianza (Rosanvallon, 2007). En Argentina, desde hace más de una década, se estudian las transformaciones contemporáneas de la democracia bajo la hipótesis de que los líderes obtienen apoyo ciudadano no por la presentación de un programa o promesa sino porque expresan alguna forma de rechazo. Las movilizaciones masivas, así como los votos en las urnas parecen estar cada vez más guiados por la negatividad que por una propositividad. En las elecciones locales, por ejemplo, se interpretan los resultados electorales como expresiones de rechazo a quienes ocupan el poder en el mismo distrito o en otros niveles de representación, basado en las claves de diferenciación que operan en el espacio público en cada coyuntura específica. Así es como la negatividad renovadora, analizada desde esta perspectiva, aparecería como una cristalización de un modo de “unir” las particularidades en la era actual.

## **2.2 La negatividad como falta de contenido**

Otra forma en la que aparece la negatividad en el discurso renovador es la referida a la vacuidad. Si el discurso renovador se define en base a aquello de lo que se diferencia, y esta diferencia cambia a lo largo del tiempo, no puede establecerse que haya un contenido específico –un significado- ligado de manera inequívoca al significante “renovación”. Esta idea de que para constituir la identidad es preciso definir a qué se opone, aparece en los análisis de la Renovación en la década de los 80’:

“Si todo sujeto se constituye por medio de otro: distinción del otro y reconocimiento por el otro, no basta afirmar lo propio, es necesario

---

<sup>114</sup> Publicado por Info región, 8 de noviembre de 2007.

delimitar lo propio y lo ajeno. También por referencia a lo ajeno adquiere perfil lo propio (Braden o Perón, Liberación o Dependencia, Pueblo u Oligarquía, etc.). En este sentido bien se dice que no se conoce a sí mismo quien no conoce al enemigo o adversario” (Álvarez, 1984)

Lo que tienen en común los discursos renovadores analizados no es tanto su “significado” inequívoco, sino que se constituyen como opción a partir de la diferencia de lo que se encuentra dado. Esto se ve en el uso de la palabra “cambio” en los eslóganes de campaña. En la década de los 90’ se sostenía la consigna “Frente Grande. Una opción para cambiar” mientras en los años recientes la frase “Cambio es el nombre del futuro”,<sup>115</sup> fue repetida incansablemente tanto por parte del propio Kirchner como de sus aliados en el kirchnerismo.

Giustozzi, intendente de Almirante Brown señalaba por su lado que el proceso local de “hastío” llegó a su punto cúlmine en 2007, lo que dio la oportunidad a la renovación: “En el 2005 [la elección] tenía una composición de -podríamos decir- apoyo a Cristina, al gobierno nacional, con una posibilidad de cambio local. Y en el 2007 continúa el apoyo a Cristina, al gobierno nacional, se consolida el concepto de necesidad de generar una alternancia en lo local. El hastío con lo local se consolidó.”<sup>116</sup> En los tres casos, la consigna común, que se veía en los afiches de campaña, era, sin más, el “cambio”:

“Hay que simplificar la comunicación cuando es tan masivo, cuando hay tanta gente y hay poco tiempo. 650.000 habitantes... tenés meses, tenés que simplificarlo. ¿Cómo se simplifica? Hay que cambiar. Es lo primero que hay que instalar. Hay que instalar el cambio y después hay que instalar el nombre del cambio.”<sup>117</sup>

Esta idea de “cambio” –sin una referencia específica a un contenido o una propuesta– actúa como la generadora de la unidad a partir de su referencia a un “otro”.<sup>118</sup> La renovación se presenta así como una forma de diferenciación. La identidad renovadora se forma a partir de algo a lo que se opone.

---

<sup>115</sup> Discurso de Néstor Kirchner ante la Asamblea Legislativa, 25 de mayo de 2003.

<sup>116</sup> Entrevista a intendente de Almirante Brown, fecha.

<sup>117</sup> Entrevista a intendente, 7 de abril de 2008.

<sup>118</sup> El nombre de la revista “Unidos” (Por la frase “Unidos o dominados”) implicaba la discusión interna para lograr la unidad, y la campaña presidencial de Menem tenía como slogan “ahora unidos”. En la campaña presidencial de 1999, la frase “Somos más” de la Alianza también hacía referencia a unirse frente a un otro, asegurando que los que están en la oposición “son más”.

### 2.3 La negatividad de la identidad

Hay dos concepciones de diferencia que pueden tomarse para analizar el discurso de la renovación. Por un lado, podemos pensar la diferencia en política como constituyendo identidades a través de un procedimiento que consiste en ubicar lo dado en su lugar dentro de un sistema cerrado. La diferencia se concibe así como mera “topografía”, consistiendo en la asignación de posiciones en una dimensión espacial que asegura la sistematicidad del sistema, su cierre, su estática. Pero hay otra concepción de diferencia, que se refiere no sólo a las posiciones sino a la posibilidad de distinción entre lo que el sistema es y lo que éste no es, a lo que es del campo de la significación y lo que no. En el marco de esta perspectiva, las identidades se construyen a través -y no por fuera- de la diferencia. Sólo mediante la relación con el otro, la relación con lo que no se es, con la falta, el exterior constitutivo, es que el sentido “positivo” de cualquier término -y con ello su identidad- pueden ser construidos. Las identidades pueden funcionar como puntos de identificación y arraigo sólo porque tienen la capacidad de excluir, de dejar fuera, un exceso de sentido (Hall, 2000). Podemos decir aquí que la diferencia que interviene en la configuración de la identidad renovadora opera a su vez en el límite de lo que constituye a la política democrática.

En este trabajo se partirá de esta segunda perspectiva, en la que las diferencias no pueden ser fijadas definitivamente porque el sistema de significación no se encuentra cerrado, sino que su cierre es contingente, es una pretensión pero no una sutura que clausure la movilidad del sentido. La identidad de las partes dentro del sistema se encuentra en estrecha relación con la identidad del sistema en sí mismo, cuyo cierre se establece por la exclusión de una diferencia radical. Cada operación de diferenciación es a la vez la definición de las identidades particulares y del cierre precario del conjunto. La diferencia entre la “nueva” política y la “vieja” política, que se reformula a lo largo del tiempo por un juego de diferencias que no son fijas también se refiere al límite de la democracia como forma de sociedad.

Este planteo acerca de la diferencialidad concuerda con la perspectiva de Charles Tilly (2005: 7, 209), en el sentido de que las identidades se componen de cuatro elementos: un límite que separa a “mí” de “ti”, o a “nosotros” de “ellos”; un

conjunto de relaciones dentro de dichos límites; un conjunto de relaciones a través de dichos límites; un conjunto de relatos acerca del límite y sus relaciones. Así, la distinción entre lo “viejo” y lo “nuevo”, que implica un rechazo de aquello que queda por fuera de los límites de lo nuevo, implica también un autorreconocimiento de “lo nuevo” a partir de ciertas cualidades. Y tiene relevancia para la relación entre conflicto y consenso. No quiere decir que haya individuos dentro del conjunto e individuos fuera del conjunto, sino que hay significantes y modos de relacionamiento que pueden considerarse dentro o fuera de los límites establecidos, y la apelación a la renovación no simplemente da nombre a un conjunto dado, con atributos objetivos y acordados por todos, sino que es el proceso por el cual se resignifican dichos límites y con ello la comunidad política como un todo.

Tomando la conceptualización de Manuel Castells, la identidad es definida como el “proceso de construcción de sentido sobre la base de un atributo cultural, o un conjunto de atributos culturales relacionados entre sí” (Castells, 1997: 6). Las identidades se forman, según el autor, en el marco de relaciones de poder, mediante tres procesos diferentes: las “identidades legitimadas” son aquellas introducidas por las instituciones de la sociedad para extender su dominio por encima de otros actores sociales; las “identidades en resistencia” son aquellas generadas por actores que se encuentran en posiciones o condiciones devaluadas o estigmatizadas por la lógica de dominación, sobreviviendo en base a principios diferentes u opuestos a los de las instituciones de la sociedad; las identidades proyectadas se dan cuando actores sociales, sobre la base de cualquier material disponible, construyen una nueva identidad que redefine su posición en la sociedad y, al hacerlo, buscan una transformación de la estructura social en sentido global (Castells, 1997: 7-8). La clave de diferenciación entre lo “nuevo” y lo “viejo” que da lugar a la identidad “renovadora” es construida, según lo que vimos en las páginas precedentes, tanto como una identidad que legitima el orden dado, una que pone sobre la mesa una revalorización de actores subalternos y una identidad que llega a transformar el modo en que se concibe el conjunto de la sociedad. Dado que la construcción de una identidad tiene un carácter procesual y no se da de una vez para siempre, consideramos que cualquier construcción identitaria cuenta con elementos de los tres tipos a los que se refiere Castells.

Para una mejor comprensión de cómo el discurso de la renovación implica la institución de una identidad a partir de la diferencia, es útil la definición de “identidad política” de Aboy Carlés, que sostiene que ésta es:

“el conjunto de prácticas sedimentadas, configuradoras de sentido, que establecen, a través de un mismo proceso de diferenciación externa y homogeneización interna, solidaridades estables, capaces de definir, a través de unidades de nominación, orientaciones gregarias de la acción en relación a la definición de asuntos públicos. Toda identidad política se constituye y transforma en el marco de la doble dimensión de una competencia entre las alteridades que componen el sistema y de la tensión con la tradición de la propia unidad de referencia” (Aboy Carlés, 2001: 54).

Como se puede ver en la cita, según Aboy Carlés, la identidad se constituye a partir de la alteridad para con otras identidades y para con la propia identidad en sentido diacrónico. La renovación, que a partir de una diferencia constituye una unidad, también se presenta como diferente de otras y de sí misma, pues se opone por un lado a la “anti política” y por otro lado a la “vieja política”.

La identidad, tal como la concebimos a partir de la diferencia, se aleja de todo esencialismo y se caracteriza por ser relacional, contingente, posicional. Esto significa que un “momento” de identificación no es un punto de llegada, pues se transforma a lo largo del tiempo y también respecto de sí mismo. Según Arfuch el concepto psicoanalítico de identificación “da cuenta de una relación de desajuste, donde las partes no se subsumen una en otra” (Arfuch, 2002: 24). La identificación es por ello la imposibilidad de la identidad (fundirse en uno solo) así como la imposibilidad de la otredad o contradicción absolutas (ser absolutamente uno, sin necesidad de la existencia de otro para concebirse como uno). Es decir que no hay identidad por fuera de la representación, de cómo nos representamos o somos representados por otros.

Puede establecerse una distinción entre “diferencia” y “diferenciación”, y entre “identidad” de “identificación”. Mientras la diferencia y la identidad aparecen como *productos* de una operación, “diferenciación” e “identificación” se vinculan con un *proceso*. La diferenciación y la identificación implican una acción, mientras las demás son sedimentaciones y naturalizaciones de procesos de institución de

diferencias dados previamente. La idea de diferenciación e identificación da lugar a concebir un proceso inacabado, que cambia a lo largo del tiempo.

También es preciso definir a este respecto “identificación” y “subjetivación”, que según el autor de que se trate, pueden verse como el mismo proceso o como procesos contradictorios. Para Rancière, por ejemplo, la identificación implica fijación (aunque sea parcial) de sentido. La subjetivación, por el contrario, es el corrimiento de la identidad fijada, la verificación de la cuenta errónea, el surgimiento “de la parte de los que no tienen parte” (Rancière, 2007). El proceso de subjetivación es para Rancière el de la “formación de un uno que no es un yo sino la relación de un yo con otro”. En este sentido la subjetivación es distinta de la identificación. Un sujeto es alguien que no pertenece, un extraño, alguien que está en el medio. Es “un cruce de identidades que descansa en un cruce de nombres que unen el nombre de un grupo o clase al nombre de ningún grupo o ninguna clase, que unen un ser con un no-ser o con un ser-que-no-lo-es-todavía” (Rancière, 2000: 149). Esto implica que siempre habrá una identificación imposible. Los sujetos políticos emergen en la brecha entre identidades, mientras no pueden asumir ninguna de ellas. La subjetivación política nunca es simple afirmación de una identidad, siempre es al mismo tiempo el rechazo de una identidad dada por otro (Rancière, 2000: 150).

Por el contrario, Laclau considera la identificación y la subjetivación como aspectos de un mismo proceso. El sujeto –entendido como una posición- se define como la distancia entre la estructura indecible y la decisión, y con la decisión se fija el límite de la unidad, lo que define a su vez toda identidad. Así es como hay sedimentación y reactivación, la acción del sujeto es una decisión acerca de una de “las posibilidades incoadas de la estructura”. En la decisión está presente tanto el corrimiento respecto del orden dado como la fijación del sentido, la sutura, el cierre parcial de la estructura. (Laclau, 2000a). Si tomamos esta perspectiva para analizar el discurso renovador, la diferencia que constituye la identidad renovadora es política en tanto implica un corrimiento de lo dado a la vez que fija un sentido, pone a cada uno en un lugar.

Al pensar en la renovación como diferencia, hemos rastreado dos modos en los que aparece la negatividad en política, y que podrían extenderse al análisis de otros discursos que aparecen en el espacio público. Por un lado, la negatividad se encuentra presente en los discursos de la renovación, a simple vista, por las

expresiones de rechazo a ciertas prácticas, actores, etc. Y esto contribuye a pensar en las formas de *la política actual*. Por otro lado, la negatividad puede ser pensada como no-contenido, ya que las identidades se configuran a partir de lo que ellas no son y de lo que las impide ser plenamente. Negatividad, en este sentido, es la diferencia del resto de los signos y la equivalencia de todos los signos como enfrentados a un exterior constitutivo. Y este rasgo del discurso renovador no es simplemente un elemento de la política actual sino que caracteriza a *la política en la modernidad*, por lo que a partir del estudio de la “renovación” se abren posibilidades de pensar tanto la sociedad democrática moderna como las mutaciones que caracterizan el tiempo presente.

### **3. La renovación como significativo vacío**

#### **3.1 Los significantes vacíos y la política**

De acuerdo a lo visto en los apartados anteriores, la “renovación” puede ser definida como una clave de diferenciación en el espacio público, generadora de identidades parciales y que a su vez define la unidad de la sociedad democrática frente a “lo otro” de la democracia. Por su universalización y su referencia a todo lo “democrático”, parecería tratarse de una diferencia que no diferencia, que se refiere a todo y a nada al mismo tiempo. Si se concluye que el significante “renovación”, como no tiene un “significado” (contenido) determinado, se refiere a la nada, es posible pensar que *la renovación es un significativo vacío*. El significante “renovación”, de acuerdo a nuestro análisis, se va vaciando tendencialmente de su significado particular en una operación de articulación con otros significantes, convirtiéndose en un “punto nodal” que reúne diversas particularidades. Al considerar la renovación como significativo vacío entendemos la política como acción hegemónica, por lo que nos encontraríamos ante un nuevo modo de articulación hegemónica propio de la política democrática.

Recapitulando, es preciso en primer lugar definir el “significado” de la expresión “significante vacío”. Según Laclau (1996: 69)<sup>119</sup> “Un significante vacío es, en el sentido estricto del término, un significante sin significado”. Un significante sin significado no se encuentra, sin embargo, totalmente desconectado de un sistema de significación, pues tiene aún sentido llamarlo “significante”. Si lo definimos a partir de lo que este significante no es, podemos afirmar que no se trata de un significante ligado a diferentes significados en diferentes contextos, pues el significante no sería vacío sino “equivoco”, y en cada contexto la relación significante-significado se daría sin distorsiones; tampoco se trata de un significante “ambiguo”, sin fijación definitiva de sentido, pues su carácter flotante no es un atributo suficiente –aunque sí necesario– para hacer de él un significante vacío. Si pensamos en el significante “renovación”, puede argumentarse que éste no tiene un sentido definido, es decir que denota un objeto o característica particular, sino que puede considerarse “flotante”, dependiendo de cómo se encuentra articulado en el discurso político en cada coyuntura específica.

La fijación parcial y contingente de sentido actúa como condición de posibilidad de la existencia de significantes vacíos, pero hay algo más allá de ella: un significante vacío se relaciona con la imposibilidad de fijación definitiva del sentido, y hace posible la fijación parcial del sentido mediante su tendencial vaciamiento de significado, que anula las diferencias en pos de una cadena de equivalencias que da cierre al sistema de significación. La renovación no es un discurso de la pura diferencialidad, sino de la equivalencia entre diversos atributos –la “transparencia”, la “cercanía”, la “honestidad”, la “transversalidad”, la “juventud”, la “democracia”, la “igualdad” que al ampliarse en el campo de la discursividad anulan las diferencias a partir de lo que todas las diferencias tienen en común –su relación con la renovación.

Dando un paso más en la conceptualización de la renovación como significante vacío, puede establecerse que la significación (la relación entre significante y significado) es posible porque hay una imposibilidad de cierre definitivo de la estructura. Esto quiere decir que los límites de la significación –el punto más allá del cual toda significación es imposible– son al mismo tiempo la

---

<sup>119</sup> Otra definición de Aboycarlés es El significante vacío es la forma del límite entre la identidad y el acto de identificación (Aboycarlés, 2001: 52).

condición de posibilidad del sistema de significación. Cada elemento del sistema tiene una identidad por ser diferente de los otros. Simultáneamente, todas las diferencias son equivalentes por excluir algo que se encuentra fuera del sistema, el cual se cierra por dicha acción de exclusión. Entonces, si el sistema no puede tener un fundamento positivo, sino que se basa en esta exclusión, no puede significarse a sí mismo en términos de ningún significado positivo. Así, “lo que anuncia la posibilidad de un significante vacío es la pura cancelación de toda diferencia” (Laclau, 1996: 73).

En términos del análisis del discurso de la renovación, se trata de una diferencia que no produce diferencias, sino que cancela toda diferencia en pos de un nombre, que en su enunciación excluye aquello que impide el cierre de la estructura. Si todos pasan a ser “renovadores” a partir de la apelación a la renovación, la renovación se constituye en un nombre que no evoca a una particularidad sino al conjunto, a la sociedad democrática, que deja afuera aquello que no permite que la sociedad democrática sea una –una sustancia, un pueblo que no concibe nada fuera de sí mismo, una encarnación del poder- pero que al mismo tiempo le permite representarse a sí misma –por la ocupación temporaria del lugar del poder, por la que la figuración de la sociedad se actualiza permanentemente. Lo que la renovación excluye debe estar fuera del campo de la significación, fuera de la democracia, por ello ésta se constituye en significante vacío. Excluye lo indecible, lo no figurable, lo que permite a la sociedad ser democrática –pues siempre está en juego la ocupación del poder y éste no es encarnado por nadie- y lo que le impide ser totalmente democrática –la realización del gobierno del pueblo como sustancia.

Como el “ser” del sistema es inalcanzable, pues estamos frente a una falta constitutiva, la renovación es el significante que evidencia dicha falla, el hecho de que el objeto es imposible de ser representado adecuadamente. Como no puede representarse la sociedad democrática, que es un objeto nunca acabado, entonces un significante vacío -la renovación- ocupa su lugar. Puede haber significantes vacíos dentro de un campo de la significación porque todo sistema significativo está estructurado en torno a un lugar vacío –el poder- que resulta de la imposibilidad de instituir al poder como encarnado y continuar siendo una democracia.

Laclau sostiene que el vaciamiento del significante de su particularidad es la contracara de su universalización y el consecuente cierre de la estructura (lo social).

Es por ello que la lógica política alrededor del significante vacío no es otra cosa que articulación hegemónica. Entonces, la idea de que la renovación es un significante vacío nos lleva a la cuestión de la acción hegemónica, de la cual podemos distinguir dos rasgos de la misma: primero, el carácter constitutivo (o instituyente) de esta acción, pues crea relaciones sociales que no dependen de ninguna racionalidad establecida *a priori*; segundo, el carácter contingente de estas articulaciones hegemónicas, pues siempre hay un exceso de sentido y la estructura es indecidible, por lo que puede haber nuevos cierres y puntos nodales que den lugar a nuevas articulaciones. La cuestión de la *institución* y el carácter contingente de la *diferencia* será abordado aquí, poniendo especial atención en lo elaborado en el capítulo precedente y en el presente capítulo, porque establecen las bases de la noción de *discurso instituyente que revela la contingencia de la ocupación del poder y de diferenciación que opera sobre la representación de la unidad*.

### **3.2 Renovación, institución y diferencia**

Un primer intento de responder a la pregunta por el sentido de la renovación ha consistido en pensar la renovación como un *discurso instituyente que revela el proceso de institución democrático* porque la emergencia de los significantes “renovación” y “nueva política” en la escena pública, a la vez que instituyen (o re-instituyen) la legitimidad representativa, echan luz sobre la indeterminación última de la sociedad democrática, revelando la fragilidad de la ocupación del poder. Desde la perspectiva de la “institución” los discursos de la renovación pueden verse como cristalización de las transformaciones de la legitimidad democrática en Argentina en la actualidad y también hacen referencia a lo que es estable en la forma de sociedad democrática, porque el poder, que en ella deviene un “lugar vacío”, se encuentra sujeto a la renovación permanente.

La democracia moderna se caracteriza, como vimos anteriormente, por ser representativa, y esto significa no sólo que se eligen representantes sino que la sociedad democrática no puede sino ser “representada”, es decir puesta en escena, porque su sujeto, el pueblo, no es una sustancia sino una forma inorgánica, dividida, en permanente flujo. La *institución* de la forma de sociedad democrática consiste por

lo tanto en su representación. Diversos abordajes al concepto de representación han puesto el acento sea en el modo en que el representante refleja la voluntad ya constituida del pueblo o, por el contrario en cómo es el representante el que da forma a una voluntad que no existe antes de su representación.

Una dimensión de la hegemonía es que ésta precisa de la representación porque la universalidad de la comunidad sólo se puede lograr a través de la mediación de una particularidad (un significante). Si la representación fuese total Laclau sostiene que el “concepto” tendría una primacía indiscutible sobre el “nombre” (por ejemplo, la idea de pueblo por sobre el nombre del pueblo). Si el nombre (significante) está tan unido al concepto (significado) que no hay posibilidad de desplazamiento en la relación entre los dos, no podemos tener una rearticulación hegemónica.

Aquí consideramos, como lo hace Laclau (2007) que la representación consta de dos movimientos: uno que va de los representantes a los representados y que constituye una voluntad que no estaba formada, que surgiría de una particularidad y que por el acto representativo deviene una pretensión universal; el otro, que va en sentido contrario, de los representados a los representantes, pues no habría representación sin un sujeto a representar. Así, el sujeto y su representante se constituyen mutuamente, aunque en una relación en la que el polo que “representa” predomina sobre aquél “representado”.

Es clarificador describir ambos movimientos –descendente y ascendente– separadamente. A partir de la premisa de que la democracia es lo puro, y de que sólo bajo condiciones excepcionales –el gran número– debe aceptarse la representación como el mal menor, comúnmente se considera que el representante debe transmitir lo más fielmente posible la voluntad de aquellos a quienes representa. Pero la voluntad del pueblo no es una voluntad de carácter universal, sino que es siempre de un grupo sectorial, y es el representante el que la crea como compatible y hasta como sinónimo de la totalidad. El representante provee un punto de identificación que transforma un elemento particular en el reemplazo del universal.

El doble movimiento de la representación está inscripto en la idea de significante vacío: por un lado, la representación de la cadena equivalencial por el significante vacío no es una representación puramente vacía. El significante vacío es algo más que la imagen de una totalidad preexistente, es lo que constituye esa

totalidad. Esto constituye el movimiento del representante a lo representado. Por otro lado, si el significante vacío va a operar como un punto de identificación para todos los eslabones de la cadena, debe efectivamente representarlos, no puede volverse totalmente autónomo de ellos. Esto corresponde al movimiento que va de lo representado al representante.

En el discurso renovador, que es característico de la era contemporánea, esto se ve con claridad. La renovación evocada por los líderes es un significante que se liga a diversas demandas democráticas –entendidas como aquellas excluidas y no absorbidas institucionalmente-<sup>120</sup>. Todo significante y toda demanda son particulares y en el acto de representación se da una forma de generalización y universalización que borra parcialmente el elemento particular (significado) de un significante y deja sólo su nominación, lo que permite la articulación. Si en diversos discursos políticos la apelación a la renovación aparece simplemente como una figura retórica que se refiere a todo y a nada, esto no es necesariamente un problema sino la característica de la política, y este significante ha operado como un punto de “abrochadura” que establece un vínculo de representación nuevo que a su vez constituye a las partes del vínculo, caracterizado por el flujo permanente de quienes gobiernan y la borradora de las fronteras entre los representantes y representados, pues la democracia aparece como el gobierno de cualquiera por cualquiera.

Así es cómo podemos concluir que la definición de la renovación como significante vacío se liga con la concepción de *institución* referida en el capítulo anterior, pues es a partir del vaciamiento del significante que se instituye una nueva totalidad, donde un elemento particular ocupa el lugar de un universal –lo representa-. Se trata de una práctica hegemónica, en este sentido, porque instituye “lo social” como cierre precario de la estructura, en lugar de la sociedad, que es un objeto imposible.

Además de la referencia a la *institución*, una segunda definición presentada en este capítulo postula la renovación a partir de la *diferencia*. Diferencia que distingue a diversas unidades que forman parte de un sistema cerrado y al mismo tiempo se equivale con otras frente a una diferencia radical, que produce la

---

<sup>120</sup> Laclau define las demandas democráticas como aquellas que “son formuladas al sistema por alguien que ha sido excluido del mismo –es decir, que hay una dimensión igualitaria implícita en ellas; y que su propia emergencia presupone cierto tipo de exclusión o privación” (Laclau, 2007: 158).

separación entre el sistema y lo que está fuera de él, un exterior constitutivo que no puede figurarse (antagonismo). La renovación, por lo tanto, a la vez que distingue a los actores en la esfera política, reconfigura los límites de la democracia como forma de sociedad, porque no se trata simplemente de una diferencia más, sino que a partir del significante “renovación” se revela la diferencia entre lo que es y no es democrático y se revela lo que la democracia no puede ser. La renovación implica la reposición, el reemplazo, el carácter temporal y perecedero de la ocupación del poder. Todos, aquellos que se presentan como renovadores y aquellos que no lo hacen, se encuentran sujetos al cambio. Lo que genera la unidad es entonces que toda la vida política se centra en la renovación, siendo su “otro” la encarnación del poder. La imposibilidad de encarnación es lo que da sentido y a la vez fragiliza a la democracia. La encarnación es el “otro” que da la propia identidad a la democracia y que a su vez no le permite ser plenamente, pues nunca el pueblo puede constituirse en sustancia ni encarnar el poder.

Como ya adelantamos, la cualidad que hace a un elemento diferente de otro, no puede considerarse como un atributo de las cosas en sí mismas: “cada elemento del sistema se constituye como identidad sólo a partir de su relación con los otros, a partir de su inscripción en una trama de relaciones que distribuye algún orden posicional o alguna regla de las sucesiones.” (Aboy Carlés, 2005: 111). La tradición estructuralista ha construido su teoría a partir de esta base, concibiendo a la identidad como reverso de la diferencia. Pero el planteo no se agota allí, pues el “sistema” no es una entidad cerrada, sino que siempre hay un exceso de sentido. La lógica diferencial no es suficiente para definir la identidad de los entes, pues no hay una realidad suturada definitivamente. Hay una diferencia especial, que Laclau llama “antagonismo”, que permite el cierre precario de la estructura, y es la combinación de la articulación (la generación de cadenas equivalenciales) con el antagonismo, lo que se llama hegemonía.

La dimensión de la relación hegemónica más importante para nuestro argumento, es la siguiente: requiere la producción de significantes tendencialmente vacíos que, mientras mantienen la inconmensurabilidad entre lo universal y las particularidades (diferencias), permite que las últimas tomen la representación de lo primero. Algo que no corresponde a ningún concepto puede, sin embargo, tener un “nombre”. Pero como la total coincidencia de lo universal con lo particular es

imposible, siempre quedará un residuo de particularidad. Lo universal emerge entonces a partir de lo particular. En el caso de la renovación, se puede concluir que si la democracia es posible, es porque lo universal no tiene ni un cuerpo ni un contenido necesarios, por el contrario diversos grupos compiten entre sí para dar a sus particularismos, de modo temporario, un función de representación universal. Por ello es que identificamos en la renovación la emergencia de un significante que tendencialmente se vacía de su particularidad para universalizarse, es decir que *la renovación es un significante vacío que posibilita la articulación hegemónica propia de la política democrática.*

### **3.3 Un nuevo significante vacío**

La renovación, pensada como significante vacío, permite reflexionar tanto sobre lo que permanece como sobre aquello que cambia. En primer lugar, revela un rasgo de la política moderna, que es la producción permanente de significantes vacíos; por otro lado, encierra una novedad, que es la aparición de un significante vacío en particular, un nombre, aquél de la renovación. La producción de significantes vacíos es una constante desde el momento en que los hombres renuncian a todos los referentes de la certidumbre y la sociedad ya no encuentra un principio trascendente, es una sociedad sin forma. Como la sociedad democrática es un objeto imposible, toda acción política democrática en la modernidad tiene un carácter hegemónico (un intento de cierre precario de sentido), y debe revelar su propia contingencia y fragilidad, frente al peligro del “pueblo uno” y de la fragmentación destructora de la unidad de la sociedad como sociedad dividida. Como sostiene Laclau

“Si el momento ético está esencialmente vinculado a la presencia de símbolos vacíos en la comunidad, la comunidad requiere una producción constante de esos símbolos para que una vida ética sea posible. Si la comunidad, además de eso, debe ser una comunidad democrática, todo gira alrededor de la posibilidad de mantener siempre abierto y, en última instancia, indecidedo, el momento de articulación entre la particularidad del orden normativo y la universalidad del momento ético. Una absorción de este último por el primero puede solamente llevar a una unificación totalitaria o a la implosión de la comunidad a través de una proliferación

de identidades puramente particularísticas. La única sociedad democrática es aquella que muestra permanentemente la contingencia de sus propios cimientos o, en nuestros términos, que mantiene permanentemente abierta la brecha entre el momento ético y el orden normativo” (Laclau, 2000b: 92-93).

La imposibilidad de la sociedad implica la infranqueabilidad de la brecha que separa lo universal y lo particular, y la existencia de significantes vacíos revelando y a la vez cerrando precariamente dicha brecha, pues son una diferencia que se ubica en el lugar del universal inalcanzable, vaciándose de su particularidad y generando cadenas de equivalencia que subvierten las diferencias al interior del sistema. Este vaciamiento puede llevar a considerar que la referencia a la renovación resulta banal, pues parece no referirse a ningún contenido concreto. Y esto es así porque necesariamente las sociedades democráticas conviven con la banalidad, con la pretensión de la generalidad y la universalidad de las experiencias y eventos concretos (Rosanvallon, 1996: 95).

En segundo lugar, centrándonos en la novedad, ésta se encontraría en que la renovación sería un nuevo significante vacío –como ha habido otros en otros escenarios. La mención permanente a la renovación en la vida política nos revela que lo que está en juego es la propia indeterminación de la democracia, y su autoinstitución. Por un lado, el proceso de universalización de la democracia, que es relativamente reciente, también parece haber contribuido a su “banalización”, pues no aparece una alternativa que lo desafíe (Cheresky, 1999). Así la diferencia se encarna en la democracia y se postula a partir de la idea de que se irá más allá de la democracia instituida. La democracia representativa es el piso común y la diferencia política ya no tiene que ver con la ideología de derechas e izquierdas, tiene que ver por el contrario con la propia democracia. La renovación opera aquí como el nombre de la democracia. La idea de significante vacío ligada a la renovación es una reflexión sobre las chances de la universalidad. En un contexto en que la pretensión de un universal es percibida como muerta, dado que ya no se dan enfrentamientos ideológicos del tipo de derecha vs izquierda, la renovación instituye una nueva diferenciación dentro de la democracia y mantiene viva la legitimidad de las partes que apelan a ella y de la sistematicidad del sistema.

El recorte de algunos discursos alrededor de la renovación, la democracia y su otro, ilustran cómo en los discursos analizados la renovación aparece como una diferencia y al mismo tiempo como un punto de articulación que expulsa a su “otro” y al mismo tiempo revela la imposibilidad de una “sociedad democrática” constituida en una identidad sustancial.

En el discurso de la Renovación peronista, se señalaba lo siguiente:

“El hecho de que la democracia se constituya en el campo principal del debate y de la lucha política, ideológica y cultural entre el régimen y los sectores populares, determina un replanteo en las concepciones políticas que, de hecho, tiene su implicancia mayor sobre el desarticulado cuerpo del peronismo. La principal, la crisis de un modelo de conducción, pues desaparecido Perón, que lideraba dificultosamente las ‘cosas distintas’, quedaban solamente las cosas distintas, sin una instancia mayor que fuese capaz de perpetuar ese modelo histórico de dirección”.<sup>121</sup>

La cuestión de la encarnación del poder se percibe en el discurso de la transición democrática, en el debate sobre el poder encarnado por Perón –otra democracia- y lo que el “nombre” representa. El campo del enfrentamiento es que ya el nombre de Perón no actúa como un significante vacío luego de la muerte de quien porta el nombre, por lo que éste se desliga de la cadena equivalencial que lo ligaba a las demandas democráticas:

“Los más altos dirigentes justicialistas han dicho que las elecciones no las ganará ningún candidato sino que las va a ganar Perón, así como el Cid Campeador venció muerto una batalla. [...] Me pregunto, como se preguntan millones de argentinos, entonces, ¿quién va a gobernar en la Argentina? Y me lo pregunto al igual que millones de argentinos, porque todos recordamos muy bien lo que ocurrió cuando murió Perón. En ese momento, se produjo una crisis de autoridad que ocasionó grandes daños al país. [...] nadie sabía realmente quién gobernaba en verdad a la Argentina” (Álvarez, 1984).<sup>122</sup>

---

<sup>121</sup> Según Álvarez (1984), “La democracia se convierte en el campo de confrontación entre el nuevo y el viejo orden, entre la justicia y la explotación, entre la patria y la colonia, entre la liberación y la dependencia. Más aún cuando los sectores antinacionales son, precisamente, antidemocráticos. [...] Por eso la democracia pierde el rol instrumental para plantearse como el marco a partir del cual es posible desarrollar la transformación integral del sistema.”<sup>121</sup> “En torno a definir este nuevo peronismo también debemos redefinir aliados y enemigos, sabiendo que la democracia no es un valor antagónico al de Nación. Ambos, democracia y Nación, sistema y sustancia, tienen los mismos enemigos: las minorías económicas y políticas, aliadas objetivas de la estrategia de dominación externa. Por eso debemos no sólo actualizar la caracterización del enemigo, sino también el proyecto que permita vertebrar un poder nacional apto para desarticular progresivamente el sistema de poder oligárquico-imperialista.”

<sup>122</sup> Raúl Alfonsín, discurso de cierre de la campaña presidencial, 27 de octubre de 1983.

La respuesta de la Renovación se refiere justamente a la cuestión de la transparencia de la sociedad –una transparencia perdida, pero sobre la que puede argüirse que no era tal, sino que también era representada- y al debilitamiento de un significativo vacío que pasará, según nuestro argumento, a ser reemplazado por otro:

“Al preguntarnos sobre la condición de lo natural, la respuesta es sencilla. Lo natural es lo evidente. Lo que está allí. Lo transparente y tangible, lo comprobable e indiscutible. Esa era la condición de la jefatura de Perón. En radical oposición a lo natural se levanta la figura de Isabel como valor simbólico; la fuerza "política" y mágica de un apellido muy caro al sentimiento de los peronistas. [...] Entonces no estamos ante una jefatura sino frente a una herencia; el fruto privilegiado de un tronco natural. Lo que aquí se olvida es que la jefatura es ante todo una creación y una construcción en la que el pueblo constituye su fuente de legitimidad y la base de tal construcción. Porque Perón no fue el conductor natural del pueblo, sino la síntesis de la construcción de un poder que transformó la conciencia y la realidad de la Argentina. Y ocupó una posición de poder en un dispositivo que tenía la ‘obligación’ de representar efectivamente los intereses del pueblo. Por eso, y no por natural, su jefatura era indiscutible” (Álvarez, 1984).

El carácter “vacío”, “diferencial” y “negativo” del discurso renovador que describimos en este capítulo nos enfrenta con un desafío para interpretar la relación entre renovación y poder. En los discursos de la renovación que hemos analizado, hemos visto que en general los discursos de la renovación son evocados “desde afuera” -desde las oposiciones- y que la renovación parece agotarse al ejercer el poder en el gobierno. Un elemento contrastante en el recorrido histórico que hemos presentado es que a partir de 2003 el discurso de la renovación, si bien se encuentra propagado en todo el espectro político, es principalmente evocado por quienes ocupan cargos electivos en diversos niveles de gobierno. Es por ello interesante indagar el modo en que la negatividad que caracteriza a la renovación y su acento sobre la fragilidad y permanente reposición de los gobernantes es articulada por quienes ocupan el poder y buscan mantenerse en él. Por ello el tercer capítulo se interroga acerca de la cuestión del espacio y el tiempo de la renovación, estudiando el modo en que se definen los espacios/lugares/escenas (la oposición, el gobierno y el territorio) en los que el discurso de la renovación se ha editado y reeditado, manteniéndose vivo a lo largo del tiempo.

## Capítulo IV

### Renovación y poder

En los discursos de la renovación analizados, hemos visto que en general las apelaciones se realizan “desde afuera” del poder –especialmente durante las campañas- y que la renovación encuentra problemas para continuar siendo el discurso predominante una vez que los candidatos electos asumen sus cargos. Pareciera que no es posible ser “renovador” y “gobernante” al mismo tiempo. Por un lado, esto se debe a que al gobernar se pasa a formar parte de la “clase política”, de lo “viejo” y resulta inverosímil la autorrepresentación del líder como *outsider* – subalterno y externo- si éste ocupa el lugar del poder. Por otro lado, como el discurso renovador es el del rechazo y la negatividad, el que postula una diferencia, pareciera haber una contradicción con el acto de gobernar, que implica propositividad, estar sujeto al rechazo de los otros. Si bien el discurso renovador se articula con el horizonte de gobernar, y renovar es gobernar de otra manera, lo paradójico es que el gobierno se presenta como un problema para la renovación, en lugar de su realización.

Lo interesante respecto de la relación entre renovación y poder es que en cada uno de los momentos estudiados se presenta un cuadro de situación diferente: la Renovación en el seno del peronismo se agota claramente *al momento* de la elección de Menem como presidente, pues se ha cumplido su objetivo. La renovación de la política postulada por la Alianza se disuelve conflictivamente *durante* el ejercicio del gobierno, y el incumplimiento de las promesas electorales en cuanto a un nuevo modo de hacer política son determinantes primero en la fractura de la coalición gobernante y luego en la dimisión del presidente. La renovación que postula el kirchnerismo, aunque es permanentemente cuestionada, parece por el contrario reforzarse *luego* de asumir la presidencia.

El contraste entre las experiencias pasadas y el giro de este último período - por el que el discurso de la renovación se reconvierte para ser evocado *desde* y no sólo *contra* el poder- requiere detenida atención. Por ello, en el presente capítulo nos

interrogaremos, en primer lugar, acerca de las tensiones que presentan los discursos de la renovación en el ejercicio del gobierno. En segundo lugar, revisaremos la distintas estrategias para eludir dichos problemas, a saber: actuar como si el poder estuviera en otro lugar. Por último analizaremos la cuestión del “vacío” –del “significante vacío” y del poder como “lugar vacío”- y el modo en que el tiempo y el espacio político aparecen en los discursos renovadores. Lo haremos, como en los capítulos anteriores, a partir del análisis histórico y de la presentación de algunos elementos interpretativos provistos por la experiencia del trabajo de campo en los casos locales.

## **1. Tensiones**

### **1.1 La distancia**

Los líderes renovadores son distintos porque son más iguales a aquellos a los que representan. Lo que los diferencia es que están del lado de la “gente” y no de los “dirigentes” o la “clase política”. Ahora, cuando son electos, dejan de ser iguales para ser distintos, y así quedan igualados al resto de los políticos. La distancia vuelve a aparecer, el límite entre quienes se encuentran dentro y fuera vuelve a levantarse como una barrera. Es decir que mientras dura la campaña, los candidatos renovadores están del lado y cerca de la gente, y cuando son electos, pasan a estar del otro lado, en lo alto, lo que hace visible nuevamente la distancia entre gobernantes y gobernados, por lo que se incumple la promesa de eliminación de la distancia.

Esta tensión tuvo lugar de diferentes maneras a lo largo de las tres décadas de régimen democrático en Argentina. En la década de los 80, la distancia de la dirigencia respecto del pueblo peronista era percibida como la causa de la derrota electoral, y a su vez era la consecuencia de la no ocupación del poder político durante un extendido período de tiempo –la duración del proceso. Pareciera que es porque el peronismo no gobernó, que la distancia entre los dirigentes y el pueblo aumentó. La Renovación, en ese momento, se proponía hacer los cambios necesarios para alcanzar el poder nuevamente, siendo éste el lugar natural del peronismo. Puesto en estos términos, la llegada al poder no sería el momento de revelación de la

distancia ilegítima que separa a gobernantes y gobernados, sino la confirmación de que unos y otros se han acercado. El momento de asunción de la presidencia era entonces el punto de cierre de la Renovación. En el lugar del poder no habría renovación posible, no se hace la pregunta, pues la renovación es llegar al poder.

Pero la Renovación de los años 80' no se cierra allí, sino que las tensiones surgidas de este discurso y su relación con el poder se expresaron en la aparición de una nueva oposición, surgida del seno del oficialismo triunfante en las elecciones de 1989. La idea de renovación proveniente de la década de los años 80' seguía siendo portada por algunos actores más allá del triunfo presidencial, y la práctica cotidiana de la actividad gubernamental (en el Poder Ejecutivo y Legislativo) muestran estas tensiones. Aparece como incompatible la postulación de un proyecto de renovación con el ejercicio de gobierno, pues reduce el ámbito de decisión a un grupo, ejerce una separación entre los que gobiernan y los que son gobernados, establece los negociados y el secreto como una lógica propia de un ámbito, que no puede mostrarse públicamente.

Este discurso se desarrolla en los años venideros, en formación de lo que pasó a ser el Frente Grande. Y es claro cómo son escasos los intentos de postulaciones de los máximos referentes a cargos ejecutivos, ya que la prioridad estaba puesta en los cargos legislativos. El espacio en el que avanza el discurso de la renovación no era tanto el del territorio sino el de los medios de comunicación y el Congreso. Crecía la percepción de que lo legítimo era representar lo "nuevo", lo que se confirma con las campañas electorales sucesivas y con el apoyo que reciben ciertos candidatos que postulan un discurso que deja de lado ciertas consignas ligadas a las tradiciones partidarias como parte del pasado y en cambio hace cada vez mayor énfasis en que lo "nuevo" es lo "bueno".

La Alianza llegó al poder proponiendo un cambio de prácticas, el fin de una vieja forma de hacer política corrupta, alejada de la gente. En el gobierno, una vez más se percibieron las tensiones, y la dificultad para postular el discurso de la "nueva política" como opuesto a la experiencia cotidiana de la política, de la que pareciera no haber salida. Encontrarse en el ámbito de la toma de decisiones es otra vez estar distante: estar distante de la realidad de la "gente", estar distante de los valores y promesas de campaña. Significa estar en otro mundo, regido por otros códigos. Esa distancia parece imposible de ser reducida, como una brecha que separa dos

realidades desconectadas entre sí. La renuncia del entonces vicepresidente Carlos “Chacho” Álvarez implicó volver a estar afuera, salirse del mundo de la “clase política”, que no parecía dar lugar al cambio de las prácticas. El líder renovador, entonces, no podía participar del gobierno.

En los dos primeros casos es posible distinguir la emergencia y crecimiento del discurso renovador en el período en que se es oposición y su debilitamiento y desaparición en el discurso gubernamental, una vez que los así llamados “renovadores” triunfan. Esto es diferente en el caso del kirchnerismo, que no se configuró fuertemente como renovador sino hasta que es electo (especialmente por haberse tratado de una campaña corta y en la que Kirchner pareció dar una “sorpresa”), y dicho discurso fue tomando mayor importancia durante el ejercicio del poder.

Esto tiene que ver con cómo aparece o no un espacio para los políticos que están cerca de la gente, un espacio intermedio entre el poder y la desposesión, que es el de la oposición. El caso del kirchnerismo se diferencia primero porque no hubo algo como una “oposición” en los momentos de la campaña por la presidencia en 2003, porque no hubo algo así como el “poder” —o sí lo hubo, pero no en los mismos términos que antes de la crisis de 2001. Por ello es que el discurso de la renovación en el kirchnerismo se articuló desde el poder. Esto puede interpretarse primero como que la renovación puede articularse del poder porque no hay un espacio de oposición. Pero, en sentido contrario, no hay oposición porque el significante de la renovación es apropiado desde el poder.

En el kirchnerismo, lo que podría mantenerse oculto para evitar que se evidencie la distancia, es mostrado en público, en forma de promesa. Cuanto más se dice, menos se trata de un problema. Apenas asumió, Néstor Kirchner afirmó que no dejaría sus convicciones al cruzar la puerta de la Casa Rosada, que era un “hombre común con responsabilidades importantes”,<sup>123</sup> en una clara definición del espacio que separa a los que gobiernan, que ocupan el asiento de Rivadavia, de aquellos que no lo hacen. No por cruzar esa puerta pasaría a estar más lejos, sino todo lo contrario. En diversos discursos durante todo su mandato, se repite la misma consigna. Por

---

<sup>123</sup> Esta misma frase se repite en una gran cantidad de discursos de Kirchner, especialmente en su primer año de gobierno.

ejemplo, en una visita a la ciudad de Rawson, en Chubut, a un mes de asumir el cargo de presidente, Kirchner anunciaba:

“somos simplemente hombres comunes con responsabilidades importantes. Porque es cierto también que nos ha pasado a los dirigentes políticos, que cuando juramos, al otro día nos entramos a poner serios, cerramos la puerta del despacho y creemos que somos estadistas elegidos por mano y obra del espíritu divino que nos ha puesto en ese lugar. Y nos olvidamos que somos iguales que todos nuestros hermanos, lo único es que tenemos un trabajo distinto por un período de tiempo y que tenemos que responder muy bien porque si no evidentemente no se van a acordar con mucho agrado de nosotros en el futuro. [...] Muchas veces uno fue conociendo gente que al otro día tuvo un lugar más importante del que teníamos nosotros y de golpe parecía ser que se habían transformado, que cambiaron.”<sup>124</sup>

Lo que muestra esta cita es que no se trata de que la tensión entre renovación y gobierno desaparece, sino que aparece explícitamente, y que es convertida en un valor del político que la presenta en público. El kirchnerismo, haciendo expreso uso de la tensión por la distancia, que se expresa en el problema de la duración, la sucesión y la reelección, reedita esa tensión apropiándose de ella. Y en paralelo, surgen nuevos discursos renovadores en el reducido y fragmentado espacio de la oposición.

## 1.2 La vejez

Mientras la primera tensión tiene más claramente que ver con la dimensión espacial del poder (la cuestión de que el poder es un lugar distinto), un problema adicional que se evidencia con los discursos de la renovación es la alteración de la temporalidad. Lo que es “nuevo” antes de la elección, se convierte en “viejo” al día siguiente. ¿Por qué ocurre esto? Porque lo “nuevo” es asociado a contrario al poder y lo “viejo” a las relaciones de jerarquía, de mando y obediencia. Se dice que “con el tiempo, uno se vuelve conservador”: lo viejo es lo conservador, y los gobernantes quieren conservar el poder, no perderlo. El tiempo político se autonomiza y hasta afecta el tiempo de vida. Si por un lado, como vimos en el capítulo anterior, se puede

---

<sup>124</sup> Visita a Rawson, 27 de junio de 2003.

construir lo nuevo más allá de la juventud efectiva, no se puede vencer el avejentamiento característico de la ocupación del poder. Fuera del poder el tiempo no pasa nunca, mientras en el poder el tiempo pasa más rápido.

La ocupación del lugar del poder tiene que ver con el tiempo. Según el método democrático por medio del cual la ciudadanía ejerce su voluntad en el momento electoral, y luego “no delibera ni gobierna sino a través de sus representantes”, un momento –la elección- valía por todo el período. En la actualidad, la legitimidad de la elección no parece durar con la misma fuerza por todo el período, sino que está puesta en juego permanentemente. Cambiar de lugar implica paso del tiempo, porque un momento es el que define un antes y un después. Por eso, la elección separa dos tiempos (antes de ser electo y después de ser electo) y separa dos lugares (el de los que eligen y el de los que son elegidos, que son asimismo los gobernados y los gobernantes respectivamente). La elección puede concebirse entonces como un pasaje que acelera el tiempo, que cambia su ritmo, a partir del cual lo que era “nuevo” –lo que llega- deviene “viejo” –lo que está y va a irse- en un instante.

La relegitimación permanente de las decisiones a la que se encuentran sujetos los gobernantes introduce un cambio adicional en esta temporalidad. Si con cada decisión se experimenta una situación similar a la de la elección, entonces siempre aparece lo “nuevo” y también se produce un avejentamiento más veces. Entonces, todo momento a lo largo del período de gobierno se presenta como una oportunidad para presentarse como “nuevo”, como si se estuviera en campaña, pero por otro lado es el momento en el que se verifica la “vejez” que caracteriza a los que ocupan el poder, el hecho de que se encuentran en una relación jerárquica, privilegiada.

En la Renovación de la década de los 80’, la vejez era característica de un modo “viejo” de pensar y actuar. Lo “viejo” era lo que tenía que ver con mandar y ser mandado, con obedecer y ser obedecido. Si el lugar del poder era el del mando, necesariamente el que mandaba era parte de lo “viejo”. Los viejos dirigentes eran considerados los que usaban viejos métodos, y los nuevos eran los que se plegaban a la Renovación. Ahora, cuando Menem triunfó en la elección presidencial, dejó de hacer referencia a lo “nuevo”, que sería portado por otros actores. El menemismo aceptó que el poder avejenta, y aún en ese momento la vejez no era tan desvalorizada.

En el caso de la Alianza, se experimentaba una suerte de resistencia a aceptar el avejentamiento producto del poder, al mismo tiempo que se encontraba un obstáculo para redefinir la política gubernamental como caracterizada por lo “nuevo”. Esto se expresa en la coalición gubernamental, que quedó dividida entre los que postulaban la “nueva política” (los sectores frepasistas) y los restos de la “vieja política” (el “aparato” de la UCR y sus “viejos” dirigentes). Esta dicotomía entre nuevos que no pueden gobernar con sus reglas y viejos que gobiernan, pero aceptando como hecho consumado que en el poder gobierna lo viejo, se irá agudizando con el tiempo, hasta estallar con la renuncia de Álvarez. El poder, que era ocupado por uno (el presidente) que a la vez era dos (su vicepresidente, especialmente por la conformación de la coalición aliancista), fue el espacio de una derrota para lo “nuevo”, como si no pudiera transformar el poder sino sólo llegar a él y ser transformado.

En el kirchnerismo también se ve la tensión producto del paso del tiempo. Las transformaciones contemporáneas de la democracia, que conllevan el hecho de que el poder se legitime permanentemente, hacen que el poder no sea siempre el mismo lugar sino que siempre sea un lugar a ser ocupado –o desocupado-. ¿Cómo ser “nuevo” siempre aunque pase el tiempo? ¿Cómo se puede conservar el poder estando dispuesto siempre a perderlo? Este contexto ofrecía la oportunidad de recrear un discurso de campaña –portando lo nuevo- aún cuando el poder era efectivamente ocupado. Entonces, lo que parecía incompatible –lo “nuevo” en el poder- encontró nuevas formas de expresarse.<sup>125</sup>

### **1.3 La gobernabilidad**

El problema “gobernabilidad”, por un lado, se basa en los medios por los cuales una sociedad se vuelve gobernable, es decir, dispuesta a ser mandada, sin que el poder se fragilice. Entonces significa dar más poder al poder. Por otro lado, implica que para la gobernabilidad es preciso que el poder esté controlado, regulado,

---

<sup>125</sup> Cristina Fernández de Kirchner afirmaba que quería decirles “... a todos los compañeros de la patria grande también –como dijo él- que no iba a dejar las convicciones en la puerta de la Casa de Gobierno y no las dejó, y no solamente no las dejó, sino que por no dejarlas dejó la vida.” Discurso ante la Asamblea legislativa, 10 de diciembre de 2011.

sujeto a las restricciones impuestas por los derechos de los individuos, los que conforman el Estado de derecho. En las décadas recientes –especialmente desde los años 90’- los conceptos de gobernanza y gobernabilidad comenzaron a aparecer cada vez más en los discursos de los actores políticos, de los organismos internacionales y de los analistas académicos, en el marco del triunfo de la democracia liberal ligada a la economía de mercado (Grindle, 2009).

En relación al poder, la gobernabilidad puede pensarse a su vez como la conservación del poder en el tiempo y como la conservación del lugar propio del poder en la sociedad. Los discursos de la renovación dan lugar a la aparición de una tensión con respecto a la cuestión de la gobernabilidad. Primero, porque la posición legítima del líder renovador es la de la negatividad, pero no se puede gobernar desde la negatividad. Por otro lado, porque parece que para gobernar hay que hacer “vieja política”.

La Renovación peronista, entre otras cosas, criticaba al gobierno radical desde el punto de vista de su capacidad de gobernar. Ésta se presentaba entonces como una autocrítica interna a la incapacidad de ganar una elección, causada por no haber gobernado por mucho tiempo –entre otras causas- para luego ser una crítica al gobierno débil de Alfonsín, que dejaba que la economía gobernase a la política. Por lo tanto había un fuerte componente de “capacidad de gobernar” en el discurso de campaña de la Renovación. Luego, este discurso de “gobernabilidad”, dejando de lado la idea de renovación, se volvió la sola referencia de atributo positivo del gobierno de Menem. Entonces, la tensión entre renovación y gobernabilidad se resolvió a favor de la segunda alternativa, pero sin que pareciera que la disolución de la renovación era una pérdida tan grande. La Renovación fue asociada en su origen a la capacidad de gobernar, y luego al asumir el gobierno sólo quedaba la tarea de “gobernar”.

Los sectores descontentos con esta línea seguida por la presidencia y el partido en su representación legislativa, pasarían a sostener que era posible gobernar de otra manera, y que no por ser renovadores –por postular nuevas formas de gobernar que terminasen con la corrupción y la impunidad- es que se perdía capacidad de gobernar. El proyecto del Frepaso, y luego de la Alianza consistió entonces en compatibilizar las ideas de la renovación con el ejercicio efectivo del gobierno, para que la “nueva política” no fuera sólo palabras y que las prácticas

gubernamentales reflejasen este giro. Esto requería de una adaptación de los actores que formaban parte de la Alianza para ejercer el gobierno y dejar de lado su rol opositor. En una entrevista con *Página 12*, luego de la derrota en las internas por la candidatura presidencial, Álvarez se refería al futuro del Frepaso:

“-¿Cómo se consolida el Frepaso a partir de ahora? -Con buenas gestiones donde uno está. No, como piensan algunos, sólo como fiscales ideológicos o poniendo la conciencia crítica. Algunos no bancan pasar de la cultura de la oposición a la de gobierno. Piensan todavía en ser oficialismo crítico, cuando la mejor manera de crecer es gestionar bien” (*Página 12*, 6 de diciembre de 1998)

Desde la asunción al gobierno, la Alianza fue pensada como sacrificio de la renovación en pos de la gobernabilidad, pues los acuerdos se centraron especialmente en que las partes del acuerdo aportaban elementos distintos: unos aportaban popularidad y verosimilitud del proyecto de renovación; los otros sumaban su poder territorial, el control de gobiernos locales como muestra de efectiva capacidad de gobierno probada por su permanencia en el tiempo. Y una vez en el poder, no tan sorpresivamente, tanto la consigna de la renovación como la capacidad de gobierno terminaron perdiéndose. Fue el propio abandono de la “bandera” de la renovación lo que rompió el acuerdo que permitía la gobernabilidad. En el diario *La Nación*, el discurso de la renuncia fue titulado “Mi renuncia es un acto de lealtad” (*La Nación*, 7 de octubre de 2000). Lealtad puede entenderse, en el marco de este discurso, como lealtad al proyecto. Pero, por otro lado, al hacer énfasis en que se continuaría trabajando con el gobierno, dicha lealtad puede interpretarse como una que busca la lealtad del resto de los actores y del electorado para hacer posible el ejercicio del gobierno –buscando evitar que otros se fueran como él.

La campaña electoral que dejó como vencedor “accidental” a Néstor Kirchner se llevó a cabo en el marco de un giro en el modo de concebir la relación entre renovación y gobernabilidad. En un contexto de *quasi* ingobernabilidad, lo nuevo era la única alternativa para gobernar, por lo que la tensión se reconvirtió y se pasó a asociar lo “nuevo” a la capacidad de gobierno, porque todo otro poder se encontraba deslegitimado. La distinción entre el discurso de campaña y el discurso gubernamental era denunciada por Kirchner, porque quienes gobernaban pasaban a constituir –como ya había dicho Menem- “la máquina de impedir”:

“Creo que uno de los déficit más grandes que tiene la política en la Argentina es que la palabra siempre fue devaluada y cuando los dirigentes estamos en campaña somos capaces de construir ‘Alicia en el país de las maravillas’, después cuando tenemos que gobernar nos adherimos a la “máquina de impedir”; esto no se puede por aquello, que el déficit y entonces se va quebrando la moral y el espíritu de un pueblo, como el pueblo argentino, que sabe que la Argentina da.”<sup>126</sup>

Al momento de asumir, Néstor Kirchner instituyó un discurso en busca del cambio de sentido de la “governabilidad”: “Rechazamos de plano la identificación entre gobernabilidad e impunidad que algunos pretenden. Gobernabilidad no es ni puede ser sinónimo de impunidad. Gobernabilidad no es ni puede ser sinónimo de acuerdos oscuros, manipulación política de las instituciones o pactos espurios a espaldas de la sociedad.”<sup>127</sup> Se definía así lo que la gobernabilidad no era, dejando lo que la gobernabilidad es como un sentido abierto, ligado al hacer. También se negaba la asociación entre gobernabilidad y pérdida de convicciones:

“No creo en el axioma de que cuando se gobierna se cambia convicción por pragmatismo. Eso constituye en verdad un ejercicio de hipocresía y cinismo. Soñé toda mi vida que éste, nuestro país, se podía cambiar para bien. [...] Nos autolimitamos en nuestro arbitrio para terminar con la práctica extendida de gobiernos que para obtener gobernabilidad necesitan forjar tribunales adictos o caer en crípticas negociaciones.”<sup>128</sup>

El sentido de la gobernabilidad en décadas pasadas y en el presente va cambiando – también por obra de los giros del discurso renovador- y por ello también la tensión que se percibe entre capacidad de gobierno y renovación. La renovación, como discurso instituyente que devuelve el gobierno a la política, en el momento del kirchnerismo no resuelve la tensión, sino que la postula en otros términos, ya que todo parece ser decidido y nada dado de antemano. La ingovernabilidad permanece como amenaza latente a la renovación, permitiendo la toma de decisiones, porque el cuestionamiento a la autoridad es visto como parte de un humor destituyente.

En relación a las tres tensiones mencionadas –la de la distancia, la de la vejez y la de la gobernabilidad- el giro reciente en el discurso de la renovación muestra que

---

<sup>126</sup> Firma del convenio para el inicio de obras cloacales en Tandil, 11 de octubre de 1006.

<sup>127</sup> Discurso ante la asamblea legislativa, 25 de mayo de 2003.

<sup>128</sup> Acto de firma del decreto que cambia la forma de designación de los jueces, 19 de junio de 2003.

la compatibilidad entre renovación y poder se da por hacer *como si* el poder estuviera en otro lugar (Cheresky, 2009): esto sortearía las dificultades generadas por la negatividad del discurso renovador para la acción gubernamental. A continuación se analizarán tres formas en las que la fórmula del poder en otro lugar se cristaliza: la distinción del poder político de otros poderes –los verdaderos- a los que hay que denunciar y contra los que se lucha; el movimiento hacia lo local, pues siempre habría otros lugares del poder a renovar; y el desarrollo de la campaña permanente, pues el acto de relegitimación en el espacio público de los gobernantes se escenifica como una nueva elección.

## **2. El poder en otro lugar**

### **2.1 El verdadero poder**

En un acto en Lanús en 2006, Néstor Kirchner leía en voz alta los carteles del público y, como en otras ocasiones, se posicionaba en términos de un diálogo sin mediaciones con el público. En un momento, mencionó:

“En esta hermosa conversación que tenemos hoy, me dicen acá, con todas las letras, ‘no al cierre del hospital Melo’, así que querido Gobernador..., el Gobernador me acaba de afirmar que no se va a cerrar el hospital Melo, ¿seguro Gobernador?, sino hacemos una marcha a La Plata, voy yo adelante. Dijo que no.”<sup>129</sup>

Más adelante, en el mismo discurso, se dirigió al entonces intendente Manuel Quindimil, para explicarle cómo se hacía para seguir avanzando con las obras en el municipio: “Y también querido compañero, amigo Intendente, ahora, con el que tiene que trabajar usted es con ese señor ‘peladito’, que está por acá, (risas) y a él lo corre para que [se haga] en tiempo y forma la licitación y podamos ganarle a la burocracia. Así que la obra está absolutamente decidida.”<sup>130</sup> En ambos fragmentos del discurso, que son ilustrativos del modo de apelación característico de Kirchner en su presencia pública, su lugar como representante se distingue de aquél de “otro” poder: primero,

---

<sup>129</sup> Acto en Lanús, 26 de octubre de 2006.

<sup>130</sup> Acto en Lanús, 26 de octubre de 2006.

porque se posiciona como un par de los vecinos/ciudadanos frente al intendente –el que toma las decisiones-, convirtiendo una orden en una demanda y amenazando con una acción de protesta ciudadana; después, poniéndose a la par del intendente frente a la burocracia y al poder institucional, buscando “ganarle” al poder de la administración pública.

Este giro que ubica al poder en otro lado nos devuelve a la cuestión de la espacialidad, por lo que el primer modo de resolución de la tensión provocada por la distancia representativa se encuentra en la ubicación del poder ejercido por el representante de otros poderes. El giro discursivo presente en las enunciaciones públicas de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner se caracteriza entonces por disimular la distancia representativa a través de la formulación de espacios de poder ocupados por otros, que encarnarían el “verdadero poder”. Esto permite seguir postulando la negatividad, la diferencia que pone al representante, aunque esté en el poder, del lado de la “gente”. Esto mismo señala Cristina Fernández de Kirchner luego de la muerte de Kirchner, retomando la metáfora del “salmón” que nada contra la corriente.<sup>131</sup> El gobierno se postula como en constante lucha contra algo, ya no como una oposición contra un gobierno, sino como un gobierno contra aquellos que gobiernan la sociedad –los poderes no democráticos, sino fácticos.

Eso implica una distinción entre el poder político y de otro orden. No hay un poder, sino que hay “poderes”: El poder es “político”, es Ejecutivo, Legislativo, Judicial, de las corporaciones económicas, de las corporaciones mediáticas, de las corporaciones partidarias, etc. En el discurso de Kirchner, aparece permanentemente la definición del poder que él ejerce (el “poder civil”, el “poder de origen popular”, los “poderes constitucionales”, el “poder que surge del pueblo en democracia”) que se distingue de otros poderes no legítimos.<sup>132</sup>

---

<sup>131</sup> En el acto realizado en San Pedro en conmemoración del 166vo. Aniversario de Vuelta de Obligado, noviembre de 2011, Cristina Fernández de Kirchner mencionaba que “un proyecto que nacido en el año 2003 remó contra viento y marea, nadamos como los salmones contra la corriente. El otro día alguien me decía recordándolo a Kirchner: ‘él fue como un salmón’ fue contra la corriente, desovó, entregó y saben qué pasa, los salmones mueren luego de desovar y nadar contra la corriente.”

<sup>132</sup> Este enfrentamiento con “los poderosos” ya estaba presente en el discurso de campaña de la Renovación peronista: “Renovar al peronismo es también reencauzarlo en su senda, recuperar su insolencia, no claudicar frente a los poderosos, volver a sensibilizarnos en el amor a los humildes”. Buenos Aires, 21 de diciembre de 1985 (Documento fundacional de la Renovación Peronista).

Si analizamos la cronología de luchas contra estos “poderes”, es preciso destacar, a inicios del mandato presidencial de Néstor Kirchner, su primer discurso por cadena nacional, en el que solicitó al Congreso que instrumente las medidas para la renovación de miembros de la Corte Suprema (*Clarín*, 4 de junio de 2003). En referencia a esta cuestión, sostuvo durante un acto en Chubut:

“... nos dijeron que era absolutamente imposible pensar en abandonar la teoría de los pactos, que acá lo mejor era no levantar olas, que había que consensuar con el poder establecido. Y yo les puedo asegurar que consensuar con ese poder establecido, que nos llevó a los argentinos a esta situación, es estar cada día peor. O apostamos fuerte al cambio o no hay salida. Por eso cuando yo salí por cadena, que a algunos no les gustó, a explicarle al pueblo -y lo voy a hacer cada vez que sienta la necesidad de explicarle a la gente que es imprescindible que nos acompañe para dar la batalla contra intereses poderosos- lo hice con el problema de la calidad, de la situación y de las acciones que permanentemente llegaban desde la Corte Suprema de Justicia hacia los distintos gobiernos. Yo no estaba dispuesto a soportar ese tipo de extorsiones. Por eso salí y le dije al pueblo argentino lo que estaba pasando.”<sup>133</sup>

En este discurso el problema de la Corte Suprema es asociado con un poder establecido –no simplemente la institución en sí misma, sino los “intereses poderosos” que ella representaba. Seguidamente, Kirchner repite que se dirigió directamente a la ciudadanía para contarle lo que ocurría, produciendo una línea separatoria entre un polo –el de los poderes- y otro polo –en el que él y el “pueblo argentino” se encuentran juntos en la lucha. Asimismo, Kirchner “avisa” a la audiencia que va a hablarle cada vez que necesite su apoyo, pues su respaldo descansa en la ciudadanía-opinión y no en el poder establecido con el que otros gobiernos tuvieron que “consensuar”.

Otra escenificación del poder en otro lugar se ve en el enfrentamiento con el Fondo Monetario Internacional. Como cuenta retrospectivamente en uno de sus discursos. “Luego vino la otra gran decisión soberana de pagar la deuda con el Fondo Monetario Internacional, de modo tal que ya nadie pudiera ser jefe de la economía argentina, que el jefe de la economía argentina se sienta acá y por decisión del pueblo”.<sup>134</sup> El problema con Uruguay en relación a la planta papelera Botnia, nuevamente se planteó como una lucha contra otro poder, y se asimiló en el discurso

---

<sup>133</sup> Discurso en Rawson, Chubut, 27 de junio de 2003.

<sup>134</sup> Discurso frente a la Asamblea Legislativa, 10 de diciembre de 2011.

a las desavenencias con el Fondo Monetario Internacional. Nuevamente en tono de diálogo, Néstor Kirchner se dirigió al público de un acto en Mendoza, diciendo:

“... quiero aprovechar su presencia para conversar con ustedes y con los amigos que nos miran por televisión algunos temas de actualidad. Realmente hoy veía con asombro algunos titulares de importantes matutinos de la República Argentina, de mi querida República Argentina, donde dicen que la Argentina o este Gobierno que le toca representar a la Argentina, ha tenido una nueva derrota en el campo internacional respecto a la decisión del Banco Mundial de otorgar el crédito de Botnia a la República Oriental del Uruguay. [...] Yo creo que los titulares que tendrían que haber dicho esos diarios, importantes diarios, son: ‘ganaron los intereses de Botnia’. Esta es la realidad, volvieron a ganar los intereses de los países centrales. Argentinos, los que me miran acá y los que me escuchan en sus casas, ténganlo bien claro, han vuelto a ganar los intereses de Botnia y del Banco Mundial. [...] Tengámoslo absolutamente claro: acá no es que ganó la posición de un país o de otro país, ganaron los intereses de Botnia que evidentemente con toda la presión, la capacidad y la fuerza que tiene, los vuelve a imponer. Esto no se dice en ningún lado.”<sup>135</sup>

Primero, cabe destacar nuevamente el modo de apelación a la audiencia: Kirchner habla con la gente que está y con la gente que lo mira por televisión, como si no existieran mediaciones entre su figura y la opinión, poniéndose de su lado: se trata de una lucha entre los países centrales y la Argentina, y tanto Kirchner como el electorado son parte del conjunto perjudicado, por lo que los representantes son afectados como víctimas de la situación, no como responsables de ella. En segundo lugar, es importante su explicación de que no se trata de una derrota del poder político, sino de que “ganaron los intereses de los más poderosos”. Y, más adelante, en el mismo discurso asimila la situación a la del Fondo Monetario Internacional: “Lo mismo pasaba con el Fondo Monetario Internacional. Cuando discutíamos con el Fondo, siempre el Fondo tenía razón en lo que había que hacer y la Argentina cada día estaba peor y había algunos que decíamos ‘firmes contra el Fondo, no claudiquemos contra el Fondo’, hasta que nos pudimos sacar el Fondo de encima.”<sup>136</sup> En los discursos se hace en general una cronología de las batallas: se menciona el caso de la corte suprema, el caso del Fondo Monetario, sosteniendo que “nos decían que nada podía discutirse con el Fondo Monetario Internacional, que iba a ser

---

<sup>135</sup> Discurso en Mendoza, 22 de noviembre de 2006.

<sup>136</sup> Discurso en Mendoza, 22 de noviembre de 2006.

imposible lograr con nuestros acreedores públicos externos, particulares, una negociación en los términos en que se había plantado este Presidente”.<sup>137</sup>

Otro tipo de poderes también son flanco de las luchas instituidas por el discurso político. En 2005, durante la campaña para las elecciones legislativas en la Provincia de Buenos Aires, emergió nuevamente otro poder a ser combatido. Y éste “otro” poder se enmarcaba también en la historia de luchas contra los “poderes” en los discursos políticos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner, entre otros.<sup>138</sup> En plena campaña para la senaduría, Cristina Fernández de Kirchner relataba una situación que había experimentado cuando en una misa en la parroquia de los palotinos del barrio de Belgrano<sup>139</sup>:

“Un hombre, al que uno de los Palotinos asesinados había casado hace más de 40 años me dijo, con lágrimas, ‘no se dejen intimidar’. Y yo le digo a usted, Presidente, no se deje intimidar. Le quieren torcer el brazo. Pero no se lo quieren torcer porque tenga malos modales o use el saco cruzado abierto, o porque no le importe el protocolo. Le quieren torcer porque quieren volver a apropiarse de la rentabilidad de los argentinos.”<sup>140</sup>

Al referirse a un tercero en plural, los que “le quieren torcer el brazo” al presidente, se representa un “otro” que no se identifica unívocamente, sino que abre el espacio de la significación para abarcar tanto a los medios de comunicación, los actores políticos de la oposición, el sector empresario, etc. La frase “no se deje intimidar”, por otro lado, aparece repetidamente en el discurso: “Yo quiero decirle, en nombre de miles de compañeros y compañeras, de millones de ciudadanos y ciudadanas, siga adelante, no se deje intimidar, el pueblo lo va a ayudar, el pueblo lo va a apoyar, porque sabe que usted los está representando.”<sup>141</sup> Cristina Fernández de Kirchner primero mencionaba que un hombre le había dicho “no se dejen intimidar” y luego ella misma le dice a Kirchner “no se deje intimidar”. El hecho de que sean dos – Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner- y que ella se dirija a él en nombre del pueblo, como una representada, vuelve a establecer una línea divisoria que separa

---

<sup>137</sup> Lanzamiento de la candidatura de Cristina Fernández de Kirchner a senadora por la Provincia de Buenos Aires, La Plata, 7 de julio de 2007.

<sup>138</sup> Otros hablan también en los mismos términos.

<sup>139</sup> San patricio, iglesia de los palotinos.

<sup>140</sup> Lanzamiento de la candidatura de Cristina Fernández de Kirchner a senadora por la Provincia de Buenos Aires, La Plata, 7 de julio de 2007.

<sup>141</sup> Acto de Homenaje a Evita en el Club La Unión de Berazategui, 26 de Julio de 2005.

al poder de la ciudadanía, de la que también los Kirchner formarían parte, por ser portadores del mensaje popular de “no dejarse intimidar”.

La ubicación de otros poderes se relaciona también con los mensajes referidos a la desestabilización o el “clima destituyente”. Cristina Fernández de Kirchner se refería a los pactos entre el poder político y otros poderes generados a este propósito:

“Quiero hablar de algún otro pacto, que tal vez más oculto, pero no por ello menos presenciado, el pacto de desestabilización, que consiste básicamente, poco tiempo antes de las elecciones en crear ciertos climas de violencia, reaparición de viejos protagonistas, que según me he enterado por alguien, hasta eran invitados a Olivos en otras épocas. Menos mal que usted no trajo nunca personajes de esa categoría, no por lo menos mientras esté yo en Olivos, señor Presidente”.<sup>142</sup>

También en el contexto de las elecciones legislativas de 2005, se define el “poder” del PJ como otro de los antagonistas del poder presidencial. En la campaña por la senaduría de la Provincia de Buenos Aires, Cristina Fernández de Kirchner se asimila a Evita, enfrentándose al poder del “aparato” del duhaldismo, que se asimila a otros poderes como el del Fondo Monetario Internacional y algunos actores económicos:

“Siempre pienso en esta Argentina de tantas tragedias [...] ¿Dónde estaría Evita?, ¿qué haría Evita?. ¿Lo ha pensado, usted, señor Presidente, en algún momento? ¿La imagina a Evita enojada con usted o tratando de que no pelee más con el Fondo Monetario ni con nuestros acreedores, que tenga mejores modales o al contrario, pidiéndole que no se doblegue, que no se entregue, que pelee por los intereses de los argentinos? ¿Dónde la imaginan, en qué vereda, en qué lado, junto a quiénes, en qué proyectos? ¿Dónde la imagina a Evita diciéndole como cuando usted denunciaba con nombre y apellido, o mejor dicho con marca de combustible, cuando querían saquear el bolsillo de los argentinos? ¿De qué lado la imagina, tratándolo de que no se puede conducir de esta manera o apoyando esa defensa irreductible de los intereses de los trabajadores, de los consumidores, de los argentinos? ¿Dónde la imaginan a Evita, pidiendo no volver al pasado o al lado de las Madres y de las Abuelas de Plaza de Mayo? ¿Adónde la imaginan a Evita? (Aplausos) ¿Dónde estaría Evita? ¿Cómo trataría Evita a aquellos que, en nombre del peronismo, saludaron a los almirantes que derrocaron a Perón en el 55, se abrazaron con el capitán ingeniero y su emblemática hija, entregaron el patrimonio de los

---

<sup>142</sup> Lanzamiento del Frente para la Victoria Argentina en el Monumento a la Bandera de la Ciudad de Rosario, 24 de Agosto de 2005.

argentinos, les cercenaron derechos a los trabajadores? ¿Diría, como dicen algunos y comentan, ‘es sólo la interna del partido del Gobierno’ o, como Jesús, echaría a los mercaderes del Templo? Quiero saber dónde imaginan ustedes a esa Evita”<sup>143</sup>

Tomando un símbolo de la tradición peronista, la pregunta es “de qué lado” Evita se encontraría (si con el pueblo o con los viejos dirigentes), y nuevamente emerge la demanda de que “no se doblegue, que no se entregue” similar a la antes mencionada de “no se deje intimidar”, pero ahora saliendo de la boca de una Eva imaginada, una Eva traída al presente. Dirigiéndose nuevamente a “algunos intereses que no son los del pueblo” en tercera persona del plural, Cristina Fernández de Kirchner hablaba al presidente –tratándolo de Ud., como siempre lo hacía en los actos públicos-:

¿Porque sabe qué pasa, señor Presidente? Siempre es bueno demostrarles a los ciudadanos que los políticos cambian y los traicionan; siempre es bueno para algunos intereses que no son los del pueblo, hacerles creer a ese mismo pueblo que la política no sirve para nada y que los políticos siempre traicionan. Eso es lo que no nos perdonan: que no traicionemos, y no lo vamos a hacer, señor Presidente. No lo vamos a hacer.<sup>144</sup>

La división entre intereses del pueblo e intereses de los poderosos se yuxtapone con la de representados y representantes, surgiendo entonces representantes que están con los intereses del pueblo –un poder legítimo- y otros con los de los poderosos – que hacen uso de un poder cuya fuente no es la voluntad popular.

Luego de asumir la presidencia, el conflicto con los sectores del campo, que se extendió más allá de un enfrentamiento de carácter sectorial, también era escenificado como el enfrentamiento con otros poderes. En su acto público en la Plaza de los Dos Congresos, a la espera de la decisión respecto de la ley que confirmara las retenciones, Néstor Kirchner decía:

“... les pido que como me ayudaron a mí la ayuden a Cristina, que es una mujer con coraje, dispuesta a transformar la patria. ¿O ustedes creen que si Cristina hubiera querido quedar bien con ciertos sectores no lo hubiera hecho, como lo hicieron tantos dirigentes, dándose un abrazo en la oscuridad, fuera del aire libre, tratando de arreglar este conflicto de cualquier manera? Y Cristina dijo ‘No, no vine a dejar las convicciones en mi casa. Las voy a llevar hasta el final. Vine a luchar por una patria justa,

---

<sup>143</sup> Homenaje a Evita, en el Club la Unión de Berazategui, 26 de julio de 2005.

<sup>144</sup> Homenaje a Evita, en el Club la Unión de Berazategui, 26 de julio de 2005.

vine a luchar por la equidad, por la inclusión social, porque se consolide el nuevo modelo, por el nuevo tiempo, la nueva historia”.<sup>145</sup>

Seguidamente, reitera el discurso acerca del clima destituyente:

“Fíjense ustedes que cuando digo permanentemente que acá quisieron destituir al gobierno nacional y popular lo digo con la fuerza de la realidad. Hoy están mostrando todos los que actuaban en la oscuridad dónde están, cómo se movían; hoy empezaron a verse en los diarios abrazados unos con otros. Ellos eran los que estaban y los que quieren desestabilizar la patria.”<sup>146</sup>

El intento de “destituir al gobierno nacional y popular” es sinónimo de “desestabilizar la patria”. Aquellos que están del otro lado en el conflicto se enfrentan a la patria. El poder del gobierno, según el discurso, vuelve a elegir pactar con la ciudadanía en el espacio público en lugar de pactar con los poderes detrás de bambalinas. Los hitos del gobierno de Cristina de Kirchner estuvieron marcados por otras políticas que se pusieron en escena como enfrentamientos con los poderes establecidos. Es el caso de la nacionalización de los fondos de las Administradoras de Fondos de Jubilaciones y Pensiones (AFJP)<sup>147</sup>, donde se enfrentan nuevamente los intereses poderosos a los jubilados y pensionados, representados por el Estado:

“... sé que va a haber muchas presiones, de toda índole y naturaleza, porque son pocos los intereses y grandes los dividendos, y creo que los partidos populares y democráticos, aquellos que creemos en el Estado, los que hemos dado muestras concretas en el rol insustituible e irremplazable del Estado, vamos a acordar que estamos ante un cambio estructural, estratégico y de defensa de nuestros jubilados y pensionados”<sup>148</sup>

---

<sup>145</sup> Discurso de Néstor Kirchner en la Plaza de los Dos Congresos, 15 de julio de 2008. Otra frase del discurso fue “Y nosotros recordemos que el 2 de abril de 1976, como otro de los días nefastos de la historia, cuando el jefe de la banda de desenlace o de la junta de desenlace o la junta de enlace -como le dicen-, Martínez de Hoz, iniciaba el remate de la República Argentina. Por eso, con la firmeza en las convicciones, con la firmeza en las ideas... Muchos de ellos ni siquiera cambiaron los collares; son los mismos. Por eso tenemos que tenerlo absolutamente presente, y por eso nuestra clase media, que fue lamentablemente instrumentada muchas veces, tiene que darse cuenta de que nunca van a encontrar la solidaridad de los sectores de la oligarquía argentina. Sí van a encontrar la solidaridad de los trabajadores, de los intelectuales, de los estudiantes, de toda la patria entera. Por eso la Argentina hoy se encuentra acá. Yo hoy les puedo asegurar que vine a esta plaza a convocar a los argentinos en el campo nacional y popular”

<sup>146</sup> Discurso Néstor Kirchner en la Plaza de los Dos Congresos, 15 de julio de 2008.

<sup>147</sup> El 21 de octubre de 2008, la presidenta Cristina Fernández de Kirchner anunció su plan de estatizar las 10 AFJP y señaló que la creación del Sistema Integrado Previsional Argentino (SIP). El proyecto fue enviado al Congreso y aprobado el 20 de noviembre del mismo año.

<sup>148</sup> Discurso de anuncio de la creación del Sistema Integrado Previsional Argentino (SIP), 21 de octubre de 2008.

Y, aún más, en el momento de la sanción de la nueva ley de medios de comunicación.<sup>149</sup> En el discurso frente a la Asamblea Legislativa al reasumir la presidencia, Cristina Fernández de Kirchner señalaba:

“La distribución de la palabra, a través de la Ley de Servicios de Medios Audiovisuales, fue una distribución construida colectivamente con coraje, con valentía, con el acompañamiento de grandes sectores de nuestra sociedad y también de otras fuerzas de este Parlamento que no son oficialistas. [...] Y digo coraje, porque se debió enfrentar un formidable, tal vez, el más formidable aparato mediático en épocas, donde todos los sabemos, si no aparecés en la televisión o en el diario, no existís. Y tomar una decisión de levantar la mano frente a esas amenazas, bien vale que esta Presidenta reconozca, a propios y ajenos, el esfuerzo de esos legisladores que no se fueron, aunque estaban sometidos a presiones, y votaron con convicción.”<sup>150</sup>

El poder político parece así desposeído frente al “más formidable aparato mediático en épocas”, que cuenta con la capacidad de dotar de existencia a los políticos por su aparición “por medio” de los medios. Y la idea del poder en otro lugar se destaca nuevamente en su discurso al referirse a “a quién representa” la figura presidencial: “... soportar cinco corridas cambiarias que las corporaciones hicieron creyendo que este Gobierno iba a ceder. Que se den por notificados: yo no soy la Presidenta de las corporaciones. Soy la Presidenta de los 40 millones de argentinos”.<sup>151</sup> Una primera forma en la que no se elude sino que se explota la tensión entre renovación y poderes, entonces, la del desplazamiento de las nociones ligadas al poder (la distancia) a otros poderes, que se construyen como el adversario del poder legítimo, que sólo “puede” en tanto es el “poder del pueblo”.

## 2.2 El movimiento hacia lo local

---

<sup>149</sup> La Ley 26.522 de Servicios de Comunicación Audiovisual fue aprobada por el Congreso 9 de octubre de 2009 y promulgada por decreto presidencial el 10 de octubre de 2009. Reemplazó a la Ley de Radiodifusión 22.285, que había sido promulgada en 1980.

<sup>150</sup> Discurso frente a la asamblea legislativa, 10 de diciembre de 2011.

<sup>151</sup> Discurso frente a la asamblea legislativa, 10 de diciembre de 2011.

Otro modo en el que el poder se presenta como en otro lugar se vincula con el movimiento hacia lo local,<sup>152</sup> que caracteriza la reproducción del discurso renovador a lo largo del tiempo. Si bien se ocupa el lugar del poder al ganar una elección, hay otros –múltiples- lugares del poder político a ser ocupados, y la renovación se postula entonces como la emergencia de lo nuevo en los nuevos espacios territoriales –que son productos de la “ficción” federal- en los que el poder se encuentra ocupado por lo “viejo”. Este giro discursivo tiene que ver entonces con el tiempo y el espacio, ya que en cada momento electoral se escenifica un nuevo lugar para que se efectiviza la renovación. En este caso, el discurso se transforma para hacer “como si” el espacio municipal fuera aquél que es preciso renovar, en un movimiento progresivo e indefinido, desde lo nacional a lo local.

La renovación en el espacio local tiene dos sentidos: por un lado, se trata de renovar frente a la “anti política”; por otro, renovar es el cambio frente a la “vieja política”. Las diferencias mencionadas en el capítulo anterior encuentran una escenificación específica en los municipios del Conurbano, primero como espacio privilegiado en el que “hacer política” en oposición a la idea de que la administración municipal se asemeja al espacio liberado de la “política” entendida como politiquería, es el espacio de la reproducción de la vida, del “alumbrado, barrido y limpieza”; segundo, porque es el lugar donde se encuentran los resquicios de las “prácticas clientelares” que es preciso cambiar, de los modos de la política no democrática.

En cada campaña electoral que sucedió al 2003, la cuestión de la “renovación” vuelve a postularse desde el lugar de quienes fueron electos y buscan la reelección o buscan sumar apoyos en el ámbito legislativo o local. En 2005, la renovación pasa de ser postulada en el espacio nacional para establecerse en el territorio de la Provincia de Buenos Aires, sede de la “vieja política”, personificada por Duhalde y el “aparato” del PJ. En el discurso se produce un movimiento que va de lo nacional a lo local y de lo local a lo nacional, en la escenificación de que lo que está en juego en la elección es el avance de la renovación:

“Se trata de algo más que una provincia. Se trata de Argentina. se trata de algo más que de un partido. No es cuestión de un hombre, o dos o tres, por

---

<sup>152</sup> Consultar también Grindle (2009).

más voluntariosos y convincentes, se trata de hacerle comprender a algunos que los Argentinos han decidido cumplir la mayoría de edad, que no quieren más tutelaje, que quieren que quien sea Presidente, sea Presidente, que quien es Gobernador, sea Gobernador. Porque está en el ejercicio democrático de ellos la voluntad del cambio. Por eso, con toda la fuerza, la convicción, con la que siempre he defendido lo que pienso, ese modelo de país por el que tanto luchamos. 29 años, y a usted lo encuentra Presidente de la República, y a mí, junto a millones argentinos tratando, no de defenderlo a usted, se defiende bastante bien solo, sino defendiéndonos a nosotros mismos porque la sociedad va a votar en defensa propia. Ni siquiera de un hombre o de un partido, en defensa de un país, de este proyecto de país que está comenzando a crecer, a afirmarse. Que quiere, de una vez por todas, reconquistar el tiempo perdido, superar las antinomias y construir un partido en serio.”<sup>153</sup>

El escenario local es, a partir del discurso, el ámbito donde se juega la continuidad del cambio nacional. Por otro lado, es la provincia lo que hay que renovar, para que allí también se dé el cambio:

“La Provincia de Buenos Aires va a volver a ser punta de lanza en los procesos de cambio. [...] a esa Provincia de Buenos Aires es a la que quiero representar, punta de lanza en el proceso de cambio, punta de lanza de la Nación , y volver a ser con el resto de las hermanas provincias Argentinas, una gloriosa Nación que merece ser vivida”.<sup>154</sup>

El movimiento hacia lo local se ve claramente en la campaña electoral de 2007 en la que Cristina Fernández de Kirchner se candidateaba para suceder a Néstor Kirchner en la presidencia. En los casos estudiados, el relato de los diferentes lugares que se fueron renovando –la Nación, la provincia, y ahora los municipios- genera una percepción de que la renovación se encuentra en flujo continuo.

Los eslóganes de campaña en las tres intendencias señalan la relación entre el “cambio” nacional y el “cambio” local, como sucediéndose en el tiempo. en Quilmes, la consigna “por un Quilmes en serio”, que muestra el pasaje de lo nacional a lo local, pues es la misma consigna de la campaña de Kirchner en 2003. Giustozzi, en la campaña para la intendencia de Almirante Brown, se presenta en los afiches con el lema “En Brown, ahora empieza el cambio”, que implica que el cambio que se viene llevando adelante en otros espacios “ahora” llega al distrito. En Lanús, los

---

<sup>153</sup> Cristina Fernández de Kirchner, La Plata, 7 de julio de 2005.

<sup>154</sup> Lanzamiento del Frente para la Victoria Argentina en el Monumento a la Bandera de la Ciudad de Rosario, 24 de Agosto de 2005.

afiches con la imagen de Cristina Fernández de Kirchner y Darío Díaz Pérez, en ese momento candidato a intendente, eran acompañados de la frase “Llega el cambio, llega Darío”. En los tres casos aparece en pocas palabras expresada la llegada de lo “nuevo” en forma de un “cambio”, por lo que la cuestión del tiempo (ahora, después de haber producido la renovación en otros espacios) y del espacio (llega a un lugar que no había sido tocado por la renovación postulada por el kirchnerismo nacionalmente) son centrales en este movimiento hacia lo local por medio del cual se “actualiza” la renovación.

En su discurso de asunción a la intendencia de Quilmes, Gutiérrez señalaba el pasaje de la crisis de 2001 al momento de la elección de 2007:

“Los dirigentes tuvimos que replantearnos el modo de relacionarnos con el pueblo para recuperar la credibilidad que hace legítimo al Estado. Porque sin esa confianza, el Estado carece de fuerza para mediar a favor de los que más lo necesitan. El gobierno del presidente Kirchner recuperó parte de esa confianza perdida. Sin embargo, durante este tiempo, Quilmes ha ido a contramano del proyecto nacional. Y no sólo no se ha hecho nada por reconstruir el vínculo entre el intendente y los vecinos sino que se ha pretendido imponer un pensamiento único que sólo ha acrecentado las diferencias. Hoy, cuando deberíamos estar discutiendo las formas y las herramientas para profundizar los lazos institucionales, el pueblo de Quilmes sigue reclamando lo mismo que en el 2001, cuando el país se incendiaba y la sociedad argentina estuvo a paso de desintegrarse.”<sup>155</sup>

Lo que se percibe es un desacompasamiento de las transformaciones nacionales en el nivel local, una desconexión entre el “cambio” en un territorio ficcional (el país) y la “continuidad” de las viejas políticas en otro territorio (el municipio). Los tres intendentes electos de los distritos estudiados planteaban la necesidad de llevar el proyecto de renovación nacional al ámbito local:

“Bueno, me parece que en el 2003 se da un cambio en la cuestión económica y esto arrastra a la situación política, y lo político lleva además a interpretar la necesidad de un cambio económico, de un modelo productivo, de acumulación, de lo que se está desarrollando hoy. Ahora, 2003... 2008... 2007... es evidente que eso avanzó en todos los lugares y esto además genera también que la gente expresa más libertad, participa más, se moviliza más, discute más, proyecta más, etc. Pero esa cosa que la gente visualiza a nivel nación, digamos, Kirchner ahí, hoy con Cristina, no se traduce en todos los lugares igual. Para abajo no es tan así. Hay lugares

---

<sup>155</sup> Discurso de Asunción a la intendencia de Quilmes, 11 de diciembre de 2007.

donde se dio una lucha por las condiciones del cambio pero el cambio no se dio en lo político. Se comenzó a ver en lo económico, la gente lo ve, pero en el lugar donde estás sentado, en el caso de Quilmes, la política era más conservadora, o tan conservadora, o tan reaccionaria como antes de 2001. El caso se expresó localmente, ¿no?”<sup>156</sup>

Como mencionamos anteriormente, la renovación nacional se reproduce a partir de su desplazamiento al ámbito local, y al mismo tiempo las candidaturas locales se legitiman por su relación con el proceso de cambio que se dio a nivel nacional a partir de 2003. Lo que hace a unos y otros renovadores, es entonces, que en cada uno se expresa lo que ocurre en el otro espacio. Así es como “renovador” se llama a aquél que mejor expresa la política nacional, y la política nacional es “renovadora” porque fomenta el “cambio” en otros espacios de poder político.

### **2.3 La campaña permanente**

En un discurso en el que se refería a los pactos “buenos” y “malos” de la política en la historia argentina reciente, Cristina Fernández de Kirchner, sostenía que

“Hay un nuevo pacto: el que usted firmó con el Pueblo el 25 de mayo del 2003, ese pacto que honró en las negociaciones de la deuda externa, ese pacto que honró en las negociaciones con las privatizadas, por primera vez con control parlamentario en toda la historia; ese pacto que honra todos los días cuando afirma que no va a dejar sus convicciones en la puerta de la Casa de Gobierno. Este pacto con el Pueblo es lo que le molesta a la vieja dirigencia.”<sup>157</sup>

En un discurso de campaña –por el lanzamiento del Frente para la Victoria a nivel nacional, en el marco de la presentación de su candidatura a senadora nacional– Cristina Fernández de Kirchner muestra cómo la elección de 2003 es un pacto entre el electorado y el presidente que se reedita en cada coyuntura específica, que hace las veces de una nueva elección. Este giro en el discurso, que podríamos llamar de “campaña permanente” tiene que ver en primer lugar con la cuestión de la

---

<sup>156</sup> Entrevista a intendente, 27 de febrero de 2008.

<sup>157</sup> Lanzamiento del Frente para la Victoria Argentina en el Monumento a la Bandera de la Ciudad de Rosario, 24 de Agosto de 2005.

governabilidad a la que habíamos hecho referencia en el apartado en que se enumeraban las tensiones entre renovación y poder. Esto porque la escenificación de una nueva elección en cada momento de decisión del representante le permite presentarse a sí mismo como lo nuevo por el hecho de decidir, de instituir algo que antes no existía, y al mismo tiempo es sinónimo de gobernar, de imponer una decisión con autoridad. Por otro lado, esta relegitimación permanente, en la que se actúa como si no se estuviera completamente en el poder –por estar sujeto al escrutinio de la opinión y por ser insuficiente, aunque no irrelevante, la legitimidad de origen del gobierno- se vincula con las transformaciones contemporáneas de la democracia a las que habíamos hecho referencia al mencionar los argumentos presentados por Rosanvallon (2007, 2009) que estudia especialmente el caso francés y de Cheresky (año) que analiza específicamente el caso argentino. Así es como los momentos de decisión son momentos de elección.

Lo interesante de la idea de “campana permanente” es que, por un lado, en cada momento de acción gubernamental organiza una puesta en escena donde aparecen unos contra otros, donde se busca la legitimación de la opinión. Por otro lado, en los discursos gubernamentales se hace referencia explícita a que no se está en campana permanente, realizando por ello una campana en la que se opone a los que “hacen” –que “hablan” de aquello que “hacen”- de a los que “hablan” –que “hacen” campana hablando. El discurso que condena la campana permanente es, en consecuencia, un discurso de campana permanente. Por ejemplo, en 2006, Kirchner sostenía en un acto en que inauguraba viviendas en La Plata que

“... Un país no puede vivir de campana en campana, cuando llega la hora de las elecciones allí vamos, con toda nuestra fuerza, nuestra voluntad y nuestras convicciones. Pero ahora no nos van a sacar del camino, no voy a entrar en disquisiciones electorales, mi tarea es trabajar por el pueblo, para el pueblo, gobernar, gobernar y gobernar. Los que tienen tiempo, si quieren hacer campana en la democracia es amplio y lo permite todo, pero nosotros, los hombres de Gobierno, querido intendente, querido gobernador y todos los hombres y mujeres que tienen responsabilidades en este país, tenemos que hacer nuestro aporte generoso, responsable, serio a la gobernabilidad, a gobernar todos los días que esto es lo que necesita la Argentina y esto es lo que están esperando todos para que esta Argentina siga creciendo.”<sup>158</sup>

---

<sup>158</sup> Acto de inauguración de viviendas en barrios de la Ciudad de La Plata, 28 de junio de 2006.

En el discurso de Kirchner aparece numerosas veces la cuestión de la campaña, a la que se le resta importancia en comparación con la acción gubernamental –que también es parte de la campaña para ser revalidado por el voto. Sostiene que “... hoy hay algunos que tienen iniciativas políticas, mañana tienen otros, eso pasa en los municipios, en las provincias en el gobierno nacional, eso lo decide la gente, falta mucho tiempo para las elecciones.”<sup>159</sup> Y se dirige a los que están haciendo campaña pidiendo que le permitan gobernar: “En serio, lo que aquí estamos haciendo llega a todo el país y que nos mira por televisión, déjenme gobernar, en serio. ¡Falta tanto tiempo para las elecciones y hay tantos argentinos que nos necesitan!”<sup>160</sup>

Nuevamente, dirigiéndose a la audiencia presente y a los televidentes, menciona que cuando deje la presidencia buscará haber alcanzado el objetivo de “salir del infierno”<sup>161</sup> y pide a los dirigentes que dejen de lado la cuestión de las candidaturas y que “trabajen.”

“Quiero decirles a todos los dirigentes de este país que estás son horas de trabajo, de esfuerzo; las discusión de las candidaturas es para el año que viene. A trabajar, eso es lo que necesita el pueblo argentino. Nuestro pueblo va a decidir el año que viene sabiamente, como decide siempre, y todos los argentinos deberemos acatar la decisión como corresponde.”<sup>162</sup>

Como hemos visto, la renovación postula un problema para el ejercicio del gobierno, porque al ocuparse el lugar del poder parece agotarse la fuente de la cual la renovación recibe su legitimidad –estar contra el poder, fragilizar el poder, relevar la inestabilidad de la ocupación del poder. Este problema, como mencionamos anteriormente, se presenta en diferentes variantes en la historia reciente argentina, sea porque el discurso de la renovación se ha evocado sólo durante campañas, sea porque el sostenimiento del discurso de la renovación parecía incompatible con la

---

<sup>159</sup> Acto de inauguración de viviendas en barrios de la Ciudad de La Plata, 28 de junio de 2006.

<sup>160</sup> Acto de firma de convenio marco para la concreción de la obra “Pavimentos Urbanos” en los municipios de la Provincia de Córdoba, 16 de mayo de 2006.

<sup>161</sup> “... espero que el 10 de diciembre del 2007, cuando termine mi mandato, le podamos decir al pueblo que estamos llegando al purgatorio, que estamos saliendo del infierno, y que en la Argentina nace con fuerza, paulatinamente, una transición hacia la construcción de nuevas expectativas, de nuevos dirigentes, de nuevas realidades. Esto es muy importante, porque también es muy penoso que lo que pueda haber como alternativa sea nada más que la síntesis del pasado. Porque cuando lo que trata de ser alternativa es índice del pasado, es volver para atrás, y ya sabemos lo que nos pasa a los argentinos cuando volvemos para atrás.” 27 de junio de 2006, Acto de firma de convenios de inclusión jubilatoria con intendentes de la Provincia de Buenos Aires.

<sup>162</sup> Acto en Moreno, 9 de noviembre de 2006.

“governabilidad”. Llamativamente, en el último período que se abre con la elección de Néstor Kirchner a la presidencia en 2003, renovación y poder reforzarse mutuamente. Este cambio se da a partir de un giro discursivo que implica *hacer “como si” el poder estuviera en otro lugar*. Este giro ha tomado diferentes formas en el período 2003-2011: la ubicación del poder en lo “corporativo”, al cual el poder político se opone; el movimiento hacia nuevos espacios, entre los cuales lo “local” emerge como nueva sede de la “nueva política”; la escenificación de la actividad de gobierno como una forma campaña permanente, como si el poder nunca fuera efectivamente ocupado porque se relegitima permanentemente en el espacio público.

### **3. Renovación, tiempo y espacio**

#### **3.1 El “vacío”**

Como mencionamos anteriormente, el discurso de la renovación se hace cada vez más preponderante en lo que podríamos llamar el espacio de la competencia por el liderazgo político. Pero la apelación a la renovación, como habíamos señalado, presenta una paradoja: para ocupar el poder, se hace hincapié en la artificialidad, perennidad y fragilidad que caracterizan a dicha ocupación. Así es como algo que podría considerarse una debilidad del poder en la democracia –su carácter indeterminado y frágil- deviene una fortaleza política y, en sentido contrario, lo que hace fuerte a un candidato en la competencia –su autorrepresentación como nuevo, joven, renovador, *outsider*- lo debilita al ocupar el poder –porque su cambio de lugar lo convierte en parte de lo “viejo” que es preciso renovar.

Esta paradoja de la relación entre renovación y poder ya fue esbozada en los capítulos anteriores, en los que nos referimos a la cuestión del “vacío”: primero, porque los discursos de la renovación revelan a la democracia como una forma de sociedad en la que el poder se figura como “lugar vacío”; segundo, porque la renovación es definida como un “significante vacío”, una particularidad que se pone en el lugar de la totalidad fallida, que la representa y con ello crea una unidad frágil a partir del cierre de la estructura por la simultánea exclusión de un exterior constitutivo (un antagonismo). Dicho cierre, operado por el tendencial vaciamiento

del significante que deviene un punto nodal para la extensión de cadenas de equivalencia, implica la “represión” de otras alternativas de articulación, y por lo tanto toda decisión de cierre es a su vez una relación de poder (Laclau, 2000a: 47).

Esta idea de vacuidad se encuentra también presente en los argumentos presentados en este capítulo. Si tomamos el concepto de “lugar vacío”, esta definición implica la ocupación “temporal” de un “espacio”. En consecuencia, son las categorías de tiempo y espacio las producen el “vacío”. Por otra parte, el concepto de “significante vacío” tiene que ver con la imposibilidad de fijación definitiva del sentido, por lo que allí aparecen la temporalidad –visto en el carácter flotante de todo significante- y la espacialidad –pues no hay forma de figurarse la totalidad sino a partir de una particularidad, algo localizable que cambia de lugar. Si por un lado hay una “fijación”, esta siempre es “parcial”, y esto se debe a su cambio en el tiempo y en el lugar donde se ubica.

Las tensiones y los giros discursivos analizados en este capítulo se refieren al “tiempo” y el “espacio” como categorías dadas o como construcciones, por ello es que la cuestión del “vacío” resulta central en el análisis de la relación entre renovación y poder. Si bien es cierto que toda fuerza política o proyecto está sujeto a la perennidad, lo que hace interesante al caso de la renovación es que evidencia los problemas alrededor de la ocupación de un lugar que se figura como constitutivamente “vacío”. Estos problemas, que describimos a lo largo del presente capítulo, son: primero, que la distancia entre representantes y representados se vuelve a hacer presente luego de la elección, por lo que el espacio se representa como partido en dos; segundo, que lo “nuevo” deviene “viejo” instantáneamente al pasar al poder, como si ocupar un espacio –el del poder político- alterara el ritmo del tiempo; tercero, porque gobernar implica que un cuerpo esté en el poder, por lo que no puede darse lugar permanentemente a la negatividad, ya que implica respeto de jerarquías, dar órdenes, ser obedecido. Partiendo de estas tensiones, el giro reciente en el discurso político de la renovación parecería operar justamente sobre la dimensión temporal y espacial del poder –sobre la definición de ese lugar vacío- mediante la definición de uno o más lugares del poder y de uno o más tiempos en los que la renovación tiene lugar.

Si lo social se caracteriza por ser instituido políticamente, es decir que todo orden es contingente, entonces las dimensiones de tiempo y espacio –que son parte

de la constitución de una forma de sociedad determinada, con sus particiones, lugares y ritmos- no pueden considerarse exentas de este proceso de institución. Lo que en principio valdría para todo discurso político en su sentido instituyente –la configuración de un tiempo y espacio propios, de un relato de lo que fue, lo que es y lo que será, de una representación de la “realidad”- es especialmente apropiado para definir a los discursos de la renovación, pues estos construyen caracteres de “novedad”, “juventud”, “vejez”, de quienes están “dentro” y “fuera” (los *outsiders*), dando forma de manera permanente al fluir del tiempo y las relaciones del espacio.

Es por ello que el giro en el discurso renovador para hablar desde el lugar del poder muestra que la renovación da un nuevo sentido al “vacío”. Primero, porque si bien los gobernantes ocupan el lugar del poder –lo llenan-, expanden dicho espacio para con sus cuerpos “representar” a la totalidad de la sociedad democrática, y a la vez figuran de manera simbólica otros poderes “llenos”, “encarnados” (los corporativos) que por contraste definen al poder político como uno frágil, sujeto al cambio permanente. Segundo, porque el lugar del poder se particiona imaginariamente en porciones territoriales, y no es uno sino muchos, por lo que la renovación está en mostrar que el poder es un lugar vacío en cada una de esas instancias, creando al mismo tiempo dicha representación. Tercero, porque la permanencia en el gobierno se soslaya con la permanente campaña, siempre como si el poder no estuviera ocupado hoy por la anticipación de no estar ocupado mañana.

Puede sostenerse con razón que la alteración del tiempo y el espacio es un elemento común a todo discurso, pero lo que trae de “nuevo” la renovación es que son las categorías de tiempo (la “juventud” y la “vejez”, lo “nuevo” y lo “viejo”) y de espacio (la separación entre representantes y representados, el aumento o reducción de la distancia) las que tienen un rol preponderante en la diferenciación política y en el mantenimiento de la unidad de la sociedad democrática – constitutivamente dividida-. Por ello es que *el discurso de la renovación pone en escena la reconfiguración permanente del sentido espacio-temporal del poder como “lugar vacío”*.

### **3.2 “Nuevo tiempo” y nacimiento**

Los discursos de la renovación muestran que el tiempo no va al paso mecánico de las horas y los días, sino que es instituido. También muestran que el espacio público y el espacio propio de la “política” no son dados naturalmente sino que se expanden, se contraen y se yuxtaponen de acuerdo al sentido que se construye a la vista de todos. Sin embargo, esto no puede llevar a concluir que las dimensiones de tiempo y espacio son producidas por el discurso de la renovación, sino simplemente que en él se revela la contingencia de las categorías espacio-temporales que dictan el mundo de la política. Es decir que la renovación no se presenta como un discurso que “todo lo puede”, sino como aquél que opera sobre las nociones de tiempo y espacio que preexisten, las hace presentes en su discurso, cambiando y mostrando el tiempo y el espacio a la vez como productos de lo político y como condiciones de la política.

Del lado de la alteración de la temporalidad y del espacio, en el discurso de la renovación podemos encontrar numerosas referencias a la creación de un “nuevo tiempo”, de un “antes y un después”, de “un nuevo futuro”, de un “nuevo país”, de una “nueva Argentina”, de una “nueva Latinoamérica”, de un “nuevo mundo”. Por ejemplo, en un discurso de Kirchner junto a Evo Morales, el primero sostiene:

“Quiero agradecer al hermano, al compañero con quien hemos compartido horas de sueños, pasiones y sentimientos por una nueva Latinoamérica y por la reconstrucción de nuestras patrias, al compañero Presidente de todos los bolivianos, querido amigo Evo Morales; al señor Vicepresidente, amigo y compañero García Linera, que va poniendo su lealtad, su esfuerzo y su capacidad en la construcción de este nuevo tiempo en el cual todos estamos empeñados en trabajar y construir. [...] No desmayen ante las primeras trabas, mucha fuerza, mucho coraje, mucha pasión y mucha decisión por la construcción de un nuevo tiempo.”<sup>163</sup>

Más adelante, en un discurso por la inauguración de un hotel del sindicato de camioneros, Kirchner reiteraba su idea de creación de un “nuevo tiempo”:

“Hay que construir el nuevo tiempo que es el que debemos llevar adelante. Por eso les agradezco profundamente a la Confederación General del Trabajo, [...] a los señores de la Unión Industrial Argentina, también con sus ideas, con su fuerza, con la decisión de invertir y de construir la

---

<sup>163</sup> Firma de acuerdo energético con Bolivia, 19 de octubre de 2006.

Argentina productiva, esa Argentina productiva que va a seguir más allá de nosotros mismos, no tengan ninguna duda.”<sup>164</sup>

Por último, dirigiéndose a los jóvenes, apelaba a ellos como constructores de este “nuevo tiempo”:

“Y decirles a los jóvenes argentinos que ellos... Hoy ustedes, hermanos de la juventud, militen donde militen, tienen la posibilidad de hacer el cambio en paz y en democracia que nosotros como generación no tuvimos. Por eso, participen; por eso, opinen; por eso, sean transgresores; por eso, ganen las calles; por eso, recorran las universidades, recorran los talleres, los trabajos... Esta juventud tiene que ser el punto de inflexión de la construcción del nuevo tiempo.”<sup>165</sup>

La renovación implicaría, por lo tanto, la creación de un nuevo tiempo, que implica, además de la aparición de nuevas ideas y emprendimientos, un nuevo modo de contar el tiempo, que se asemeja al propio de las revoluciones.<sup>166</sup>

Por otro lado, diversos discursos relacionan la idea de un “nuevo tiempo” al “nacimiento”. Elisa Carrió se refería en 2002 a la apropiación por parte de diversos actores políticos de la palabra “nacimiento”:

“Nosotros hablamos del parto y a la refundación de la República, y ahora resulta que la refunda (Adolfo) Rodríguez Saá. Hay una apropiación de las palabras del nacimiento por parte de quienes formaron parte del pasado muy fuerte. [...] Yo no me planteo la hipótesis de derrota. Nadie queda embarazada para parir un monstruo. No habrá derrota, no hay ninguna posibilidad. Sí puede haber una agonía mayor en el parto”(Página 12, 1 de septiembre de 2002).

Con la palabra nacimiento, Carrió se refiere a una “nueva Argentina”, una “nueva sociedad” y una “nueva política”. Pero también el nacimiento en política se relaciona con la aparición en el espacio público, el pasar a “ser visto y oído por todos”.

---

<sup>164</sup> Acto de inauguración del Hotel “15 de diciembre” del Gremio de los Camioneros en la Ciudad de Mar del Plata, 25 de agosto de 2006.

<sup>165</sup> Discurso de Néstor Kirchner en la Plaza de los Dos Congresos, 15 de julio de 2008.

<sup>166</sup> En la Revolución Francesa el problema de la cuenta del tiempo es ilustrativa de la radicalidad de la transformación buscada, que se enfrenta al tiempo “cristiano”, que también implicó una nueva forma de contar a partir de un antes y un después. En los discursos de Cristina Fernández de Kirchner se recurre a la fecha de conmemoración de la formación de la Primera Junta de Gobierno (el 25 de mayo de 1810) como momento de inicio de otro nuevo tiempo, ya que esta fecha coincide con la asunción de Néstor Kirchner a la presidencia de la nación, en 2003. Mientras 1810 es un punto de inicio de la historia argentina, en el discurso presidencial aparece un contraste entre los dos siglos pasados y este “nuevo tiempo” iniciado en 2003.

Cristina Fernández de Kirchner se refería así a su acción en política como un “nacimiento”:

“No soy una Presidenta de escritorio, recorro fábricas, barrios y provincias, porque ahí nací políticamente. Nací con la misma edad que tienen muchos de ustedes en momentos más difíciles, en momentos donde levantábamos la mano para oponernos a la dictadura.”<sup>167</sup>

El nacimiento implica un nuevo modo de contar el tiempo, y la acción política es concebida así como un “segundo nacimiento” y la política es asociada con la condición humana de la natalidad (Arendt, 2004: 23). Pero este segundo nacimiento, si bien se encuentra referido a la acción, a comenzar algo nuevo, se da porque se participa de un mundo común, de iguales, de una esfera de aparición. Dicha esfera no es producida por uno solo, sino que se trata de un nacimiento a un mundo que tiene una perdurabilidad más allá del propio nacimiento y muerte naturales de cada hombre. En la metáfora del nacimiento, por lo tanto, se cruzan la acción de los hombres, la creación por la acción de un espacio de aparición, y la preexistencia que da lugar al nacimiento, porque es el ser visto y oído lo que hace nacer a nuevos hombres a la política.

El discurso de la renovación se relaciona por lo tanto con cómo el tiempo y el espacio son instituidos y al mismo tiempo son las dimensiones de la vida política. Son creados por el sentido en el espacio público y al mismo tiempo son el marco en donde se da el discurso y la acción. La relación entre renovación y poder se desenvuelve en este espacio movedizo en donde nace lo nuevo en cada momento y con ello se altera toda figuración de las dimensiones del espacio público-político, del lugar del poder y de su carácter “vacío”.

---

<sup>167</sup> Discurso en Plaza de Mayo, 10 diciembre 2011.

## Conclusión

### Permanecer y transcurrir

La palabra “renovación” –según los diccionarios- tiene diversos significados: la acción de renovar puede referirse a “hacer algo como de nuevo o volverlo a su primer estado; restablecer o reanudar una relación u otra cosa que se había interrumpido; remudar, poner de nuevo o reemplazar algo; sustituir una cosa vieja, o que ya ha servido, por otra nueva de la misma clase; dar nueva energía a algo, transformarlo; reiterar o publicar de nuevo.”<sup>168</sup> La renovación evoca, por lo tanto, la transformación de algo existente, su reemplazo, o la repetición de sí mismo. Pero la entidad de un significante no está dada por su significado –como si la “renovación” tuviera una esencia o fuera tal por ser la representación de un objeto real- sino por sus relaciones de equivalencia y diferencia respecto de otros significantes. Ahora, así como la relación significante-significado no es una, desentrañar el sentido de la renovación no es lo mismo que definir su significado: el sentido se constituye a partir de los usos, de la relación entre el significante “renovación” y otros significantes, de los espacios en que dichas articulaciones tienen lugar. Al interrogarnos acerca del sentido, estamos yendo más allá de lo que la “renovación” denota o connota, para adentrarnos en comprender e interpretar aquello que hay de novedoso en la emergencia y el uso de un determinado discurso.

En términos generales, en este trabajo presentamos una respuesta tentativa a la pregunta por el *sentido* del discurso de la “renovación”: la fragilidad de la democracia –su indeterminación, la imposibilidad de fijar su sentido y su forma- parece constituirse en una fortaleza, pues el régimen democrático se sostiene por la visión compartida de que es contingente, de que lo que es puede no ser. Los representantes hacen un acto de mostración de la fragilidad del poder para poder ocuparlo, y se compete por quién es más “nuevo”, es decir por quién representa una fractura mayor del orden dado, de la separación arbitraria entre quienes gobiernan y quienes son gobernados. La diferencia política ya no se da principalmente entre

---

<sup>168</sup> Según la definición de la Real Academia Española.

derechas e izquierdas o, como en el pasado, entre “peronistas” y “antiperonistas”, sino que tiene que ver por el contrario con la tensión entre renovación y estabilidad de la ocupación del poder en la sociedad democrática. Será entonces de que para “permanecer”, es preciso aceptar que indefectiblemente la política se trata del “transcurrir”.

Del análisis y la comparación de diversos discursos “renovadores” hemos extraído algunos puntos que son relevantes para el análisis de lo político y la democracia contemporánea. A lo largo de los capítulos, se presentaron argumentos por los cuales el discurso de la renovación es “revelador”, en dos sentidos, uno referido al largo plazo y otro a la coyuntura actual. En un primer sentido, de temporalidades largas, el discurso de la renovación es interesante porque revela la institución de la sociedad democrática, haciendo evidente que en ella *el poder se figura como un lugar vacío* y que la sociedad democrática se mantiene por *la producción permanente de significantes vacíos*. En un segundo sentido, por el que nos centramos en la novedad del presente, el discurso de la renovación emerge como una nueva forma de diferenciación e identificación, por consiguiente, *un nuevo significante vacío* que tiene la cualidad de hacer presente la indeterminación de la sociedad democrática y el hecho de que *se enuncia más explícitamente que el poder es un lugar vacío*.

Es preciso retornar por un momento a otras cuestiones esbozadas por la presente investigación que recorren transversalmente el texto presentado. Primero, el modo en que en la “renovación” se expresan las tensiones entre la personalización y la institucionalización nos dice algo sobre la relación entre cambio y permanencia en la política, pues el cambio –tanto en el pasado como en el presente– ha estado ligado a la acción de los hombres enfrentados a los “aparatos”, las maquinarias, los no-hombres. Y la perdurabilidad, la huella, se encuentra ligada a crear una nueva institucionalidad, algo que forme parte del mundo de cosas. La acción y el trabajo, como actividades de las condiciones humanas de la natalidad y la mundanidad (Arendt, 2004), se encuentran en este juego de lo “nuevo” y lo “viejo” que escenifica la renovación.

También se han analizado discursos caracterizados como instituyentes, pero es preciso ahondar en la relación entre lo estatuido y lo instituyente en política. “Lo que quiere la gente” parece encontrarse ya constituido al momento en que los líderes

actúan, y estos y otros discursos que apelan a la nueva política presentan diversas formas en las que esta voluntad es fabricada por la representación o aparece como del orden de lo natural, como proveniente de otra esfera y no formado en el espacio público.

Finalmente, en los discursos de la renovación, al referirse a la restauración de la legitimidad representativa y al hecho de que los líderes buscan legitimarse frente al electorado a través de la apelación a la renovación, también hicimos referencia al problema de la legitimidad como central en el estudio de los discursos políticos. La concepción de legitimidad que hemos tomado es una en la que se da una “aceptación” de una relación diferencial (en la que unos gobiernan y otros son gobernados) a partir de un sentido público que se forma en la escena y que se verifica en los resultados electorales y en otras coyunturas decisionales en la era de la contrademocracia. Esto no implica que hagamos una hipótesis sobre las motivaciones del voto o las justificaciones explícitas del mismo, sino que nos centramos en la “pretensión” de legitimación de los representantes, que evalúan a partir de cada elección o decisión los motivos del apoyo o rechazo de la ciudadanía. Esta interpretación es la que da lugar a la propagación de los discursos, basada en la suposición de legitimidad de uno u otro discurso.

La permanente mención a la “renovación” y a lo “nuevo” en el discurso político contemporáneo no ha despertado hasta el momento especial interés en el ámbito académico. Por un lado, esto se debe a que la apelación de los políticos a la “renovación” ha pasado a naturalizarse, a tornarse demasiado cotidiana y, como consecuencia, el problema que encierra su creciente uso se encuentra oculto para quienes nos hacemos preguntas acerca de lo político y sus mutaciones contemporáneas. Por otro lado, cuando la “renovación” es tomada como tema de investigación, en general se tiende a estudiar experiencias históricas concretas desconectadas entre sí o, cuando se plantea una discusión de carácter más general, las preguntas son del tipo: ¿cuánta renovación ha habido? ¿Se ha llevado a cabo una “verdadera” renovación? ¿Qué gobierno es más renovador?, dando por sentado un sentido específico de la renovación. Frente a esta invisibilización y/o banalización de la “renovación”, en el presente trabajo adoptamos una posición de extrañamiento que tomó lo sedimentado -la apelación a la “renovación” en el discurso político- como

una novedad, analizándolo en sus diversas dimensiones, enunciaciones y usos. Con ello hemos ahondado en el modo en que estos usos se vinculan con las mutaciones contemporáneas de la democracia.

Esta primera indagación acerca de los discursos de la renovación abre nuevos interrogantes. La agenda de investigación futura incluye el análisis de otros discursos políticos actuales de la renovación; de otros discursos políticos que “compiten” con el de la renovación, que contrariarían algunas de las hipótesis presentadas en el presente trabajo; de los discursos académicos y mediáticos de la renovación, para desentrañar el sentido *público* de dicha apelación; de los discursos de la renovación en otros países; y, por último, otros discursos en otros contextos históricos democráticos y no democráticos.

La clasificación realizada podría aportar elementos para estudiar otros discursos “renovadores” del pasado y del presente: podríamos distinguir la coexistencia de apelaciones a la “renovación” y la “nueva política” que se postulan como línea interna partidaria –por ejemplo, el Movimiento Renovador Nacional (MORENA) al interior de la UCR-, como nuevo partido -Propuesta Republicana (PRO), Generación para un Encuentro Nacional (GEN) o el Partido Renovador de la Provincia de Buenos Aires- o como sostenidas por liderazgos personales –por ejemplo Francisco de Narváez, y otros candidatos a nivel local. Todo esto teniendo en cuenta que las expresiones “renovadoras” enumeradas aquí, aun si presentan similitudes con las caracterizaciones del discurso renovador de las décadas de los 80’ y 90’, también serían ilustraciones de la “renovación” actual, marcada por la centralidad de los liderazgos de popularidad y del momento electoral en el establecimiento del vínculo representativo: el MORENA se encuentra fuertemente ligado a la figura de Ricardo Alfonsín y no tiene un gran peso a hoy, luego de la elección presidencial; el PRO, GEN y el Partido Renovador de la Provincia de Buenos Aires también se sostienen principalmente por la imagen personal de liderazgos individuales, como lo muestra la definición de candidaturas, el mecanismo de toma de decisiones en el partido, etc. Estudiar estos discursos contribuiría a comprender mejor la centralidad –o no- del discurso de la renovación en la competencia política en la actualidad, estableciendo comparaciones entre casos que se dan en diferentes momentos del tiempo o que comparten un mismo contexto histórico.

Si bien se verifica una expansión del discurso de la renovación en la competencia política, no se trata del único discurso operante como clave de diferenciación entre “nosotros” y “ellos”, pues emergen otras “diferencias” –algunas que son recuperadas del pasado, otras de otros contextos-, otros discursos que compiten con el de la “renovación” en la búsqueda de legitimidad. Nuevas investigaciones podrían abordar las relaciones entre estas claves de diferenciación, los actores que apelan a ellas y cómo se escenifican en el espacio público, constituyendo identidades que se fijan parcialmente en cada escena.

Este trabajo ha tomado un conjunto de discursos políticos que se articulan alrededor de la “renovación” y la “nueva política” para desentrañar su sentido en relación con la democracia. Pero el *discurso público* de la renovación se constituye por múltiples discursos, no sólo “políticos”, por lo que un ulterior estudio contribuiría a la comprensión del modo en que diversos discursos –académicos, periodísticos y políticos- constituyen la “renovación” como demanda ciudadana, como hecho a verificar o como promesa de gobierno en el espacio de los medios de comunicación como espacio público. Se podría discutir entonces acerca del discurso “público” de la renovación, en lugar de establecer distinciones de “campo”. La renovación, que se vincula con el problema de la crisis de representación, se expresa fundamentalmente en el espacio mediático y los políticos hablan para los medios de comunicación, por lo que el hecho de que el espacio público se encuentre crecientemente mediatizado, agrega una razón adicional para estudiar el modo en que el discurso de la renovación circula en los medios de comunicación. Los editoriales en la prensa y las entrevistas a los actores políticos están signadas por una interpretación, una fijación del sentido de la renovación. Aquí no nos detuvimos demasiado sobre el tema mediático, pero sería otra agenda de investigación paralela a desarrollar en el futuro.

En la región latinoamericana también ha habido diversas experiencias políticas ligadas a la experiencia de la renovación en las décadas recientes, que coinciden con las transiciones democráticas, pero que se diferencian por estar más o menos adheridas a otras claves de diferenciación que han operado tradicionalmente en dichas escenas. Los casos de Brasil y Chile, por ejemplo, serían interesantes para estudiar en clave comparada con el caso argentino, para verificar la existencia de

puntos en común y poner a prueba algunos de los argumentos presentados en esta tesis.

Por último, cabe destacar que es debatible el argumento acerca del “punto de inflexión” planteado para el año 1983 en cuanto a la extensión de la apelación a la renovación. Un trabajo que realice un recorrido histórico de las formas que ha adoptado la figura de la renovación antes de 1983 (en contextos democráticos y dictatoriales), podría enriquecer el estudio de los discursos políticos en argentino, proveyendo nuevas claves de interpretación y de inteligibilidad de lo que se “dice” y se “hace” en el espacio público-político argentino.

## Bibliografía

Abal Medina, J.M. (2004a). *La muerte y la resurrección de la representación política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Abal Medina, J.M. (2004b). *Los partidos políticos ¿un mal necesario?* Buenos Aires: Ediciones Capital Intelectual.

Aboy Carlés, G. (1996). De Malvinas al menemismo. Renovación y contrarrenovación. *Revista Sociedad*, 10: 5-31.

Aboy Carlés, G. (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario: Homo Sapiens.

Aboy Carlés, G. (2004). Parque norte, o la doble ruptura alfonsinista. En M. Novaro y V. Palermo (comps.) *La historia reciente. Argentina en democracia*. Buenos Aires: Edhasa.

Aboy Carlés, G. (2005). Identidad y diferencia política. En F. Schuster, F. Naishtat, G. Nardacchione y S. Pereyra (comps.) *Tomar la palabra. Estudios sobre la protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Prometeo.

Acuña, C. H. (1995). Sobre los juegos, las gallinas y la lógica política de los pactos constitucionales. En C.H. Acuña (comp.) *La nueva matriz política argentina*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Adrogué, G. (1995). El nuevo sistema partidario argentino. En C.H. Acuña (comp.) *La nueva matriz política argentina*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Alem, B. (2007). El Frepaso, problemas de una identidad lábil. En E. Rinesi, G. Nardacchione y G. Vommaro (eds.) *Los lentes de Víctor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Prometeo/UNGS.

Altamirano, C. (1987). La coordinadora: elementos para una interpretación. En J. Nun y J. C. Portantiero (comps.) *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*. Buenos Aires: Puntosur Ediciones.

Altamirano, C. (2004). 'La lucha por la idea': el proyecto de la renovación peronista. En M. Novaro y V. Palermo (comps.) *La historia reciente. Argentina en democracia*. Buenos Aires: Edhasa.

Álvarez, C. (1984). El peronismo se transforma o se muere. *Revista Unidos* 3 (agosto).

Álvarez, C. (1988). Los desafíos del peronismo. *Revista Unidos* 19 (octubre).

Annunziata, R. (2009). De tijeras y espejos. Política de la proximidad y elecciones 2007 en el Municipio de Morón. en I. Cheresky (comp.), *Las urnas y la desconfianza ciudadana en la democracia argentina*. Rosario: Homo Sapiens.

Arendt, H. (2004) [1958]. *La condición humana*. Buenos Aires: Paidós.

Arfuch, L. (1987). Dos variantes del juego de la política en el discurso electoral de 1983. En E. Verón et. al. *El discurso político. Lenguaje y acontecimientos*. Buenos Aires: Hachette.

Arfuch, L. (2002). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Arfuch, L. (2005). Problemáticas de la identidad. En L. Arfuch (comp.) *Identidades, sujetos y subjetividades*. Buenos Aires: Prometeo.

Auyero, J. (comp.) (1997). *¿Favores por votos? Estudios sobre clientelismo, cultura política y democracia*.

Auyero, J. (2001). *La política de los pobres. Las prácticas clientelares del peronismo*. Buenos Aires: Manantial.

Bartolini, S. y P. Mair. (2001). Challenges to contemporary political parties. In R. Gunther, J. R. Montero y J. Linz (eds.) *Political parties. Old concepts and new challenges*. Oxford: Oxford University Press.

Bauman, Z. (2001). *La Globalización: consecuencias humanas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Beck, U. (2002). *La sociedad de riesgo global*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores.

Bernetti, J. L. (1983). *El peronismo de la victoria*. Buenos Aires: Editorial Legasa.

Böhler, W. y S. Hofman (2003) *¿Quo vadis, América Latina? Crisis institucional como oportunidad para la renovación democrática*. Buenos Aires: Konrad Adenauer Stiftung.

Bordón, J.O. (1988). El Partido Justicialista. En C. Floria et. al. *La espera y la esperanza: Análisis y propuestas de la Argentina preelectoral 1982-1988*. Buenos Aires: ATEC S.A.

Bourdieu, P. (2002) [1984]. La “juventud” no es más que una palabra. En *Sociología y cultura*. Mexico: Grijalbo, Conaculta.

Bourdieu, P. (2004) [1989]. A representação política. Elementos para uma teoria do campo político. En *O poder simbólico*. Río de Janeiro: Bertrand Brasil.

Botana, N. (2006): *Poder y hegemonía. El régimen político después de la crisis*. Buenos Aires: Emecé.

- Brusco, V., M. Nazareno y S. Stokes (2004). Vote buying in Argentina. *Latin American Research Review* 39 (2): 66-88.
- Cafiero, A. (1983). *Desde que grité viva Perón*. Buenos Aires: Pequeñ Ediciones.
- Cafiero, A. (1995a). *El peronismo que viene*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Cafiero, A. (1995b). *Testimonios. Del 45 y del 2000 también*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Calvo, E. y M. Escolar (eds.) (2005). *La nueva política de partidos en Argentina: crisis política, realineamientos partidarios y reforma electoral*. Buenos Aires: Prometeo.
- Calvo, E. y M.V. Murillo (2004). Who Delivers? Partisan Clients in the Argentine Electoral Market. *American Journal of Political Science Association* 48 (4): 742-757.
- Castells, M. (1997). *La era de la información: economía, sociedad y cultura. Volumen I: La sociedad red*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Castells, M. (1997). *The information age. Vol. II: the power of identity*. Malden, MA: Blackwell publishers.
- Casullo, N. (2008). *Peronismo. Militancia y crítica (1973-2008)*. Buenos Aires: Colihue.
- Cheresky, I. (1999). *La innovación política. Política y derechos en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Eudeba.
- Cheresky, I. (2001). Hipótesis sobre la ciudadanía argentina contemporánea. En I. Cheresky e I. Pousadela (comps) *Política e instituciones en las nuevas democracias latinoamericanas*. Buenos Aires: Paidós.
- Cheresky, I. (2006a). La ciudadanía en el centro de la escena. En I. Cheresky (comp.) *Ciudadanía, Sociedad Civil y Participación Política*. Buenos Aires: Miño y Dávila editores.
- Cheresky, I. (2006b). La ciudadanía y la democracia inmediata. En I. Cheresky (comp.) *Ciudadanía, Sociedad Civil y Participación Política*. Buenos Aires: Miño y Dávila editores.
- Cheresky, I. (comp.) (2006c). *La política después de los partidos*. Buenos Aires: Prometeo.
- Cheresky, I. (2006d). Un signo de interrogación sobre la evolución del régimen político, en I. Cheresky, (comp.). *La política después de los partidos*. Buenos Aires: Prometeo.
- Cheresky, I. (2008). *Poder presidencial, opinión pública y exclusión social*. Buenos Aires: CLACSO-Manantial.

Cheresky, I. y J-M. Blanquer (comps.) (2004). *¿Qué cambió en la política argentina? Elecciones, instituciones y ciudadanía en perspectiva comparada*, Homo Sapiens, Rosario.

Cheresky, I. e I. Pousadela, (comps.) (2004). *El voto liberado. Elecciones 2003: perspectiva histórica y estudio de casos*. Buenos Aires: Biblos.

Chmiel, S. (2000). El milagro de la eterna juventud. En M. Margulis (ed.) *La juventud es más que una palabra*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

Cohen, J. L. y A. Arato (2000). *Civil society and political theory*. Cambridge, Mass: The MIT Press.

Cordeu, M., S. Mercado y N. Sosa (1985). *Peronismo: la mayoría perdida*. Buenos Aires: Sudamericana-Planeta.

Corral, D. (2007). La seducción del instante y el hastío de la duración. El liderazgo de “Chacho” Álvarez y el devenir de la centroizquierda en los 90’. En E. Rinesi, G. Nardacchione y G. Vommaro (eds.) *Los lentes de Víctor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Prometeo/UNGS.

De Ípola, E. (1987a). La difícil apuesta del peronismo democrático. En J. Nun y J. C. Portantiero (comps.) *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*. Buenos Aires: Puntosur Ediciones.

De Ípola, E. (1987b). Crisis y discurso político en el peronismo actual: el pozo y el péndulo. En E. Verón et. al. *El discurso político. Lenguaje y acontecimientos*. Buenos Aires: Hachette.

Delamata, G. (2004). *Los barrios desbordados. Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: Libros del Rojas-Eudeba.

Di Tella, T. (1998). *Crisis de representatividad y sistemas de partidos políticos*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.

Ensignia, J. (ed.) (2011). *Renovar la política: Chile, Bolivia y Perú*. Santiago: Friedrich Ebert Stiftung. <http://library.fes.de/pdf-files/bueros/chile/07934.pdf>

Entín, G. (2004). Peronismo, liderazgos locales y partidos políticos. Las elecciones de 2003 en La Matanza. En Cheresky I. e I. Pousadela (eds.) *El voto liberado. Elecciones 2003: perspectiva histórica y estudio de casos*. Rosario: Homo Sapiens.

Frederic, S. (2004). *Buenos vecinos, malos políticos*. Buenos Aires: Prometeo.

Ferry, J. M., D. Wolton et. al. (1995). *El nuevo espacio público*. Barcelona: Gedisa.

Gattoni, S. y Rodríguez, D. (2009). Créase o no: alternancia política y desagregación de los poderes locales en el conurbano bonaerense (2005-2007). En I. Cheresky (ed.) *Las urnas y la desconfianza ciudadana en la democracia argentina*. Rosario: Homo Sapiens.

- Geertz, C. (1973). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Geertz, C. (1999). *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*. Barcelona: Paidós.
- Giddens, A. (1991) *Modernity and self-identity. Self and society in the Late Modern Age*. Stanford CA: Stanford University Press.
- Giddens, A. (1998) *La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia*. Madrid: Taurus.
- Grindle, M. (2009). *Going local: decentralization, democratization, and the promise of good governance*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Gordillo, M. y V. Lavagno (1987). *Los hombres de Perón. El peronismo renovador*. Buenos Aires: Puntosur.
- Gunther, R., J. R. Montero y J. Linz (eds.) *Political parties. Old concepts and new challenges*. Oxford: Oxford University Press.
- Hall, S. (1996). Introduction: Who needs identity? En S. Hall y P. die Gay (eds.) *Questions of cultural identity*. London: Sage.
- Iazzetta, O. (2007). *Democracias en busca de Estado. Ensayos sobre América Latina*. Rosario: Homo Sapiens.
- Kirchner, N. y Di Tella, T. (2003). *Después del derrumbe*. Buenos Aires: Galerna.
- Laclau, E. y C. Mouffe (1985). *Hegemony and socialist strategy*. London: Verso.
- Laclau, E. (1996). *Emancipacion y diferencia*. Buenos Aires: Ariel.
- Laclau, E. (2000a) [1990]. *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Laclau, E. (2000b). Identidad y hegemonía: el rol de la universalidad en la constitución de lógicas políticas. En J. Butler, E. Laclau y S. Zizek. *Contingencia, hegemonía y universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*. Buenos aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. (2007) [2005]. *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Landi, O. (1987). Mirando las noticias. En E. Verón et. al. *El discurso político. Lenguaje y acontecimientos*. Buenos Aires: Hachette.
- Lefort, C. (1985). El problema de la democracia. *Opciones*, 6: 73-86.
- Lefort, C. (1986). *Essais sur le politique*. París: Éditions du Seuil.

- Leiras, M. (2007). *Todos los caballos del rey. La integración de los partidos políticos y el gobierno democrático de la Argentina, 1995-2003*. Buenos Aires: Prometeo.
- Lenarduzzi, J. (2010). La renovación política en el nivel local. Transformaciones de los vínculos representativos y convivencia de viejas y nuevas formas políticas. Ponencia presentada en el *Congreso 2010 de la Asociación de Estudios Latinoamericanos*, Toronto, Canadá.
- Lesgart, C. (2003). *Usos de la transición a la democracia: ensayo, ciencia y política en la década del ochenta*. Rosario: Homo Sapiens.
- Levitsky, S. (2005). *La transformación del justicialismo: Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lijphart, A. (1971). Comparative Politics and the Comparative Method. *American Political Science Review*, 65: 682-693.
- Mair, P. (1994). Party organizations: from civil society to the state. En Katz, R. y P. Mair (eds.) *How parties organize: change and adaptation in party organizations in Western democracies*. Londres: Sage.
- Mair, P. (2005). *Democracy beyond parties*. UC Irvine: Center for the Study of Democracy.
- Manin, B. (1992). Metamorfosis de la representación. En M. dos Santos (coord.) *¿Qué queda de la representación política?* Buenos Aires: CLACSO-Editorial Nueva Sociedad.
- Manin, B. (1996). *Les principes du gouvernement représentatif*. Paris: Flammarion.
- Margulis, M. (ed.) (2000). *La juventud es más que una palabra*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Maronese, L., A. Cafiero de Nazar y V. Waisman (1985). *El voto peronista. Perfil electoral y causas de la derrota*. Buenos Aires: El Cid Editor.
- Martuccelli, D. y M. Svampa (1997). *La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Masson, L. (2004). *La política en femenino: género y poder en la Provincia de Buenos Aires*. Buenos Aires: IDES.
- Mc Adam, A. (1996). *Cafiero: el renovador*. Buenos Aires: Corregidor.
- Menem, C. (1985). Democracia, gobierno y oposición. *Revista Unidos 5* (abril).
- Merklen, D. (2005). *Pobres Ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*. Buenos Aires: Editorial Gorla.

- Michels, R. (1991) [1911-1913]. *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna. Vols. 1 y 2.* Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Moncalvillo M. y A. Fernández (1986). *La renovación fundacional.* Buenos Aires: El Cid Editor.
- Mosca, G. (1992) [1896]. La clase política. En A. Batlle (ed.), *Diez textos básicos de ciencia política.* Barcelona: Ariel.
- Mouffe, C. (2007). *En torno a lo político.* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Mustapic, A.M. (2002). Del partido peronista al partido justicialista. Las transformaciones de un partido carismático. En J.M. Abal Medina, y M. Cavarozzi (comps.) *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal.* Rosario: Homo Sapiens – Konrad Adenauer Stiftung.
- Natanson, J. (comp.) (2004). *El presidente inesperado.* Rosario: Homo Sapiens.
- Novaro, M. (1994). *Pilotos de tormentas : crisis de representación y personalización de la política en Argentina (1989-1993).* Buenos Aires: Letra Buena.
- Novaro, M. (comp.) (1999). *Entre el abismo y la ilusión. Peronismo, democracia y mercado.* Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- Novaro, M. (2000). *Representación y Liderazgo en las democracias contemporáneas.* Rosario: Homo Sapiens.
- Novaro, M. (2010). *Historia de la Argentina 1955-2010.* Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Novaro, M. y V. Palermo (1998). *Los caminos de la centroizquierda: dilemas y desafíos del Frepaso y de la Alianza.* Buenos Aires: Losada.
- Novaro M. y V. Palermo (comps.) (2004). *La historia reciente. Argentina en democracia.* Buenos Aires: Edhasa.
- Nun, J. (2000). *Democracia: ¿gobierno del pueblo o gobierno de los políticos?* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Palermo, V. (1986). *Democracia interna de los partidos. Las elecciones partidarias de 1983 en el radicalismo y el justicialismo porteños.* Buenos Aires: Ediciones del IDES.
- Palermo, V. y D. García Delgado (1983). Participación política y participación democrática. *Revista Unidos 2* (julio).
- Panbianco, A. (1990). *Modelos de partido. Organización y poder en los partidos políticos.* Madrid: Alianza Editorial.

Pérez Chabaneau, L. (2010). La composición de la elite política uruguaya: circulación y reconversión en democracia. Ponencia presentada en el *Congreso 2010 de la Asociación de Estudios Latinoamericanos*, Toronto, Canadá.

Peruzzotti, E. y C. Smulovitz (2002). Accountability social: la otra cara del control. En E. Peruzzotti y C. Smulovitz (eds.) *Controlando la política: ciudadanos y medios en las nuevas democracias latinoamericanas*. Buenos Aires: Editorial Temas.

Pitkin, Hanna F. (1985) [1967]. *El concepto de representación*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.

PNUD (2002). La renovación de la política, una apuesta por el mañana. En *El desarrollo humano en Nicaragua 2002: las condiciones de esperanza*. Managua: PNUD.

Podetti, M., M.E. Ques y C. Sagol (1988a). *La palabra acorralada, la constitución discursiva del peronismo renovador*. Buenos Aires: FuCaDe.

Podetti, M., M.E. Ques y C. Sagol (1988b). El lugar de la democracia en el discurso del peronismo renovador. *Crítica & Utopía*, 16.

Podetti, M., M.E. Ques y C. Sagol (1992). *Política, medios y discurso en la Argentina*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Porras Nadales, A. (ed.) (1996). *El debate sobre la crisis de representación política*. Madrid: Tecnos.

Pousadela, I. (2004). Los partidos políticos han muerto! Larga vida a los partidos! En I. Cheresky y J-M. Blanquer, (comps.) *¿Qué cambió en la política argentina?. Elecciones, instituciones y ciudadanía en perspectiva comparada*. Rosario: Homo Sapiens.

Przeworski, A., S. Stokes y B. Manin (eds.) (1999). *Democracy, accountability and representation*. Cambridge: Cambridge University Press.

Quiroga, H. (2005) *La argentina en emergencia permanente*. Buenos Aires: Edhasa.

Quiroga, H. (2006). La Arquitectura del poder en un gobierno de la opinión pública. En I. Cheresky, (comp.) *La política después de los partidos*. Buenos Aires: Prometeo.

Quiroga, H. (2010). *La república desolada*. Buenos Aires: Edhasa.

Quiroga, Y. y J. Ensignia (2009). *Renovación partidaria. Los partidos políticos progresistas en los países del Cono Sur*. Fundación Friedrich Ebert. <http://library.fes.de/pdf-files/bueros/chile/07100.pdf>

Quirós, J. (2006) *Cruzando la Sarmiento. Los piqueteros en la trama social del sur del Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: Antropofagia-IDES.

Rancière, J. (2000). Política, identificación y subjetivación. En B. Ardití (ed.) *El reverso de la diferencia. Identidad y política*. Caracas: Nueva Sociedad.

- Rancière, J. (2006) *El odio a la democracia*. Buenos Aires: Amorrortu
- Rancière, J. (2007). *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Ricoeur, P. (1996) [1990]. *Sí mismo como otro*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Ricoeur, P. (2004) [2000]. *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rinesi, E, G. Nardacchione y G. Vommaro (eds.) (2007). *Los lentes de Víctor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Prometeo/UNGS.
- Rocca Rivarola, M.D. (2007).  Partidos o Personas? La conformación del conglomerado oficialista en los gobiernos de Lula, Kirchner y Lagos. *Elatina, Revista Electrónica de Estudios Latinoamericanos*. 6 (21).
- Rocca Rivarola, M.D. (2009). La diversidad debajo de la mesa: el conglomerado kirchnerista en el distrito de La Matanza. En Cheresky I. (Ed.). *Las urnas y la desconfianza ciudadana en la democracia argentina* (pp. 267-303). Rosario: Homo Sapiens.
- Rodríguez, D. (2009). Un nuevo capítulo de la crisis de los partidos bonaerenses: acción del liderazgo presidencial y fragmentación política en el proceso electoral 2007. En Cheresky I. (Ed.). *Las urnas y la desconfianza ciudadana en la democracia argentina* (pp. 165-200). Rosario: Homo Sapiens.
- Rosanvallon, P. (1992). La representación difícil (reflexiones sobre el caso francés). En M. dos Santos (coord.) * Qu  queda de la representación política?* Buenos Aires: CLACSO-Editorial Nueva Sociedad.
- Rosanvallon, P. (2007). *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza*. Buenos Aires: Manantial.
- Rosanvallon, P. (2009). *La legitimidad democrática. Imparcialidad, reflexividad, proximidad*. Buenos Aires: Manantial.
- Sartori, G. y L. Morlino (1994). *La Comparación en las Ciencias Sociales*. Madrid: Alianza.
- Schmitt, C. (1990). [1923] *Sobre el parlamentarismo*. Madrid: Editorial T cnos.
- Schmitt, C. (2004) [1939] El concepto de lo político. En Aguilar, H. *Carl Schmitt, teólogo de la política*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Schmitt, C. (2010) [1928]. *Teoría de la Constitución*. Madrid: Alianza Editorial.
- Schnapper, D. (2000). *Qu' est-ce que la citoyenneté?* Paris: Gallimard.
- Schnapper, D. (2004). *La democracia providencial*. Rosario: Homo Sapiens.

Schumpeter, J. (2010) [1943]. *Capitalism, socialism and democracy*. Londres: Allen & Unwin.

Serna Forcheri, M. (2006). Las izquierdas al poder: renovación de las elites políticas en Brasil y Uruguay. *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies*, 31 (61): 37 - 89

Serna Forcheri, M. (2010). Giro a la izquierda en América Latina: entre renovación y profesionalización de las elites. Ponencia presentada en el *Congreso 2010 de la Asociación de Estudios Latinoamericanos*, Toronto, Canadá.

Stake, R. (1994). Case studies. En Denzin, N. and Y. Lincoln (eds.) *Handbook of Qualitative Research*. California: Sage Publications.

Svampa, M. (ed.) (2000). *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*. Buenos Aires: Biblos/UNGS.

Svampa, M. (2005). *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus.

Tilly, C. (2005). *Identities, boundaries and social ties*. Boulder, CO: Paradigm Publishers.

Tocqueville, A. (2003) [1835-1840]. *Democracy in America*. New York, NY: Penguin.

Torre, J.C. (2005). *Citizens versus political class: the crisis of partisan representation*. University Park, PA: The Pennsylvania State University Press.

Touraine, A. (1995). Comunicación política y crisis de la representatividad. En Ferry, Jean-Marc, Dominique Wolton et. al. *El nuevo espacio público*. Gedisa: Barcelona.

Tula, M. I. (ed.) (2004). *Aportes para la discusión de la Reforma Política bonaerense*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

Unamuno, M. et. al. (1984). *El peronismo de la derrota*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Verón, E. (1986). *La mediatización*. Buenos Aires: Eudeba.

Vommaro, G. (2008). *Lo que quiere la gente. Los sondeos de opinión y el espacio de la comunicación política en Argentina (1983-1999)*. Buenos Aires: UNGS-Prometeo.

Weber, Max (1984) [1922]. *Economía y Sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.

Wolton, D. (1995). La comunicación política: construcción de un modelo. En Ferry, Jean-Marc, Dominique Wolton et. al. *El nuevo espacio público*. Gedisa: Barcelona.

## Fuentes

Diarios: *La Nación* (1983-2011), *Clarín* (1983-2011), *Página 12* (1997-2011).

Agencias de noticias: *Télam*, *DyN*, *InfoRegión* (2003-2011).

Discursos: Raúl Alfonsín (1983-1989), Carlos Menem (1983-2003), Carlos “Chacho” Álvarez (1983-2002), Fernando de la Rúa (1995-2001), Eduardo Duhalde (1995-2007), Néstor Kirchner (2003-2010), Cristina Fernández de Kirchner (2003-2011).

*Revista Unidos*, n. 1 a n. 23 (1983-1991) (los artículos citados en el texto se encuentra en la bibliografía).

Testimonios y documentos de la Renovación (1983-1989) (los documentos citados fueron extraídos de textos en la bibliografía).

Entrevistas citadas: intendentes de Almirante Brown (7 de abril de 2008), Lanús (28 de marzo de 2008), y Quilmes (27 de febrero de 2008).

Resultado electorales para las categorías de presidente, diputados y senadores nacionales (1983-2011). *Dirección Nacional Electoral y Cámara Nacional Electoral*.

Resultados electorales para las categorías de intendente y concejales de la Provincia de Buenos Aires (2007-2011). *Junta Electoral de la Provincia de Buenos Aires*.